



Jenny Han

**NO HAY
VERANO
SIN TI**

DESTINO

J+S para siempre

Capítulo uno

2 de julio

Era un cálido día de verano en Cousins. Yo estaba tumbada junto a la piscina con una revista en la cara. Mi madre se entretenía jugando al solitario en el porche de delante, y Susannah se encontraba dentro, trajinando por la cocina. Seguro que saldría pronto con un vaso de té helado y un libro que recomendarme. Algo romántico.

Conrad, Jeremiah y Steven habían estado haciendo surf toda la mañana. La noche anterior hubo tormenta. Conrad y Jeremiah regresaron los primeros. Los oí antes de verlos. Subían la escalera bromeando sobre cómo Steven había perdido el bañador por culpa de una ola particularmente violenta. Conrad se acercó a mí con aire decidido, apartó la sudada revista de mi cara, sonrió y dijo:

—Tienes palabras en las mejillas.

—¿Qué dicen? —pregunté entornando los ojos.

Se puso en cuclillas junto a mí y respondió:

—No está claro. Déjame ver.

Y entonces me miró el rostro detenidamente con su típica expresión seria. Se inclinó y me besó; sus labios estaban fríos y salados por culpa del océano.

En ese momento, Jeremiah comentó:

—Buscaos un hotel.

Pero yo sabía que estaba bromeando. Me guiñó el ojo, se acercó por detrás, levantó a Conrad y lo lanzó a la piscina.

Jeremiah también se tiró y gritó:

—¡Vamos, Belly!

Así que yo también salté. El agua estaba perfecta. Más que perfecta. Como siempre, Cousins era el único lugar en el que deseaba estar.

—¿Hola? ¿Te has enterado de algo de lo que acabo de decir?

Abrí los ojos. Taylor me estaba chasqueando los dedos en la cara.

—Lo siento —respondí—. ¿Qué decías?

No estaba en Cousins. Conrad y yo no estábamos juntos, y Susannah estaba muerta. Nada volvería a ser igual. Habían pasado... ¿Cuántos días habían pasado? ¿Exactamente cuántos días? Dos meses desde que Susannah había muerto, y yo seguía sin poder creerlo. No podía permitirme creerlo. Cuando muere alguien a quien

quieres, no parece real. Es como si le ocurriese a otro. Es la vida de otro. Nunca se me ha dado bien la abstracción. ¿Qué pasa cuando alguien se ha ido de verdad, para siempre?

A veces cerraba los ojos y repetía una y otra vez dentro de mi cabeza: no es verdad, no es verdad, esto no es real. Ésta no es mi vida. Pero lo era; era mi vida ahora. Después.

Me encontraba en el patio trasero de Marcy Yoo. Los chicos estaban haciendo el tonto en la piscina y las chicas permanecían tumbadas en las toallas de playa, todas en fila. Marcy era mi amiga, pero el resto, Katie, Evelyn y las demás, eran más bien amigas de Taylor.

Ya estábamos a treinta grados, y sólo era mediodía. Iba a ser un día caluroso. Estaba tumbada boca abajo y sentía el sudor acumulándose al final de la espalda. Sólo estábamos a 2 de julio y ya contaba los días que faltaban para el final del verano.

—Te preguntaba qué te vas a poner para la fiesta de Justin —repitió Taylor. Había extendido nuestras toallas una al lado de la otra, así que era como si estuviésemos en una sola toalla gigante.

—No lo sé —contesté, dándome la vuelta para quedarnos frente a frente.

Tenía gotas de sudor diminutas en la nariz. Taylor siempre empezaba a sudar por la nariz. Dijo:

—Yo me pondré el vestido de tirantes nuevo que compré con mi madre en el centro comercial.

Volví a cerrar los ojos. Llevaba gafas de sol, así que Taylor no podía distinguir si los tenía abiertos o no.

—¿Cuál?

—Ya sabes cuál, el de lunares diminutos que se anuda al cuello. Te lo enseñé hace unos dos días.

Taylor soltó un pequeño suspiro de impaciencia.

—Ah, sí —contesté, pero seguía sin acordarme, y sabía que Taylor lo había notado.

Empecé a decir algo más, algo agradable sobre el vestido, pero de repente sentí aluminio frío como el hielo pegado a la nuca. Chillé y ahí estaba Cory Wheeler, agachado a mi lado con una lata de coca-cola goteando en la mano y desternillándose de risa.

Me erguí y lo fulminé con la mirada mientras me secaba el cuello. Estaba harta de ese día. Sólo deseaba marcharme a casa.

—¡Pero qué narices, Cory! —Él seguía riendo, lo que me hizo enfadar aún más—. Por Dios, eres tan inmaduro.

—Pero si parecías muy acalorada —protestó—. Sólo intentaba refrescarte.

No le respondí; me seguí restregando la nuca. Sentía la mandíbula muy tensa y notaba las miradas fijas del resto de chicas. Y entonces, la sonrisa de Cory desapareció y dijo:

—Lo siento. ¿Quieres la coca-cola?

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros y se refugió en la piscina. Eché un vistazo y vi que Katie y Evelyn ponían cara de pero-qué-le-pasa, y me sentí avergonzada.

Ser cruel con Cory era como ser cruel con un cachorro de pastor alemán. No tenía ningún sentido. Demasiado tarde, intenté llamarle la atención, pero no me devolvió la mirada.

—Era sólo una broma —dijo Taylor en voz baja.

Volví a tumbarme en la toalla, esta vez boca arriba. Inspiré profundamente y espiré con lentitud. La música del iPod de Marcy me estaba provocando dolor de cabeza; estaba demasiado alta. Y tenía mucha sed. Debería haber aceptado la coca-cola de Cory.

Taylor se inclinó y me levantó las gafas de sol para poder mirarme a los ojos. Me observó fijamente.

—¿Estás enfadada?

—No. Lo que pasa es que hace mucho calor aquí fuera.

Me sequé el sudor con el antebrazo.

—No te enfades. Cory no puede evitar comportarse como un idiota contigo. Le gustas.

—No le gusto —respondí, apartando la vista. En realidad sí que le gustaba, y lo sabía. Pero deseaba que no fuese verdad.

—Lo que tú digas. Pero está completamente colgado de ti. Sigo pensando que deberías darle una oportunidad. Te distraerá de ya-sabes-quién.

Volví la cabeza y dijo:

—¿Qué te parece si te hago una trenza de espiga para la fiesta de esta noche? Puedo trenzarte la parte de delante y sujetarla a un lado, como la última vez.

—Vale.

—¿Qué te vas a poner?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que estar guapa porque todo el mundo estará allí —prosiguió Taylor—. Vendré temprano para que podamos arreglarnos juntas.

Justin Ettelbrick celebraba una gran fiesta de cumpleaños cada mes de julio desde octavo curso. En julio, yo ya estaba en Cousins Beach, y mi casa, la escuela, y los amigos de clase quedaban a un millón de kilómetros de distancia. Nunca me había

importado perdémela, ni siquiera cuando Taylor me habló de la máquina de algodón de azúcar que sus padres alquilaron un año, ni cuando lanzaron fuegos artificiales sobre el lago.

Éste iba a ser el primer verano que estaría en casa para la fiesta de Justin, y también, el primero que no pasaba en Cousins. Y eso me importaba. Me dolía. Creía que iba a pasar en Cousins todos los veranos de mi vida. La casa de verano era el único lugar en el que quería estar. Era el único lugar en el que había deseado estar.

—Irás, ¿verdad? —me preguntó Taylor.

—Sí, ya te dije que iría.

—Lo sé, pero... —Taylor arrugó la nariz y se interrumpió—. Olvídalo.

Sabía que mi amiga esperaba que las cosas volviesen a la normalidad, que fuesen como antes. Pero nunca serían igual. Ya nunca volvería a serlo.

Antes tenía fe. Creía que si deseaba algo lo suficiente, si lo deseaba con todas mis fuerzas, todo saldría como quería. El destino, como solía decir Susannah. Deseé a Conrad en cada cumpleaños, cada estrella fugaz, cada pestaña caída, cada penique en una fuente estaba dedicado a la persona a la que amaba. Creía que siempre iba a ser así.

Taylor quería que olvidase a Conrad, que lo borrara de mi mente y de mi memoria. No dejaba de repetir cosas como:

—Todos tenemos que superar nuestro primer amor, es un rito de madurez.

Pero Conrad no era simplemente mi primer amor. No era ningún rito de madurez. Era mucho más que eso. Él y Jeremiah y Susannah eran mi familia. En mis recuerdos los tres siempre estarían ligados, unidos, entrelazados. No podía haber uno sin los demás.

Si olvidaba a Conrad, si lo expulsaba de mi corazón, si fingía que nunca estuvo allí, sería como hacerle lo mismo a Susannah. Y eso no podía hacerlo.

Capítulo dos

Antes, cuando terminaban las clases en junio, metíamos las maletas en el coche y nos dirigíamos directamente a Cousins. Mi madre iba a la tienda el día anterior y compraba botellas de zumo y cajas de tamaño económico de barritas energéticas, protector solar y cereales integrales. Cuando le rogaba que comprase Lucky Charms o Cap'n Crunch, mi madre decía:

—Beck tendrá cereales de los que te pudren los dientes de sobra, no te preocupes.

Tenía razón, claro. A Susannah —Beck para mi madre— le encantaban los cereales para niños, igual que a mí. Los devorábamos en la casa de verano. Nunca llegaban a ponerse blandos. Hubo un verano en el que los chicos comieron cereales para el desayuno, el almuerzo y la cena. Mi hermano, Steven, era de Frosted Flakes Jeremiah era de Cap'n Crunch y Conrad, de Corn Pops. Jeremiah y Conrad eran los hijos de Beck y disfrutaban de sus cereales. En cuanto a mí, yo me comía lo que quedase mientras tuviese azúcar.

Había estado yendo a Cousins toda mi vida. Casi diecisiete años jugando a perseguir a los chicos, esperando y deseando ser algún día lo bastante mayor como para formar parte de su pandilla. La banda veraniega de los muchachos. Por fin lo había conseguido, pero ya era demasiado tarde. En la piscina, la última noche del último verano, dijimos que siempre volveríamos. Da miedo pensar con qué facilidad se rompen las promesas. De forma tan simple.

Cuando llegué a casa el verano anterior, esperé. Agosto se convirtió en septiembre, empezaron las clases y yo seguía esperando. No es que Conrad ni yo nos hubiésemos declarado. No es que fuera mi novio. Sólo nos habíamos besado. Empezaba la universidad, donde habría un millar de chicas distintas. Chicas sin toques de queda, chicas en su dormitorio, todas más inteligentes y guapas que yo, todas misteriosas y completamente nuevas, de una forma que yo nunca podría llegar a ser.

Pensaba en él constantemente, en lo que había significado, en lo que éramos el uno para el otro. Porque no podíamos echarnos atrás. Sabía que yo no podría. Lo que había ocurrido entre nosotros, entre Conrad y yo, entre Jeremiah y yo, lo había cambiado todo. Así que cuando llegó agosto y después septiembre y el teléfono seguía sin sonar, sólo tenía que pensar en cómo me había mirado esa última noche para comprender que aún había esperanza. Sabía que no me lo había imaginado. No podía haberlo hecho.

Según mi madre, Conrad ya se había mudado a su residencia de estudiantes, tenía un compañero de habitación insoportable y Susannah estaba preocupada por que no comiese lo suficiente. Mi madre me contaba estas cosas de pasada, como quien no quiere la cosa, para no lastimar mi orgullo. Nunca la presioné para que me facilitara más información. El caso es que yo sabía que iba a llamar. Lo sabía. Así que sólo me quedaba esperar.

La llamada llegó durante la segunda semana de septiembre, tres semanas después de la última vez que lo había visto. Estaba comiendo helado de fresa en el salón y me peleaba con Steven por el mando a distancia. Era un lunes a las nueve de la noche, el horario de máxima audiencia. Sonó el teléfono y ni Steven ni yo nos movimos para contestar. El que se levantase perdería la batalla por el televisor.

Mi madre respondió en su despacho. Trajo el teléfono al salón y dijo:

—Belly, es para ti. Es Conrad. —Y me guiñó un ojo.

Me empezaron a zumbar los oídos. Oía el océano. El rumor, el bramido en los tímpanos. Fue como un subidón. Un momento de éxtasis. Había esperado ¡y ésa era mi recompensa! Tener razón y ser paciente nunca me había sentado tan bien.

Fue Steven el que me sacó de mi ensimismamiento. Frunciendo el entrecejo, dijo:

—¿Por qué te llama a ti?

No le hice caso y tomé el teléfono que me ofrecía mi madre. Me alejé de Steven, del mando a distancia, de mi plato de helado derretido. Nada de eso importaba ya.

Hice esperar a Conrad hasta que estuve en la escalera antes de decir nada. Me senté en los escalones y dije:

—Hola. —Intenté reprimir la sonrisa que me asomaba a los labios; sabía que la sentiría a través del teléfono.

—Hola —respondió—. ¿Qué tal?

—Nada nuevo.

—Adivina qué —dijo—. Mi compañero de habitación ronca incluso más fuerte que tú.

La noche siguiente volvió a llamar, y la noche después. Charlábamos durante horas. Al principio, cuando sonaba el teléfono, y era para mí y no para Steven, éste se sentía confundido.

—¿Por qué te llama Conrad continuamente? —preguntó.

—¿Tú qué crees? Le gusto. Nos gustamos.

A Steven casi le entran arcadas.

—Se ha vuelto loco —dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Te parece imposible que le guste a Conrad Fisher? —repose desafiante cruzándome de brazos.

—Sí —resolvió sin pensárselo dos veces—. Es imposible.

Y, seamos sinceros, lo era.

Era como un sueño. Irreal. Después de tanto suspirar, ansiar y desear años y años lo mismo, veranos enteros, él me llamaba a mí. Disfrutaba hablando conmigo. Lo hacía reír incluso cuando no quería. Yo entendía por lo que estaba pasando porque, en cierto modo, a mí me ocurría lo mismo. Sólo había unas pocas personas en el mundo que quisiesen a Susannah tanto como nosotros. Creí que eso sería suficiente.

Nos convertimos en algo. Algo que nunca llegó a definirse con exactitud, pero era algo. Algo de verdad. Varias veces condujo las tres horas y media que se tardaba en llegar desde la universidad hasta mi casa. En una ocasión, se quedó a pasar la noche porque se había hecho tan tarde que mi madre no quiso que condujese de regreso. Conrad se quedó en la habitación de invitados y yo permanecí tumbada en la cama, despierta durante horas, pensando en que él dormía a sólo unos metros de distancia; de entre todos los lugares del mundo, en mi casa.

Si Steven no se hubiese pegado a nosotros como una lapa, sé que Conrad habría intentado besarme. Pero con mi hermano allí, era prácticamente imposible. Conrad y yo estábamos viendo la tele y él se sentaba justo entre los dos. Hablaba con Conrad de cosas de las que yo no sabía nada o que no me interesaban, como de fútbol. Una vez, después de cenar, pregunté a Conrad si le apetecía ir a tomar natillas heladas a Brusters y Steven metió cucharada al instante y dijo:

—Suenan bien.

Le eché una mirada furiosa, pero él se limitó a sonreírme de oreja a oreja. Y entonces Conrad me tomó de la mano justo enfrente de Steven y dijo:

—Vamos todos.

Así que fuimos todos, mi madre incluida. No podía creerme que estuviese yendo a una cita con mi madre y mi hermano sentados en el asiento trasero.

Aunque, en realidad, sirvió para que aquella noche única de diciembre supiera más dulce. Conrad y yo regresamos a Cousins, los dos solos. Las noches perfectas son muy escasas, pero ésa lo fue. Perfecta, quiero decir. Fue una noche por la que había valido la pena esperar.

Me alegro de que tuviésemos esa noche. Porque en mayo, todo había terminado.

Capítulo tres

Me marché temprano de casa de Marcy. Le conté a Taylor que era para descansar antes de la fiesta de Justin. En parte era cierto. Quería descansar, pero la fiesta no me importaba. En cuanto llegué a casa, me puse mi camiseta enorme de Cousins, llené una botella de agua con refresco de uva y hielo triturado y me puse a ver la tele hasta que me dolió la cabeza.

Estaba inmersa en un silencio tranquilo y satisfecho. Sólo oía el ruido del televisor y el del aire acondicionado encendiéndose y apagándose. Tenía la casa para mí sola. Steven tenía un trabajo de verano en Best Buy. Estaba ahorrando para una televisión plana de cincuenta pulgadas que se iba a llevar a la universidad en otoño. Mi madre estaba en casa, pero se pasaba el día encerrada en su despacho, poniéndose al día con el trabajo, decía.

La comprendía. Si yo estuviese en su lugar, también querría estar sola.

Taylor llegó hacia las seis, armada con su bolsa de maquillaje de color fucsia de Victoria's Secret. Entró en el salón, me vio tumbada en el sofá con la camiseta de Cousins y frunció el ceño.

—Belly, ¿aún no te has duchado?

—Me he duchado esta mañana —respondí sin levantarme.

—Sí, y has estado al sol todo el día.

Me agarró de los brazos y me obligó a ponerme derecha.

—Date prisa y entra en la ducha.

La seguí arriba y ella se metió en mi habitación mientras yo iba al baño del pasillo. Tomé la ducha más rápida de mi vida. Si la dejaba a su aire, Taylor se convertiría en una fisgona y se pondría a curiosear en mi dormitorio como si fuese el suyo.

Cuando salí, Taylor estaba sentada en el suelo enfrente del espejo. Se extendía con eficiencia el bronceador por las mejillas.

—¿Quieres que te maquille?

—No, gracias. Cierra los ojos mientras me visto, ¿vale?

Puso los ojos en blanco.

—Belly, eres una mojugata —exclamó volviendo a poner los ojos en blanco.

—Me da igual —dije mientras me ponía la ropa interior y el sujetador. Después me embutí otra vez la camiseta de Cousins.

—Vale, ya puedes mirar.

Taylor abrió bien los ojos y se aplicó el rímel.

—Podría hacerte la manicura —ofreció—. Tengo tres colores nuevos.

—No, no vale la pena.

Levanté las manos. Me había mordido las uñas hasta las raíces.

Taylor hizo una mueca.

—Bueno, ¿qué te vas a poner?

—Esto —respondí, reprimiendo una sonrisa. Señalé mi camiseta de Cousins. La había llevado tantas veces que tenía agujeros diminutos en torno al cuello y se había vuelto suave como una manta. Deseé poder ponérmela para la fiesta.

—Muy graciosa —dijo Taylor arrastrándose de rodillas hasta mi armario. Se puso de pie y empezó a rebuscar, apartando las perchas como si no se supiera de memoria todas las prendas de ropa que tenía. Normalmente no me importaba, pero ese día todo me hacía sentir molesta e irritable.

—No te preocupes. Me pondré unos *shorts* y una camiseta de tirantes —le dije.

—Belly, la gente se arregla para ir a las fiestas de Justin. Nunca has asistido, así que no lo sabrás, pero no puedes ponerte unos *shorts* viejos.

Taylor sacó mi vestido de tirantes blanco. La última vez que lo había llevado fue el verano anterior, en la fiesta con Cam. Susannah me dijo que acentuaba mi belleza natural.

Me levanté, le quité el vestido de las manos y volví a guardarlo en el armario.

—Está manchado —aduje—. Buscaré otra cosa.

Taylor volvió a sentarse enfrente del espejo y sugirió:

—Puedes ponerte el vestido negro con flores pequeñas. Te hace unos pechos increíbles.

—Es incómodo; demasiado ceñido —le expliqué.

—Porfi.

Con un suspiro, lo saqué de la percha y me lo puse. En ocasiones, era mejor rendirse ante Taylor. Llevábamos siendo amigas, mejores amigas, desde niñas. Lo llevábamos siendo durante tanto tiempo que era más bien una costumbre, ya ni hacía falta decirlo.

—¿Ves?, estás hecha un bombón. —Se acercó para cerrarme la cremallera—. Ahora toca hablar de nuestro plan de actuación.

—¿Qué plan de actuación?

—Pienso que Cory Wheeler y tú deberíais enrollaros en la fiesta.

—Taylor...

Levantó una mano para acallarme.

—Sólo escúchame. Cory es supersimpático y superguapo. Si trabajase un poco su cuerpo y consiguiera un poco de definición, podría estar tan bueno como un modelo

de Abercrombie.

Solté una risotada.

—Venga ya.

—Bueno, al menos tan guapo como el-que-empieza-por-C. —Ya nunca lo llamaba por su nombre. Ahora era sólo «ya sabes quién» o «el-que-empieza-por-C».

—Taylor, deja de presionarme. No puedo olvidarme de él sólo porque tú así lo quieras.

—¿Podrías intentarlo, al menos? —dijo con voz persuasiva—. Cory podría ser tu ligue de rebote. A él no le importaría.

—Si vuelves a mencionar a Cory, no iré a la fiesta —repuse, e iba en serio. De hecho, estaba esperando a que lo volviese a nombrar para tener una excusa para no asistir.

Abrió los ojos como platos.

—Vale, vale. Lo siento. Mis labios están sellados.

A continuación, agarró su bolsa de maquillaje y se sentó en el borde de la cama; yo me acomodé a sus pies. Sacó un peine y me dividió el pelo en secciones. Lo trenzaba de prisa, con movimientos rápidos y seguros, y cuando hubo terminado, me sujetó el pelo en la coronilla, a un lado. Ninguna de las dos habló mientras trabajaba, hasta que dijo:

—Me encanta cómo te queda el pelo así. Pareces nativa americana, como una princesa cherokee o algo por el estilo.

Empecé a reír, pero me detuve en seguida. Nuestras miradas se encontraron en el espejo y Taylor dijo:

—No pasa nada por reír. Tienes derecho a divertirte.

—Lo sé —respondí, pero no lo sentía.

Antes de marcharnos, pasé por el despacho de mi madre. Estaba sentada detrás de su escritorio con montones de carpetas y pilas de papeles. Susannah había nombrado a mi madre su albacea, y supongo que eso implicaba un montón de papeleo.

Mi madre estaba a menudo al teléfono con el abogado de Susannah, repasándolo todo. Quería que las cosas fuesen perfectas, los últimos deseos de su amiga debían cumplirse.

Susannah nos había legado, tanto a Steven como a mí, algo de dinero para la universidad. También me había dejado algunas joyas. Un brazalete de zafiros que no podía imaginarme llevando, un collar de diamantes para el día de mi boda —así lo había especificado por escrito—, y unos pendientes y un anillo de ópalo. Éstos eran mis favoritos.

—¿Mamá?

—¿Sí? —Levantó la vista para mirarme.

—¿Has cenado? —Sabía que no lo había hecho. No había salido del despacho desde mi llegada a casa.

—No tengo hambre —respondió—. Pero si no hay comida en la nevera, puedes pedir una pizza, si te apetece.

—¿Quieres que te prepare un sándwich? —ofrecí. Steven y yo nos habíamos estado turnando para hacer la compra esa semana. Dudo que mi madre supiera que era la semana del 4 de julio.

—No, no hace falta. Saldré luego y me prepararé algo.

—Vale.

—Taylor y yo vamos a una fiesta. —Vacilé un momento—. No volveré tarde.

Una parte de mí deseaba que me pidiera que me quedase en casa. Una parte de mí deseaba quedarse y hacerle compañía, preguntarle si quería ver una peli en el canal Turner Classic, preparar palomitas. Pero ya había vuelto su atención al papeleo. Estaba mordisqueando el bolígrafo.

—Suenan bien —dijo—. Ten cuidado.

Cerré la puerta a mis espaldas.

Taylor me estaba esperando en la cocina, enviando mensajes por el móvil.

—Date prisa, vámonos de una vez.

—Espera un momento; aún tengo que hacer una cosa. —Fui a la nevera y saqué lo necesario para preparar un sándwich de pavo. Mostaza, queso, pan blanco.

—Belly, habrá comida en la fiesta. No te irás a comer eso ahora...

—Es para mi madre —respondí.

La fiesta de Justin era todo lo que Taylor dijo que sería. La mitad de nuestra clase estaba allí, y los padres de Justin no se veían por ninguna parte. En el patio había infinidad de lámparas de bambú y los altavoces prácticamente vibraban de lo alta que estaba la música. Unas cuantas chicas bailaban animadamente.

Había un barril grande y una nevera roja enorme. Justin estaba en las parrillas, dando la vuelta a los bistecs y las salchichas. Llevaba puesto un delantal en el que podía leerse «Besad al chef».

—Como si alguien fuese a enrollarse con él —comentó Taylor con desprecio. Taylor había ido a por Justin a principios de año, antes de liarse con su novio, Davis. Ella y Justin habían salido unas cuantas veces hasta que la dejó plantada por una chica mayor.

Se me había olvidado el repelente de insectos y los mosquitos me estaban

devorando. Tenía que agacharme continuamente para rascarme las piernas, y me alegraba de poder hacerlo. Me alegraba de tener algo que hacer. Temía tener contacto visual por error con Cory, que estaba junto a la piscina.

La gente bebía cerveza en vasos de plástico rojo. Taylor trajo un par de bebidas. La mía era de licor de melocotón y zumo de naranja. Era almibarado y sabía a productos químicos. Tomé dos tragos antes de tirarlo.

Entonces Taylor localizó a Davis en la mesa de *beer pong*, se puso un dedo en los labios y me agarró de la mano. Nos pusimos detrás de él y Taylor lo envolvió con los brazos por la espalda.

—¡Te tengo! —exclamó.

Davis se dio la vuelta y empezaron a besarse como si no acabasen de verse sólo unas horas antes. Me quedé allí de pie un minuto, sujetando incómoda mi bolso, mirando a todas partes menos a ellos. En realidad se llamaba Ben Davis, pero todo el mundo lo llamaba Davis. Era guapo de verdad; tenía hoyuelos y ojos de color verde mar. Pero era bajito, lo que al principio Taylor consideró motivo de ruptura, aunque ahora afirmaba que no le importaba tanto. Yo detestaba ir con ellos en coche hasta el instituto porque iban de la mano todo el viaje, conmigo sentada detrás como una niña pequeña. Rompían al menos una vez al mes, y sólo llevaban saliendo desde abril. Durante una de sus rupturas, Davis la llamó llorando, intentando que volviese con él, y Taylor activó el altavoz del teléfono. Me sentí culpable por escuchar, pero también algo celosa de que le importase tanto, lo bastante como para llorar.

—Pete ha ido a mear —dijo Davis envolviendo la cintura de Taylor con el brazo—. ¿Quieres quedarte y ser mi compañera hasta que vuelva?

Me echó un vistazo y negó con la cabeza. Dio un paso atrás y se deshizo de su abrazo.

—No puedo dejar a Belly.

Le eché una mirada furiosa.

—Taylor, no tienes que hacer de niñera. Deberías jugar.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

Me alejé de ella antes de que pudiera discutírmelo. Saludé a Marcy; a Frankie que iba en el autobús de la escuela conmigo; a Alice, que fue mi mejor amiga en la guardería; a Simon, con quien estaba en el anuario. Había conocido a la mayoría de esa gente toda mi vida, y aun así, nunca había añorado tanto Cousins.

Con el rabillo del ojo, vi a Taylor camelando a Cory y me escapé antes de que pudiese llamarme. Cogí un refresco y me dirigí al trampolín. Aún no había nadie, así

que me quité las chanclas y me subí encima. Me tumbé justo en el centro, con cuidado de mantener la falda en su sitio. Las estrellas ya habían salido, pequeñas salpicaduras de diamante en el cielo. Me bebí la coca-cola en dos tragos, eructé unas cuantas veces, miré alrededor por si alguien me había visto. Pero no, todos estaban junto a la casa. Después intenté contar las estrellas, una estupidez tan grande como contar granos de arena, pero lo hice igualmente porque así tenía algo que hacer. Me pregunté cuándo podría salir a hurtadillas e irme a casa. Habíamos llegado en mi coche, y Taylor podía volver a casa con Davis. Después me pregunté si les parecería raro que envolviese unos cuantos perritos calientes y me los llevase a casa para más tarde.

Llevaba dos horas sin pensar en Susannah, al menos. Quizá Taylor tenía razón, quizá era aquí donde tenía que estar. Si seguía anhelando Cousins, si seguía mirando atrás, estaría condenada para siempre.

Mientras cavilaba, Cory Wheeler se subió al trampolín y se abrió paso hasta el centro, donde yo estaba. Se tumbó a mi lado y dijo:

—Hola, Conklin.

¿Desde cuándo Cory y yo teníamos confianza suficiente como para llamarnos por el apellido?

Desde nunca.

Y entonces le seguí el juego y dije:

—Hola, Wheeler.

Intenté no mirarlo. Traté de concentrarme en contar estrellas y no en lo cerca que estaba de mí.

Cory se apoyó sobre un codo y preguntó:

—¿Te diviertes?

—Claro. —Me empezaba a doler el estómago. Huir de Cory me estaba provocando una úlcera.

—¿Has visto alguna estrella fugaz?

—Todavía no.

Cory olía a colonia, cerveza y sudor y, por extraño que parezca, no era una mala combinación. Los grillos cantaban con tanta fuerza que la fiesta parecía muy lejos.

—Esto... Conklin.

—¿Sí?

—¿Aún sales con ese chico que trajiste al baile, el que tenía una sola ceja?

Sonreí. No pude evitarlo.

—Conrad no tiene una sola ceja. Y no. Mmm, rompimos.

—Genial —dijo, y la palabra quedó colgando en el aire.

Ése era uno de esos momentos que se convierten en una encrucijada. La noche podía acabar de cualquier manera. Si me inclinaba un poco a la izquierda, podría

besarlo. Podría cerrar los ojos y perderme en Cory Wheeler. Podría seguir olvidando. Fingiendo.

Pero aunque Cory era guapo y simpático, no era Conrad. Ni de lejos. Cory era simple, como un corte de pelo militar, todo líneas rectas que iban en la misma dirección. Conrad, no. Él podía hacer que me diera un vuelco el estómago con una sola mirada, una sonrisa.

—Así que, Conkli... Tal vez podríamos... —Cory estiró la mano y me dio un golpecito juguetón en el brazo.

Me levanté de golpe. Dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Tengo que hacer pis. ¡Nos vemos luego, Cory!

A trompicones bajé del trampolín lo más rápido que pude, cogí mis chanclas y me dirigí a la casa. Localicé a Taylor junto a la piscina y fui directamente hacia ella.

—Tengo que hablar contigo —bufé. La agarré de la mano y tiré de ella hasta la mesa del bufet—. Hace como cinco segundos, Cory Wheeler casi me invita a salir.

—¿Y? ¿Qué le has respondido? —Los ojos de Taylor echaban chispas; yo detestaba su aspecto satisfecho, como si todo fuese de acuerdo con el plan.

—Le dije que tenía que hacer pis —le conté.

—¡Belly! ¡Vuelve allí ahora mismo y pégate el lote con Cory!

—Taylor, ¿puedes parar? Te dije que no estaba interesada en Cory. Te he visto hablando con él antes. ¿Lo has obligado a que me invitara a salir?

—Bueno... Le has gustado todo el año y se ha tomado su tiempo para invitarte. Es posible que lo empujara suavemente en la dirección correcta. Los dos estabais tan monos juntos en el trampolín —dijo a la vez que se encogía un poco de hombros.

—Ojalá no lo hubieses hecho —repliqué sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¡Sólo intentaba que te distrajeras de tus problemas!

—Pues no necesito que lo hagas —contesté.

—Sí que me necesitas.

Nos miramos fijamente durante un minuto. Algunos días, días como ése, tenía ganas de retorcerle el cuello. Era tan mandona. Empezaba a hartarme de que Taylor me empujara en esa y aquella dirección, de que me vistiera como a una de sus muñecas más raídas y desafortunadas. Siempre había sido así entre las dos.

Pero el caso es que por fin tenía una buena excusa para marcharme, estaba aliviada.

—Creo que me voy a casa.

—¿Qué estás diciendo? Acabamos de llegar.

—No estoy de humor para estar aquí, ¿vale?

Supongo que ella también empezaba a hartarse de mí porque dijo:

—Esto ya empieza a cansar, Belly. Llevas meses deprimida. No es saludable... Mi

madre piensa que deberías hablar con alguien.

—¿Qué? ¿Le has hablado de mí a tu madre? Dile que se guarde sus consejos psiquiátricos para *Ellen* —le espeté fulminándola con la mirada..

Taylor soltó un gritito ahogado.

—No puedo creer lo que acabas de decir.

Su gata, *Ellen*, sufría de trastorno afectivo estacional, según la madre de Taylor. Le hicieron tomar antidepresivos todo el invierno y, en primavera, como seguía estando malhumorada, la enviaron a un encantador de gatos. No sirvió de nada. En mi opinión, *Ellen* era sencillamente mala.

Respiré hondo.

—Te oí llorar por lo de *Ellen* durante meses, y en cambio Susannah muere, ¿y quieres que me enrolle con Cory y que juegue al *beer pong* y que me olvide de ella? Bueno, lo siento, pero no puedo.

Taylor echó un vistazo rápido alrededor antes de inclinarse hacia mí y decir:

—No finjas que lo de Susannah es la única razón por la que estás triste, Belly. También estás triste por Conrad, y lo sabes.

No podía creer lo que acababa de decirme. Dolía. Dolía porque era cierto. Pero seguía siendo un golpe bajo. Mi padre solía describir a Taylor como indomable. Lo era. Pero para bien o para mal, Taylor Jewel era parte de mí, y yo de ella.

—No todas podemos ser como tú, Taylor —dije yo con mezquindad.

—Podrías intentarlo —sugirió, sonriendo un poco—. Oye, siento lo de Cory. Sólo quiero que seas feliz.

—Lo sé.

—Va a ser un verano alucinante, ya verás. —Me pasó el brazo alrededor de los hombros y yo se lo permití.

—Alucinante —repetí. No esperaba nada alucinante. Sólo deseaba ir tirando. Seguir adelante. Si superaba el verano, el próximo sería más sencillo. Tenía que serlo.

Así que me quedé un rato más. Me senté en el porche con Davis y Taylor, y observé a Cory coqueteando con una chica de un curso inferior al nuestro. Me comí un perrito caliente. Después me marché a casa.

En casa, el sándwich seguía en la encimera, envuelto en celofán. Lo puse en la nevera y me dirigí al piso de arriba. La luz del dormitorio de mi madre estaba encendida, pero no entré para desearle buenas noches. Fui directamente a mi habitación, volví a ponerme la camiseta de Cousins, me deshice la trenza, me cepillé los dientes y me lavé la cara. A continuación, me tumbé bajo la colcha y me quedé en

la cama, reflexionando. Pensé: «Conque así es la vida ahora». Sin Susannah, sin los muchachos.

Habían pasado dos meses. Había sobrevivido al mes de junio. Pensé para mí: «Puedo hacerlo. Puedo ir al cine con Taylor y con Davis, puedo nadar en la piscina de Marcy, incluso puedo salir con Cory Wheeler. Si hago esas cosas, todo se arreglará. Quizá si me permito olvidar lo buenas que eran las cosas antes me resultará todo más fácil».

Pero aquella noche, mientras dormía, soñé con Susannah y la casa de verano e, incluso en sueños, seguía sintiendo cuán maravillosas habían sido las cosas antes. Lo perfectas que eran. Y hagas lo que hagas, por mucho que lo intentes, no puedes dejar de soñar.

Capítulo cuatro

Jeremiah

Ver a tu padre llorar te hace perder la cabeza de verdad. Quizá no a todo el mundo. Quizá hay personas que tienen padres a los que les parece bien llorar y que están en contacto con sus emociones. Mi padre no. No es de los que llora, y está claro que nunca nos ha animado a llorar. Pero en el hospital, y luego en la funeraria, sollozaba como un niño perdido.

Mi madre murió por la mañana temprano. Todo ocurrió tan de prisa que tardé un momento en entender lo que estaba pasando. Uno no lo comprende en seguida. Pero esa noche, la primera noche sin ella, estábamos Conrad y yo solos en casa. Era la primera vez que habíamos estado solos en días.

La casa estaba silenciosa. Nuestro padre seguía en la funeraria con Laurel. Nuestros familiares estaban en un hotel. En casa nos habíamos quedado sólo Conrad y yo. Durante todo el día había ido entrando y saliendo gente, pero ahora sólo quedábamos nosotros dos.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina. Nos habían traído todo tipo de cosas. Cestas de comida, bocadillos, un pastel de café, una lata grande de galletas danesas de Costco.

Arranqué un pedazo de tarta de café y me lo embutí en la boca. Estaba seca. Arranqué otro trozo y también me lo comí.

—¿Quieres un poco? —pregunté a Conrad.

—No —contestó. Estaba bebiendo leche. Me pregunté si estaría caducada. No me acordaba de la última vez que alguien había ido a comprar.

—¿Qué va a pasar mañana? —pregunté—. ¿Vendrán todos aquí?

—Es probable —respondió Conrad encogiéndose de hombros. Tenía un bigote de leche.

Eso fue todo lo que nos dijimos el uno al otro. Él subió a su habitación y yo puse en orden la cocina. Después me cansé y también subí. Pensé en ir a la habitación de Conrad; era mejor cuando estábamos juntos, nos sentíamos menos solos. Permanecí de pie en el pasillo un segundo, estaba a punto de llamar, y entonces lo oí llorar. Gemidos ahogados. No entré. Lo dejé solo. Sabía que era lo que habría querido. Fui a mi dormitorio y me metí en la cama. También lloré.

Capítulo cinco

Me puse mis gafas viejas para el funeral, las de la montura roja de plástico. Fue como ponerse un abrigo demasiado estrecho de hace mucho tiempo. Me mareaban un poco, pero no me importaba. A Susannah le gustaban esas gafas. Decía que con ellas parecía la chica más lista de la clase, el tipo de chica que iba a alguna parte y sabía exactamente cómo llegar hasta allí. Me recogí el pelo, porque a ella le gustaba. Decía que resaltaba mis facciones.

Pensé que era lo mejor que podía hacer, aparecer como más le habría gustado verme. Aunque sabía que sólo lo decía para hacerme sentir mejor, yo me lo creía. Creía en todo lo que decía Susannah. Incluso la creí cuando nos aseguró que nunca nos iba a dejar. Creo que todos lo hicimos, hasta mi madre. Fue una sorpresa para todos cuando ocurrió, e incluso cuando se hizo un hecho inevitable, nunca lo creímos. Nuestra Susannah no, Beck no. Uno siempre oye historias sobre gente que mejora, que contradice los pronósticos. Estaba convencida de que Susannah sería una de ellas. Aunque sólo hubiese una posibilidad entre un millón. Ella era esa una entre un millón.

Las cosas empeoraron de prisa. Se pusieron tan mal que al principio mi madre tomaba el puente aéreo entre su casa en Boston y la nuestra en fines de semana alternativos, y después con más frecuencia. Tuvo que pedir permiso para ausentarse del trabajo. Tenía una habitación propia en casa de Susannah.

La llamada llegó por la mañana temprano. Aún estaba oscuro. Eran malas noticias, claro; las malas noticias son las únicas que no pueden esperar. En cuanto oí el teléfono, incluso en sueños, lo supe. Susannah nos había dejado. Permanecí en la cama, esperando a que mi madre viniese a contármelo. La oía moviéndose en su dormitorio, oía el agua corriente de la ducha.

Como no vino, fui a su habitación. Estaba haciendo la maleta, con el pelo todavía mojado. Me miró; tenía los ojos vacíos y cansados.

—Beck se ha ido. —Y eso fue todo.

Noté cómo las entrañas me daban un vuelco. Las rodillas también me fallaron. Así que me senté en el suelo, contra la pared, dejando que me sostuviera. Pensaba que sabía lo que era tener el corazón roto. Creía que un corazón roto era estar sola en el baile. Eso no era nada. Esto, esto era un corazón roto. El dolor en el pecho, el martilleo entre los ojos. El saber que nunca volverás a ser la misma persona. Supongo que todo es relativo. Crees que sabes lo que es el amor, crees que conoces el sufrimiento, pero no. No sabes nada.

No estoy segura de en qué momento empecé a llorar. Cuando comencé, no podía parar. No podía respirar.

Mi madre cruzó la habitación y se arrodilló en el suelo conmigo, abrazándome, meciéndome adelante y atrás. Pero no lloró. Ni siquiera parecía que estuviera allí conmigo. Era un junco erguido, un puerto vacío.

Mi madre condujo hasta Boston el mismo día. La única razón por la que estaba en casa ese día era que necesitaba ropa limpia y quería ver cómo estaba yo. Creyó que habría más tiempo. Tendría que haber estado allí cuando Susannah murió. Aunque fuese solamente por los muchachos. Estoy segura de que ella pensaba lo mismo.

Con su mejor voz de maestra, nos dijo a Steven y a mí que tendríamos que ir allí al cabo de dos días. No quería que estorbáramos durante los preparativos del funeral; había mucho trabajo que hacer. Cabos sueltos que ligar.

Mi madre había sido nombrada albacea del testamento y Susannah sabía exactamente lo que hacía cuando así lo dispuso. No había nadie mejor para el trabajo: habían estado repasándolo todo juntas antes de la muerte de Susannah. Pero además, mi madre era la mejor cuando estaba ocupada, cuando hacía algo. No se derrumbó cuando la necesitaban. No, ella estuvo a la altura. Deseé haber heredado ese don. Porque me sentía perdida. No sabía qué hacer.

Pensé en llamar a Conrad. Incluso marqué su número varias veces. Pero no fui capaz. No sabía qué decir. Temía decir algo inadecuado, empeorar las cosas. Y después pensé en llamar a Jeremiah. Pero fue el miedo lo que me retuvo. Sabía que en el momento en el que llamase, el momento en que lo dijera en voz alta, sería verdad. Susannah se habría marchado de verdad.

Durante el trayecto estuvimos en silencio. El único traje de Steven, el que acababa de ponerse para el baile, estaba envuelto en plástico y colgado en el asiento trasero. No me había molestado en colgar mi vestido.

—¿Qué les vamos a decir? —pregunté por fin.

—No lo sé —admitió—. El único funeral en el que he estado es el de la tía Shirley y era muy vieja.

Yo era demasiado joven para recordar ese funeral.

—¿Dónde nos quedaremos esta noche? ¿En casa de Susannah?

—Ni idea.

—¿Cómo crees que lo estará llevando el señor Fisher?

No me sentía capaz de imaginarme a Conrad y a Jeremiah. Todavía no.

—Whisky —fue la respuesta de Steve.
Después de eso, dejé de hacer preguntas.

Nos cambiamos de ropa en una gasolinera a cincuenta kilómetros de la funeraria. En cuanto vi lo pulcro y planchado que estaba el traje de Steven, me arrepentí de no haber colgado mi vestido. En el coche, no paré de alisarme la falda con la palma de las manos, pero no sirvió de nada. Mi madre siempre dice que el rayón es imposible; tendría que haberme acordado. También tendría que habérmelo probado antes de guardarlo en la maleta. La última vez que me lo puse fue para una recepción en la universidad de mi madre, hacía tres años, y ahora me iba pequeño.

Llegamos temprano, lo bastante pronto como para encontrar a mi madre afanándose, arreglando las flores y hablando con el señor Brown, el director de la funeraria. Al verme frunció el ceño.

—Tendrías que haber planchado este vestido, Belly —dijo.

Me mordí el labio para no soltar algo de lo que después me arrepentiría.

—No tuve tiempo —respondí, a pesar de que lo había tenido de sobras. Tiempo más que suficiente. Tiré un poco de la falda para que no pareciese tan corta.

—Id a buscar a los muchachos, ¿de acuerdo? Belly, habla con Conrad —espetó lacónicamente.

Steven y yo intercambiamos una mirada. ¿Qué podía decir? Había pasado un mes desde el baile, desde que hablamos por última vez.

Los encontramos en la sala contigua; había bancos y cajas de pañuelos camufladas en cajas lacadas. Jeremiah tenía la cabeza inclinada, como si rezara, algo que nunca le había visto hacer. Conrad estaba sentado con la espalda derecha, los hombros rectos, mirando a la nada.

—Hola —dijo Steven, aclarándose la garganta. Se acercó a ellos y los abrazó con brusquedad.

Se me ocurrió que nunca había visto a Jeremiah con traje. Parecía que le iba un poco estrecho; estaba incómodo, no paraba de tirarse del cuello de la camisa. Pero sus zapatos parecían nuevos. Me pregunté si mi madre lo había ayudado a escogerlos.

Al llegar mi turno, me acerqué hasta Jeremiah y lo abracé con todas mis fuerzas. Lo noté rígido entre mis brazos.

—Gracias por venir —dijo con voz extrañamente formal.

Se me ocurrió la fugaz idea de que quizá estaba enfadado conmigo, pero la aparté tan rápido como apareció. Era el funeral de su madre, ¿por qué iba a estar pensando en mí?

Le di unas palmaditas torpes en la espalda, moviendo la mano en círculos

pequeños. Sus ojos eran de un azul imposible, le ocurría cuando lloraba.

—Lo siento mucho —dije, y me arrepentí inmediatamente, porque las palabras eran tan fútiles... No transmitían lo que quería decir de verdad, cómo me sentía en realidad. «Lo siento» era algo tan inútil como el rayón.

Entonces miré a Conrad. Volvía a estar sentado, la espalda rígida, su camisa blanca era toda una gran arruga.

—Hola —dije sentándome a su lado.

—Hola —respondió. No sabía si debía abrazarlo o dejarlo en paz. Así que le apreté el hombro, y él no dijo nada. Me hice una promesa a mí misma: no me apartaría de su lado en todo el día. Me quedaría justo ahí, me convertiría en un baluarte de fuerza, exactamente igual que mi madre.

Mi madre, Steven y yo nos sentamos en la cuarta fila, detrás de los primos de Conrad y Jeremiah y el hermano del señor Fisher y su esposa, que llevaba demasiado perfume. Consideraba que mi madre debía estar en primera fila, y así se lo dije, en un susurro. Estornudó y me contestó que no importaba. Supuse que tenía razón. Entonces se quitó la chaqueta del traje y me tapó las piernas desnudas.

Me volví una vez y vi a mi padre en el fondo. Por alguna razón, no esperaba verlo allí. Cosa extraña, porque también conocía a Susannah, así que era lógico que asistiera a su funeral. Lo saludé discretamente con la mano y él me devolvió el saludo.

—Papá está aquí —le susurré a mi madre.

—Claro que sí —respondió. No miró atrás.

Los amigos de clase de Conrad y Jeremiah se sentaron todos juntos, hacia el fondo. Parecían incómodos y fuera de lugar. Los chicos mantenían la cabeza baja y las chicas cuchicheaban con nerviosismo entre ellas.

El servicio fue largo. Un pastor al que no conocía pronunció el panegírico. Dijo cosas bonitas de Susannah. La describió como amable, compasiva, elegante, y sí que había sido todas esas cosas, pero se notaba que no la había conocido. Me incliné hacia mi madre para decírselo, pero estaba asintiendo con la cabeza a lo que decía el oficiante.

Creía que no volvería a llorar, pero lo hice y mucho. El señor Fisher se levantó y agradeció a todo el mundo su presencia; nos dijo que éramos bienvenidos en su casa para la recepción posterior. Se le quebró la voz varias veces, pero se las arregló para mantener el tipo. La última vez que lo había visto estaba moreno y era alto y seguro de sí mismo. Ese día parecía un hombre perdido en una tormenta de nieve. La espalda encorvada, el semblante pálido. Pensé en lo duro que debía de ser para él estar ahí de

pie, enfrente de todos los que la amaban. La había engañado, la había abandonado cuando más lo necesitaba, pero al final, había aparecido. Le había dado la mano todas esas últimas semanas. Quizá él también creyó que habría más tiempo.

Fue un funeral con el ataúd cerrado. Susannah le había dicho a mi madre que no quería que se quedasen boquiabiertos al ver su extraño aspecto. La gente muerta parece falsa, explicó. Como si estuviesen hechos de cera. Me obligué a recordar que la persona del interior del ataúd no era Susannah, que no importaba su aspecto porque ya no estaba allí.

Cuando acabó la ceremonia, tras el Padre Nuestro, formamos un cortejo fúnebre, guardando el turno para ofrecer nuestras condolencias. Me sentí curiosamente adulta, allí de pie con mi madre y mi hermano. El señor Fisher se inclinó y me dio un abrazo firme, con los ojos húmedos. A Steven le dio un apretón de manos y cuando abrazó a mi madre, ella le susurró algo al oído y él asintió.

Cuando abracé a Jeremiah, los dos sollozábamos tan fuerte que debíamos sujetarnos el uno al otro. Nos temblaban los hombros sin parar.

Al abrazar a Conrad quise decirle algo que le sirviera de consuelo. Algo mejor que «lo siento». Pero ocurrió tan de prisa que no tuve tiempo de decir nada más. Tenía una fila de gente esperando detrás de mí para darle el pésame.

El cementerio no estaba muy lejos. Los tacones se me hundían en el suelo. Debía de haber llovido el día anterior. Antes de bajar a Susannah a la tierra húmeda, Conrad y Jeremiah pusieron una rosa blanca cada uno encima del ataúd, y a continuación, el resto de personas fuimos añadiendo más flores. Yo escogí una peonía rosa. Alguien cantó un himno. Cuando terminó, Jeremiah no se movió. Se quedó justo donde iba a estar la tumba y lloró. Mi madre fue hacia él. Le tomó la mano y le habló suavemente.

De vuelta a casa de Susannah, Jeremiah, Steven y yo nos escabullimos a la habitación de Jeremiah. Nos sentamos encima de su cama.

—¿Dónde está Conrad? —pregunté. No había olvidado mi voto de permanecer a su lado, pero me lo estaba poniendo difícil con esa manía suya de desaparecer a cada momento.

—Es mejor que lo dejemos en paz un rato —contestó Jeremiah—. ¿Tenéis hambre? —Estaba hambrienta, pero no quería admitirlo.

—¿Y tú?

—Sí, un poco. Hay comida abajo.

Su voz se demoró en la palabra «abajo». Yo sabía que no quería bajar y enfrentarse a toda esa gente, ver la lástima en sus miradas. «Qué triste —dirían—, mirad a esos pobres chicos que se han quedado sin madre.» Sus amigos no acudieron a la casa; se marcharon justo después del funeral. Solamente había adultos ahí abajo.

—Iré yo —me ofrecí.

—Gracias —dijo Jeremiah con gratitud.

Me levanté y cerré la puerta a mi espalda. Me detuve en el pasillo para observar los retratos de familia. Estaban enmarcados en negro, todos con el mismo tipo de marco. En una de las fotos, Conrad llevaba pajarita y le faltaba un diente de delante. En otra, Jeremiah tenía ocho o nueve años y llevaba una gorra de los Red Sox que se negó a quitarse durante todo un verano. Decía que era su gorra de la suerte; se la puso todos los días durante tres meses. Cada dos semanas, Susannah la lavaba y la volvía a dejar en su habitación mientras dormía.

Abajo, los adultos pululaban, bebiendo café y hablando en susurros. Mi madre estaba en la mesa del bufet, cortando pastel para los presentes. Me pregunté si los conocía a todos, si ellos sabían lo que significaba ella para Susannah, que era su mejor amiga, que habían pasado los veranos juntas, prácticamente su vida entera juntas.

Cogí dos platos y mi madre me ayudó a llenarlos.

—¿Estáis bien ahí arriba? —me preguntó, colocando un pedazo de queso azul en el plato. Asentí y lo volví a quitar.

—A Jeremiah no le gusta el queso azul —aduje. Después cogí un puñado de tostadas y un racimo de uvas—. ¿Has visto a Conrad?

—Creo que está en el sótano —contestó. Mientras reordenaba la bandeja de quesos, añadió—: ¿Por qué no vas a ver cómo está y le bajas un plato? Yo subiré éste a los chicos.

—Vale.

Cogí el plato y crucé el comedor justo cuando Jeremiah y Steven bajaban la escalera. Me quedé ahí de pie y observé a Jeremiah pararse a hablar con la gente; les permitía que lo abrazasen y le dieran la mano. Nuestras miradas se encontraron y levanté la mano para saludarlo. Él levantó la suya e hizo lo mismo, haciéndole una mueca a la mujer que le estaba agarrando del brazo. Susannah habría estado orgullosa.

Después bajé al sótano. El sótano enmoquetado e insonorizado. Susannah lo había reformado cuando Conrad empezó a tocar la guitarra eléctrica.

Estaba oscuro; Conrad no había encendido las luces. Esperé a que mis ojos se acostumbraran un poco a la oscuridad y bajé la escalera a tientas.

Lo encontré en seguida. Estaba tumbado en el sofá con la cabeza en el regazo de

una chica. Ella le acariciaba el pelo, como si ya lo hubiera hecho muchas otras veces. Aunque el verano acababa de empezar, ya estaba bronceada. Se había quitado los zapatos y sus piernas desnudas estaban extendidas encima de la mesita. Conrad le acariciaba la pierna.

Todo mi cuerpo se agarrotó y se quedó tirante como una cuerda de guitarra.

La había visto en el funeral. Me había parecido muy guapa, y me había preguntado quién era. Parecía asiática, quizá india. Tenía el pelo y los ojos oscuros, y llevaba una minifalda negra y una blusa blanca de lunares negros. Y llevaba puesta una diadema negra. Ella me vio primero.

—Hola —dijo.

Fue entonces cuando Conrad levantó la vista y me vio de pie en la entrada con un plato de queso y tostadas. Se levantó.

—¿Es para nosotros? —preguntó sin mirarme.

—Lo envía mi madre —respondí con un balbuceo tranquilo. Caminé hasta la mesita y dejé el plato encima. Me quedé ahí un segundo, no del todo segura de qué hacer a continuación.

—Gracias —dijo la chica, en un tono que sonaba a «Ya te puedes marchar». Sin ser mezquina, pero dejando muy claro que estaba interrumpiendo.

Retrocedí lentamente y cuando llegué a la escalera, me puse a correr. Me mezclé con los invitados del salón y oí a Conrad venir tras de mí.

—¡Espera un momento! —gritó.

Casi había llegado a la entrada cuando me atrapó y me agarró del brazo.

—¿Qué quieres? —pregunté quitándomelo de encima—. Suéltame.

—Ésa era Aubrey —explicó mientras me soltaba.

Aubrey, la chica que le había roto el corazón. Me la había imaginado distinta. La imaginaba rubia. Era más guapa de lo que pensaba. Nunca podría competir con una chica como ésa.

—Perdón por interrumpir vuestro momento de intimidad —dije yo.

—Crece un poco —respondió él.

Hay momentos en la vida que uno desearía poder eliminar con todas sus fuerzas. Borrarlos de su existencia. Si pudiese, se borraría a sí mismo de la existencia, sólo para que ese momento no hubiese ocurrido.

Lo que hice a continuación fue uno de esos momentos. En el día del funeral de su madre, al chico que amaba más de lo que había amado nunca a nada o a nadie, le dije:

—Vete al infierno.

Fue lo peor que le podía decir. No es que no hubiese pronunciado esas palabras anteriormente. Pero nunca olvidaré la expresión de su cara. Hizo que deseara morirme. Confirmaba todas las cosas mezquinas y crueles que había pensado alguna

vez sobre mí misma, el tipo de cosas que esperas que nadie descubra. Porque si lo hicieran, verían tu verdadero yo y te despreciarían.

—Tendría que haber supuesto que te comportarías así —dijo Conrad.

Abatida, le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros, con la mandíbula rígida.

—Olvidalo.

—No, dilo.

Comenzó a darse la vuelta para marcharse, pero lo detuve. Me interpuse en su camino.

—Dímelo —repetí alzando la voz.

Me miró y dijo:

—Sabía que no era buena idea empezar algo contigo. No eres más que una cría. Fue un gran error.

—No te creo —repuse.

La gente empezaba a mirarnos. Mi madre estaba de pie en el salón, hablando con gente a la que no reconocía. Había levantado la vista hacia mí cuando empecé a hablar. No me sentía capaz de mirarla; notaba cómo me ardía el rostro.

Sabía que lo correcto sería marcharme. Sabía que era lo que debía hacer. En ese momento fue como si estuviese flotando por encima de mi cuerpo y pudiese verme a mí y a toda la gente de la habitación que me estaba mirando. Pero cuando Conrad simplemente se encogió de hombros e hizo el gesto de marcharse otra vez, me sentí tan encolerizada y tan... pequeña. Quise detenerme, pero no pude.

—Te odio —proferí.

Conrad se volvió y asintió como si hubiese estado esperando a que lo dijera.

—Bien —contestó. Su forma de mirarme, compadeciéndose de mí, hastiado e indiferente, me puso enferma.

—No quiero volver a verte —dije y entonces lo aparté de un empujón y subí la escalera corriendo tan de prisa que tropecé con el escalón superior. Me caí de rodillas, con fuerza. Creo que oí a alguien soltar un grito ahogado. Apenas podía ver a través de las lágrimas. A ciegas, volví a levantarme y corrí a la habitación de invitados.

Me quité las gafas, me eché en la cama y lloré.

No era a Conrad al que odiaba, era a mí misma.

Mi padre subió al cabo de un rato. Llamó a la puerta unas cuantas veces, y como no respondí, entró y se sentó en la cama.

—¿Estás bien? —me preguntó. Su voz era tan amable que sentí cómo las lágrimas me volvían a manar de los ojos. Nadie debería ser bueno conmigo. No lo merecía.

Rodé sobre la cama para darle la espalda.

—¿Mamá está enfadada conmigo?

—No, claro que no —respondió—. Baja y despídete de todo el mundo.

—No puedo. —¿Cómo iba a bajar y enfrentarme a todos después de la escena que había montado? Era imposible. Me sentía humillada, y me lo había buscado yo sola.

—¿Qué ha pasado entre Conrad y tú, Belly? ¿Os habéis peleado? ¿Habéis roto?

Era tan extraño oír la palabra «romper» saliendo de la boca de mi padre. No podía discutirlo con él. Era demasiado raro.

—Papá, no puedo hablar de estas cosas contigo. ¿Te puedes marchar? Quiero estar sola.

—Muy bien —contestó, y sentí lo dolido que estaba—. ¿Quieres que vaya a buscar a tu madre?

Era la última persona a la que quería ver. Al instante, dije:

—No, por favor, no lo hagas.

La cama crujió al levantarse mi padre. Salió y cerró la puerta.

La única persona a la que deseaba ver era a Susannah. Era la única. Y entonces me vino a la cabeza un pensamiento nítido como el cristal. Nunca volvería a ser la favorita de nadie. Nunca volvería a ser una niña, no como hasta entonces. Todo se había acabado. Nos había dejado de verdad.

Recé por que Conrad me hubiese escuchado. Esperaba no volver a verlo nunca más. Si tenía que verlo otra vez, si me miraba como lo había hecho ese día, me derrumbaría.

Capítulo seis

3 de julio

Cuando sonó el teléfono a la mañana siguiente temprano, mi primer pensamiento fue: «Las únicas llamadas que se reciben tan temprano son malas noticias». Tenía razón, en cierto modo.

Creo que aún estaba soñando cuando oí su voz. Durante un largo segundo, pensé que era Conrad, y mientras duró, me quedé sin aliento. Conrad me volvía a telefonar, eso era más que suficiente para que me olvidara de cómo respirar. Pero no era Conrad. Era Jeremiah.

Al fin y al cabo, eran hermanos; sus voces se parecían. Eran parecidas pero no iguales. Jeremiah dijo:

—Belly, soy Jeremiah. Conrad se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

De repente, estaba totalmente despierta y con el corazón en la garganta. «Se ha ido» había adquirido un significado distinto, uno que antes no tenía. Algo permanente.

—Se marchó a las clases de verano hace un par de días y no ha vuelto. ¿Sabes dónde está?

—No.

Conrad y yo no habíamos hablado desde el funeral de Susannah.

—Se saltó dos exámenes. Eso es algo que no haría nunca.

Jeremiah parecía desesperado, incluso angustiado. Nunca lo había oído expresarse de esa forma. Siempre estaba tranquilo, riendo, nunca serio. Y tenía razón, Conrad nunca lo haría, no se marcharía sin contárselo a nadie. Al menos, no el antiguo Conrad al que había amado desde los diez años; él no.

—¿Lo sabe tu padre? —Me levanté, me restregué los ojos.

—Sí. Está flipando. No sabe cómo enfrentarse a algo así.

Ése era el dominio de Susannah, no el del señor Fisher.

—¿Qué quieres hacer, Jere?

Intenté que mi voz sonara como la de mi madre. Serena, razonable. Como si no estuviese muerta de miedo ante la idea de que Conrad hubiera desaparecido. No era que pensara que estuviese en un lío. Era que si se marchaba, si se iba de verdad, podría no regresar nunca. Y eso me asustaba más de lo que podía expresar.

—No lo sé —resopló Jeremiah con fuerza—. Su móvil lleva días apagado. ¿Me ayudarás a buscarlo?

De inmediato dije:

—Sí, claro. Desde luego que sí.

En ese momento, todo cobró sentido. Ésta era mi oportunidad de arreglar las cosas con Conrad. Tal como lo veía, esto era lo que había estado esperando sin ni siquiera saberlo. Era como si los dos últimos meses hubiese sido sonámbula pero ahora estaba ahí, completamente despierta. Tenía un objetivo, un propósito.

La última vez le había dicho cosas horribles, imperdonables. Quizá, si lo ayudaba de alguna manera, aunque fuese una minucia, podría enmendar lo que había roto.

Aun así, por asustada que estuviera ante la idea de que Conrad hubiese desaparecido, por ansiosa que me encontrara por redimirme, la idea de estar cerca de él me aterrorizaba. Nadie en el mundo entero me afectaba como Conrad Fisher.

En cuanto Jeremiah y yo colgamos el teléfono, inicié una actividad frenética, arrojando ropa interior y camisetas a mi bolsa de viaje. ¿Cuánto tardaríamos en encontrarlo? ¿Estaría bien? ¿Lo habríamos sabido si no lo estuviese? Guardé mi cepillo de dientes, un peine y el líquido para las lentillas.

Mi madre estaba planchando en la cocina. Tenía la mirada perdida, la frente fruncida.

—¿Mamá?

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Me miró sobresaltada.

Ya había planeado lo que le diría a continuación.

—Taylor tiene una especie de crisis nerviosa porque ha vuelto a romper con Davis. Me quedaré en su casa esta noche, quizá también mañana, dependiendo de cómo se encuentre.

Retuve el aliento a la espera de que hablase. Mi madre tenía un detector de mentiras como nadie que hubiese conocido. Era más que simple intuición maternal, era como un dispositivo de rastreo. Pero no se activó ninguna alerta, ni campanas, ni pitidos. Su semblante estaba completamente blanco.

—Muy bien —concluyó volviendo al planchado. Y añadió:

»Intenta estar en casa mañana por la noche. Voy a preparar mero.

Y roció almidón sobre un par de pantalones caqui. Me había librado. Tendría que haberme sentido aliviada, pero no fue así.

—Lo intentaré —respondí.

Por un momento, consideré contarle toda la verdad. Ella seguro que lo entendería mejor que nadie. Se ofrecería a ayudar. Los quería a ambos. Fue mi madre la que llevó a Conrad a urgencias cuando se rompió el brazo con el monopatín porque Susannah temblaba tanto que no era capaz de conducir. Mi madre era estable, sólida. Siempre sabía qué hacer.

Al menos, antes. Ahora no estaba tan segura. Cuando Susannah enfermó de nuevo,

mi madre funcionaba con el piloto automático, hacía lo que tenía que hacerse. Apenas si estaba presente. El otro día bajé y me la encontré barriendo el pasillo de delante con los ojos enrojecidos. Tuve miedo. No era de las que lloraban. Verla de esa forma, como una persona de verdad y no sólo mi madre, casi me hizo perder la confianza en ella.

Dejó la plancha. Cogió el bolso y sacó la cartera.

—Cómprale un helado a Taylor; invito yo —dijo entregándome un billete de veinte.

—Gracias, mamá —respondí guardándomelo en el bolsillo. Nos iría bien luego para la gasolina.

—Que vaya bien —dijo, y luego volvió a desaparecer. Ausente. Planchando el mismo par de pantalones que acababa de repasar.

Dentro del coche, una vez lejos de casa, finalmente me permití sentirlo. Alivio. Nada de una madre triste y silenciosa, ese día no. Detestaba dejarla a solas y detestaba estar con ella porque me obligaba a recordar lo que más deseaba olvidar. Susannah no estaba y no iba a regresar, y ninguno de nosotros volvería a ser la misma persona que era antes.

Capítulo siete

En casa de Taylor, la puerta de entrada casi nunca estaba cerrada. Su escalera me resultaba tan familiar como la mía.

Después de entrar, subí directamente a su habitación.

Taylor estaba tumbada boca abajo, hojeando revistas de cotilleo. Al verme, se incorporó y dijo:

—¿Eres masoquista o qué?

Solté la bolsa de deporte y me senté a su lado. La había llamado de camino a su casa; se lo había contado todo. No quería, pero tuve que hacerlo.

—¿Por qué vas a buscarlo? —exigió—. Ya no es tu novio.

—Tampoco es que lo fuese nunca —suspiré.

—Justo lo que yo decía. Mira esto. Este bikini te sentaría muy bien. El blanco sin tirantes. Te quedaría genial con el bronceado. —Hojeó la revista y me la pasó.

—Jeremiah está a punto de llegar —respondí, miré la revista y se la devolví. No podía imaginarme llevando ese bikini. Pero a ella sí.

—Tendrías que haberte quedado con Jeremy —prosiguió—. Conrad es básicamente un desequilibrado.

Le repetí que la cosa no era tan simple como escoger a uno o a otro. Nada lo era. Y no era que tuviese elección.

—Conrad no está loco, Taylor.

Nunca había perdonado a Conrad por no interesarse por ella el verano que la invité a Cousins, cuando teníamos catorce años. Taylor estaba acostumbrada a ser el centro de atención de todos los chicos, no estaba habituada a que la ignorasen, justo lo que hizo Conrad. Pero no Jeremiah. En cuanto le hizo ojitos, fue suyo. Su Jeremy, así era como lo llamaba, en un tono provocador que enloquecía a los chicos. Jeremiah picó en seguida, hasta que lo plantó por mi hermano, Steven.

Frunciendo los labios, Taylor dijo:

—Vale, quizá he sido un poco dura. Puede que no esté loco. Pero ¿y qué? ¿Vas a pasarte la vida de brazos cruzados esperándolo? ¿Siempre que le apetezca?

—¡No! Pero está en algún lío. Necesita a sus amigos más que nunca —contesté jugueteando con un hilo suelto de la alfombra—. No importa lo que ocurriera entre nosotros, siempre seremos amigos.

—Lo que tú digas. La única razón por la que participo en esto es para que obtengas clausura —dijo con una mueca de incredulidad.

—¿Clausura?

—Sí. Tal como lo veo yo, es la única forma. Tienes que ver a Conrad cara a cara y decirle que lo has superado, que no piensas seguir con sus juegucitos. Así y sólo así podrás zanjar el tema y olvidarte de su estúpida cara.

—Taylor, yo tampoco soy inocente en todo esto. —Tragué saliva—. La última vez que nos vimos fui horrible con él.

—Da igual. La cuestión es que tienes que seguir adelante. A buscar pastos más verdes. —Enarcó las cejas—. Como Cory, con el que, por cierto, dudo que tengas posibilidades después de lo de anoche.

Anoche parecía a un millón de años luz. Me esforcé por aparentar remordimientos y dije:

—Ah, gracias por dejarme aparcar el coche aquí. Si llama mi madre...

—Por favor, Belly. Muestra un poco de respeto. Soy la reina cuando se trata de mentir a los padres, no como tú. —Me miró con desdén—. Regresarás a tiempo para mañana por la noche, ¿no? Vamos al barco de los padres de Davis, ¿recuerdas? Lo prometiste.

—No es hasta las ocho o las nueve. Seguro que estaré de regreso para entonces. Además, no te prometí nada —señalé.

—Entonces, promételo ahora —exigió—. Promete que estarás aquí.

—¿Por qué me necesitas aquí? —dije poniendo los ojos en blanco—. ¿Para echarme a Cory Wheeler encima una vez más? No me necesitas. Tienes a Davis.

—Claro que te necesito. Aunque seas una mejor amiga horrible. Los novios no son como las mejores amigas y lo sabes. Pronto iremos a la universidad. ¿Qué pasará si vamos a facultades distintas? ¿Qué pasará? —Taylor me lanzó una mirada acusadora.

—Vale, vale. Lo prometo.

Taylor estaba decidida a que estudiásemos en la misma universidad, como siempre. Nos estrechamos las manos.

—¿Eso es lo que te vas a poner? —me preguntó de repente.

Bajando la vista a mi camisola gris, dije:

—Bueno, sí.

—¿Es lo que vas a llevar para ver a Conrad por primera vez? —dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad, tan rápido que su pelo restalló como un látigo.

—No es ninguna cita, Taylor.

—Cuando te encuentras con un ex, tienes que estar mejor que nunca. Es la primera regla de las rupturas. Tienes que hacerle pensar: «Mierda, ¿me estoy perdiendo esto?». Es como tiene que hacerse.

—No me importa lo que piense —respondí. No se me había ocurrido.

—Aquí dentro sólo hay ropa interior y una camiseta. Y este top de tirantes viejo.

¡Puaj! No lo soporto. Es oficial, hay que jubilarlo. —Ya estaba rebuscando en mi bolsa.

—Déjalo ya. No toques mis cosas.

Taylor se levantó de un salto, con el rostro resplandeciente y emocionado.

—Vamos, por favor, deja que te haga la maleta, Belly. Me haría muy feliz.

—No —respondí con toda la firmeza de la que fui capaz. Con Taylor había que ser firme—. Seguro que mañana ya estaré de vuelta. No necesito nada más.

Taylor hizo caso omiso y desapareció dentro de su armario.

En ese momento sonó mi móvil; era Jeremiah. Antes de contestar, dije:

—Hablo en serio, Tay.

—No te preocupes, lo tengo todo controlado. Piensa en mí como en tu hada madrina —respondió desde dentro del armario.

—Hola, ¿dónde estás? —respondí al teléfono.

—Bastante cerca. Más o menos a una hora de distancia. ¿Estás en casa de Taylor?

—Sí. ¿Quieres que te repita la dirección?

—No hace falta. —Hizo una pausa y por un momento creí que había colgado.

Entonces dijo:

»Gracias por hacer esto.

—¡Venga ya!

Pensé en decir algo más, como que era uno de mis mejores amigos y que una parte de mí se alegraba de tener una excusa para volver a verlo. No sería verano sin los muchachos de Beck.

Pero no conseguía que las palabras sonaran bien en mi cabeza, y antes de que pudiese formular la frase ya había colgado.

Cuando Taylor salió por fin del armario, estaba cerrando la cremallera de mi bolsa.

—Todo listo —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Taylor...

Intenté arrebatárle la bolsa.

—No, espera a llegar a dondequiera que vayas —prosiguió—. Ya me darás las gracias. He sido muy generosa, aunque me estás dejando totalmente tirada.

Ignoré la última parte y dije:

—Gracias, Tay.

—De nada —respondió mientras se arreglaba el pelo en el espejo del tocador—. ¿Ves lo mucho que me necesitas?

Taylor se dio la vuelta con las manos en las caderas.

—¿Y cómo planeáis encontrar a Conrad? Por lo que sabemos, podría estar debajo del algún puente.

No había considerado esa parte, los detalles prácticos.

—Estoy segura de que Jeremiah tiene algunas ideas —dije yo.

Jeremiah apareció una hora después, justo como había indicado. Lo vimos aparcar en la entrada desde la ventana del salón.

—Dios mío, está guapísimo —dijo Taylor corriendo al tocador y aplicándose brillo de labios—. ¿Por qué no me has dicho lo guapo que se ha vuelto?

La última vez que había visto a Jeremiah, medía un palmo menos y estaba escuálido. No me sorprende que fuese a por Steven. Pero para mí seguía siendo Jeremiah. Recogí la bolsa y salí con Taylor pisándome los talones.

Cuando abrí la puerta, Jeremiah estaba esperando de pie en la escalera. Llevaba su gorra de los Red Sox, y tenía el pelo más corto que la vez anterior. Era extraño verlo ahí, en la entrada de la casa de Taylor. Era surrealista.

—Estaba a punto de llamarte —dijo quitándose la gorra. No le preocupaba cómo tenía el pelo, ni parecer estúpido. Era una de sus cualidades más atractivas, una que admiraba, porque yo vivía con el temor constante de quedar en ridículo.

Quise abrazarlo, pero por alguna razón, quizá porque él no hizo el gesto primero, quizá porque de repente me sentí cohibida, me contuve. En su lugar, dije:

—Has llegado muy de prisa.

—He acelerado como un poseso —respondió, y después dijo—: Hola, Taylor.

Ella se puso de puntillas y lo abrazó, y me arrepentí de no haberlo hecho también yo.

Al apartarse, Taylor lo inspeccionó con aprobación, y dijo:

—Jeremy, tienes buen aspecto. —Le sonrió a la espera de que le devolviese el cumplido.

Como no lo hizo, Taylor añadió:

—Te estaba dando pie para decirme que yo también tengo buen aspecto.

—La misma Taylor de siempre —rió Jeremiah—. Ya sabes que estás guapa. No me necesitas a mí para que te lo diga.

Los dos intercambiaron sonrisas de suficiencia.

—Será mejor que nos vayamos —señalé.

Me quitó la bolsa del hombro y lo seguimos hasta el coche. Mientras hacía espacio para la bolsa en el maletero, Taylor me agarró del codo y dijo:

—Llámame cuando llegues a dondequiera que vayas, Cenibelly.

Así me llamaba cuando éramos pequeñas y estábamos obsesionadas con *Cenicienta*. Lo cantaba a coro con los ratones: «Cenibelly, Cenibelly».

Sentí una oleada súbita de afecto. La nostalgia, una historia compartida, contaban

mucho. Más de lo que había creído. La echaría de menos el año próximo, cuando las dos fuésemos a universidades distintas.

—Gracias por dejar que aparque aquí el coche, Tay.

Ella asintió con la cabeza y a continuación articuló la palabra «clausura» con los labios.

—Adiós, Taylor —dijo Jeremiah entrando en el coche.

Yo también entré. El coche era un desastre, como siempre. Había botellas de agua vacías repartidas por el suelo y el asiento trasero.

—¡Adiós! —grité mientras nos alejábamos.

Se quedó allí de pie haciendo adiós con la mano y observándonos.

—¡No olvides tu promesa, Belly! —gritó.

—¿Qué le has prometido? —preguntó Jeremiah, mirando por el retrovisor.

—Le prometí que estaría de regreso para la fiesta del 4 de julio de su novio. La celebrará en un barco.

—Volverás a tiempo, no te preocupes —asintió Jeremiah—. Con un poco de suerte, te tendré de regreso para la noche.

—Ah, bien —contesté.

—Taylor está exactamente igual —prosiguió él.

—Sí, supongo que sí.

Y ninguno de los dos dijo nada más. Nos sumimos en el silencio.

Capítulo ocho

Jeremiah

Puedo señalar con exactitud el momento en que todo cambió. Fue el verano anterior. Con y yo estábamos sentados en el porche y yo intentaba explicarle lo gilipollas que era el nuevo ayudante del entrenador.

—Te aguantas y ya está.

Él lo tenía fácil. Lo había dejado.

—No lo pillas, ese tío está loco —empecé a decirle, pero ya no me estaba escuchando. Su coche acababa de llegar. Steven salió primero, después Laurel. Ella preguntó dónde estaba mi madre y me dio un abrazo enorme. Después abrazó a Conrad y yo empecé a preguntar:

—Oye, ¿dónde está Belly Button?

Y allí estaba ella.

Conrad la vio primero; la estaba mirando por encima del hombro de Laurel. Ella se dirigió hacia nosotros. Su pelo volaba por todas partes y sus piernas medían kilómetros de largo. Llevaba unos tejanos recortados y unas zapatillas de deporte sucias. Se le veía la tira del sujetador por un lado de la camiseta de tirantes. Juro que nunca antes me había fijado en el tirante de su sujetador. Tenía una expresión curiosa en el rostro, una que no reconocí. Como tímida y nerviosa, pero también orgullosa.

Mientras esperaba mi turno, observé como Conrad la abrazaba. Quería preguntarle en qué estaba pensando, por qué tenía esa expresión en la cara. Pasé junto a Conrad, la cogí en brazos y solté alguna tontería. Eso la hizo reír y entonces se convirtió otra vez en la Belly de siempre. Fue un alivio porque no quería que fuese nada más que Belly.

La conocía de toda la vida. Nunca la había visto como a una chica. Era uno de nosotros. Era mi amiga. Considerarla de otra forma, aunque fuese sólo por un segundo, me dejó turbado.

Mi padre solía decir que con todas las cosas en la vida, hay un momento en que todo cambia. El momento del que depende todo lo demás, pero casi nunca te das cuenta cuando ocurre. La canasta de tres puntos en el segundo cuarto cambia el ritmo del partido. Despierta a la gente, les devuelve la energía. Todo se decide en ese momento.

Pude haberlo olvidado, ese momento en que aparcaron el coche y salió una chica, una chica a la que apenas conocía. Ya sabes, cuando tu mirada se encuentra con la de

una persona, un indicio de perfume cuando caminas por la calle. Sigues andando. Lo olvidas. Pude haberlo olvidado. Las cosas podrían haber vuelto a ser como antes.

Pero entonces llegó el momento que lo cambió todo.

Era de noche. Quizá hacía una semana que habían llegado. Belly y yo estábamos junto a la piscina y ella se estaba partiendo de risa por algo que yo había dicho, no recuerdo qué. Me encantaba hacerla reír. Aunque se reía mucho y no era ninguna proeza, me sentía genial. Dijo:

—Jere, eres la persona más graciosa que conozco.

Fue uno de los mejores cumplidos de mi vida. Pero ése no fue el momento crucial.

Ocurrió a continuación. Estaba de racha, imitando a Conrad cuando despierta. Es un Frankenstein total. Entonces, mi hermano salió y se sentó a su lado en la tumbona. Le tiró de la coleta y preguntó:

—¿De qué te ríes?

Belly levantó la vista hacia él y se sonrojó de verdad. Estaba completamente ruborizada y le brillaban los ojos.

—No me acuerdo —contestó.

Se me hizo un nudo en el estómago. Fue como si me hubiesen dado una patada en la tripa. Estaba celoso, loco de celos. De Conrad. Y cuando Belly se levantó poco después para ir a buscar un refresco, lo observé contemplándola mientras se alejaba y me sentí enfermar.

Fue entonces cuando comprendí que las cosas nunca volverían a ser igual.

Quise decirle a Conrad que no tenía derecho. Que la había ignorado todos esos años, que no podía decidir quedarse con ella sólo porque le apetecía.

Ella era de todos. Mi madre la adoraba. Llamaba a Belly su hija secreta. Esperaba ansiosa todo el año para poder verla. Steven, a pesar de que se lo hacía pasar mal, era muy protector con ella. Todos cuidábamos de Belly, sólo que ella no lo sabía. Estaba demasiado ocupada mirando a Conrad. Desde que teníamos uso de razón, había estado enamorada de él.

Lo único de lo que estaba seguro era de que quería que me mirase de esa forma. Después de ese día, estaba perdido. Me gustaba como algo más que una amiga. Quizá incluso la amaba.

Había habido otras chicas, pero no eran ella.

No quería pedirle ayuda. Estaba cabreado con ella. No sólo porque hubiese escogido a Conrad. Eso era una vieja historia. Estaba claro que siempre iba a escogerlo a él. Pero nosotros éramos amigos. ¿Cuántas veces me había llamado desde que murió mi madre? ¿Dos? ¿Unos cuantos mensajes de texto y correos electrónicos?

Pero sentado en el coche a su lado, oliendo su aroma a Belly Conklin (jabón Ivory y coco y azúcar), la manera que tenía de arrugar la nariz cuando reflexionaba, su sonrisa nerviosa, sus uñas mordidas. Su forma de pronunciar mi nombre.

Cuando se inclinó para jugar con el aire acondicionado, su pelo acarició mi pierna y lo tenía muy suave. Me hizo recordar de nuevo. Hizo que me costara seguir enfadado y mantenerla a distancia como había planeado. Cuando estaba cerca, sólo anhelaba agarrarla y abrazarla y besarla hasta dejarla sin aliento. Tal vez así se olvidaría de una vez del imbécil de mi hermano.

Capítulo nueve

—Bueno, ¿adónde vamos? —pregunté a Jeremiah. Intenté atraer su atención, que me mirase, aunque sólo fuese un segundo. No me había mirado a los ojos desde que llegó, y eso me ponía nerviosa. Necesitaba saber que las cosas estaban bien entre los dos.

—No lo sé —respondió—. Hace tiempo que no hablo con Conrad. No tengo ni idea de adónde se habrá ido. Confiaba en que tú tuvieses alguna.

El caso es que no tenía ninguna intuición. Nada de nada. Me aclaré la garganta.

—Conrad y yo no hemos hablado desde... mayo.

Jeremiah me miró de lado, pero no comentó nada. Me pregunté qué le habría contado Conrad. Seguro que no mucho.

—¿Has llamado a su compañero de habitación? —continué diciendo, pues él seguía sin decir nada.

—No tengo su número. No sé ni cómo se llama.

—Se llama Eric —dije con prontitud. Me alegraba saber al menos eso—. Es el mismo compañero que tuvo durante el curso. Se quedaron en la misma habitación para las clases de verano. Así que, mmm, supongo que es allí adonde vamos. A Brown. Hablaremos con Eric, con los compañeros de pasillo. Nunca se sabe, podría seguir en el campus.

—Tenemos un plan.

Mientras miraba por el retrovisor y cambiaba de carril, me preguntó:

—¿Fuiste en alguna ocasión a visitar a Conrad a la universidad?

—No —respondí, mirando por la ventana. Me resultaba muy embarazoso admitirlo—. ¿Y tú?

—Mi padre y yo lo ayudamos a trasladarse. —Casi a regañadientes, añadió—: Gracias por venir.

—De nada.

—¿Así que a Laurel le parece bien que vengas?

—Sí, claro —mentí—. Me alegro de poder acompañarte.

Antes me pasaba todo el año esperando el verano con ansiedad para ver a Conrad. Deseaba que llegase el verano igual que los niños desean la Navidad. Era en lo único que pensaba. Incluso ahora, después de todo lo ocurrido, él seguía ocupando por completo mis pensamientos.

Poco después, encendí la radio para llenar el silencio entre Jeremiah y yo.

En una ocasión, abrió la boca para decir algo, y yo pregunté:

—¿Decías algo?

—No —contestó.

Durante un rato condujimos en silencio. Jeremiah y yo éramos dos personas que siempre teníamos algo que contarnos.

Al fin, comentó:

—Vi a Nona la semana pasada. Me pasé por la residencia de ancianos donde trabaja ahora.

Nona era la enfermera de Susannah. Nos habíamos visto unas cuantas veces. Era fuerte y graciosa. Nona era menuda, quizá medía un metro sesenta, y tenía los brazos y las piernas flacuchos, pero la había visto levantar a Susannah como si no pesara nada. Cosa que, hacia el final, supongo que era prácticamente cierto.

Capítulo diez

Cuando Susannah volvió a empeorar, nadie me lo contó. Ni Conrad, ni mi madre, ni ella misma. Todo ocurrió tan de prisa.

Intenté zafarme de visitar a Susannah esa última vez. Le dije a mi madre que tenía un examen de trigonometría que contaba un 25 por ciento de la nota final. Le habría dicho cualquier cosa con tal de no ir.

—Tendré que estudiar todo el fin de semana. No puedo ir. Quizá la próxima semana —le expliqué por teléfono. Me esforcé por que mi voz sonara despreocupada y no desesperada—. ¿Vale?

Inmediatamente, repuso:

—No, no está bien. Vas a venir este fin de semana. Susannah quiere verte.

—Pero...

—Nada de peros —interrumpió, con la voz afilada como una cuchilla—. Ya te he comprado el billete de tren. Nos vemos mañana.

Durante el trayecto en el tren, me esforcé por encontrar cosas de las que hablar con Susannah. Le explicaría lo complicada que era la trigonometría, que Taylor estaba enamorada, que estaba considerando presentarme a secretaria de la clase, lo cual era mentira. No iba a presentarme a secretaria, pero sabía que a Susannah le gustaría la idea. Le contaría todas esas cosas y no le preguntaría por Conrad.

Mi madre me recogió en la estación. Cuando entré en el coche, me dijo:

—Me alegro de que hayas venido.

Y prosiguió:

—No te preocupes, Conrad no está aquí.

No le respondí, me quedé mirando por la ventana. Estaba injustamente enfadada con ella por obligarme a ir. A ella no era que le importase. Continuó hablando.

—Tengo que advertirte de que no tiene buen aspecto. Está cansada, muy cansada, pero está muy entusiasmada por tu visita.

En cuanto pronunció las palabras «no tiene buen aspecto», cerré los ojos. Me odiaba a mí misma por tener miedo de verla, por no visitarla más a menudo. Pero yo no era como mi madre, fuerte y resistente como el acero. Ver a Susannah en esas condiciones era duro. Era como si partes de ella, de la persona que había sido, se fuesen derrumbando poco a poco. Verla de esa manera lo hacía real.

Cuando aparcamos en la entrada, Nona estaba fuera fumando un cigarrillo. La había conocido dos semanas antes, cuando Susannah se trasladó del hospital a casa. Nona tenía un apretón de manos muy intimidante. Cuando salimos del coche, Nona se estaba poniendo desinfectante en las manos y ambientador en el uniforme, como si fuese una adolescente fumando a escondidas, a pesar de que a Susannah no le importaba; le encantaba fumar algún cigarrillo de vez en cuando, aunque ahora ya no podía fumar. Sólo hierba ocasionalmente.

—Buenos días —dijo Nona, saludando con la mano.

—Buenos días —respondimos nosotras, devolviendo el saludo.

Estaba sentada en el porche de delante.

—Me alegro de verte —me dijo. A mi madre, le comentó:

»Susannah ya está vestida y te espera abajo.

—Belly, tú puedes entrar primero. Yo me quedo a charlar con Nona —dijo mi madre sentándose junto a ella.

Y con «charlar», comprendí que quería decir fumar un cigarrillo. Nona y ella habían trabado amistad en los últimos meses.

Nona era pragmática y también profundamente espiritual. Una vez invitó a mi madre a acompañarla a la iglesia, y aunque mi madre no era nada religiosa, fue con ella. Al principio creí que era sólo para seguirle la corriente, pero al cabo de poco tiempo, empezamos a asistir a la iglesia de vuelta a casa y comprendí que había algo más. Estaba intentando encontrar un poco de paz.

—¿Yo sola? —respondí y me arrepentí inmediatamente. No quería que ninguna de las dos me juzgase por estar asustada. Ya estaba yo para hacerlo.

—Te está esperando —señaló mi madre.

Y era verdad. Susannah estaba sentada en el salón y llevaba ropa de verdad y no el pijama. Se había maquillado. El colorete rosado que llevaba se veía chillón y estridente en su piel blanquecina. Se había esforzado por mí, para no asustarme. Así que fingí no tener miedo.

—Mi chica preferida —dijo con los brazos abiertos.

La abracé con mucho cuidado, le dije que tenía mucho mejor aspecto. Mentí.

Susannah me contó que Jeremiah no estaría en casa hasta la noche; las chicas tendríamos la casa para nosotras solas toda la tarde.

En ese momento apareció mi madre, pero nos dejó solas. Entró en el salón para dirigirnos un saludo rápido y se puso a preparar la comida mientras nosotras nos poníamos al día.

En cuanto mi madre abandonó la habitación, Susannah dijo:

—Si te preocupa encontrarte con Conrad, puedes estar tranquila, cariño. No estará aquí este fin de semana.

—¿Te lo ha contado? —pregunté tragando saliva.

—Ese chico no me cuenta nada —contestó con una media sonrisa—. Tu madre mencionó que el baile no había ido... tan bien como esperábamos. Lo siento, princesa.

—Rompió conmigo —le expliqué. Era más complicado, pero al final todo se reducía a eso, así había pasado. Porque él lo había querido. Siempre había sido decisión suya si estábamos juntos o no.

Susannah me tomó la mano y la sostuvo entre las suyas.

—No odies a Conrad —alegó.

—No lo odio —mentí. Lo detestaba más que a nada en el mundo. Lo amaba más que a nada en el mundo. Porque él lo era todo. Y también detestaba esa certeza.

—Connie lo está pasando mal con todo esto. Es demasiado para él.

Hizo una pausa y me apartó el pelo de la cara, su mano se demoró en mi frente como si tuviese fiebre. Como si fuese yo la que estaba enferma y necesitara consuelo.

—No permitas que te aleje. Te necesita. Te quiere, ¿sabes?

—No es verdad. —Hice que no con la cabeza. Por dentro añadí: «Sólo se quiere a sí mismo, y a ti».

—¿Tú le quieres? —preguntó fingiendo no haberme oído. Al no responder yo, asintió como si lo hubiese hecho—. ¿Quieres hacer algo por mí?

Asentí lentamente.

—Cuida de él en mi lugar. ¿Lo harás?

—No vas a necesitar que cuide de él, Susannah. Estarás tú aquí para hacerlo —dije yo, y me esforcé por no sonar desesperada, pero ya no importaba.

Susannah sonrió y dijo:

—Eres mi niña, Belly.

Después de comer, Susannah se echó la siesta. No se despertó hasta la tarde, y cuando lo hizo, estaba irritable y desorientada. Le habló con brusquedad a mi madre, lo que me aterrorizó. Susannah nunca era áspera con nadie. Nona intentó meterla en la cama y, al principio, se negó, pero al final acabó por rendirse. De camino al dormitorio, me guiñó el ojo sin entusiasmo.

Jeremiah llegó a casa a la hora de cenar. Me sentí aliviada al verlo. Él lo hacía todo más liviano, más sencillo. Con sólo ver su cara, se me fue un poco la tensión que sentía al estar allí.

Entró en la cocina y dijo:

—¿Qué es ese olor a quemado? Ah, Laurel está cocinando. ¡Hola, Laurel!

Mi madre intentó darle con el trapo de cocina. Él lo esquivó y se puso a mirar lo que había en las ollas con aire juguetón.

—Hola, Jere —le dije. Estaba sentada en el taburete, limpiando las judías.

Me miró y contestó:

—Ah, hola. ¿Cómo estás?

Entonces vino hacia mí y me dio un medio abrazo apresurado. Intenté buscar una pista en sus ojos sobre cómo se encontraba, pero no me lo permitió. No dejaba de moverse por la cocina, bromeando con Nona y mi madre.

En algunos aspectos, seguía siendo el mismo Jeremiah, pero en otros, pude ver que la situación lo había cambiado. Lo había envejecido. Todo requería un mayor esfuerzo, sus bromas, sus sonrisas. Ya nada era sencillo.

Capítulo once

Pasó una eternidad hasta que Jeremiah volvió a hablar. Yo fingía estar durmiendo y él tamborileaba con los dedos en el volante. De repente, dijo:

—Ésta fue la canción de mi baile del instituto.

En seguida abrí los ojos y pregunté:

—¿A cuántos bailes has ido?

—¿En total? A cinco.

—¿Qué? Sí, claro. No me lo creo —respondí, aunque sí lo creía. Claro que Jeremiah había asistido a cinco bailes. Era exactamente el tipo de chico con el que todas las chicas querían ir. Sabría hacer que una chica se sintiera como la reina del baile aunque no fuese nadie especial.

—El año pasado fui a dos: el mío y el de Flora Martínez, en el Sagrado Corazón —Jeremiah empezó a contar con los dedos—. Este año he ido al mío y a dos más. Sophia Franklin en...

—Vale, vale. Tienes mucha demanda.

Me incliné para jugar con los controles del aire acondicionado.

—Tuve que comprar un esmoquin porque me salía más a cuenta que alquilarlo una y otra vez —prosiguió. Jeremiah miró hacia delante sin desviar la vista y dijo lo último que yo hubiese esperado—: Estabas guapa en el tuyo. Me gustó tu vestido.

Lo miré fijamente. ¿Conrad le había enseñado las fotos? ¿Le había contado algo?

—¿Cómo lo sabes?

—Mi madre hizo enmarcar una de las fotos.

No esperaba que fuese a mencionar a Susannah. Creí que el baile sería un tema seguro.

—Me han contado que te coronaron rey del baile.

—Sí.

—Apuesto a que fue divertido.

—Sí, bastante.

Tendría que haber invitado a Jeremiah. Si hubiese ido con Jeremiah, las cosas habrían sido distintas. Habría dicho las palabras adecuadas. Habría bailado en el centro de la pista, con la máquina de escribir, la segadora, la tostadora y todos los ridículos pasos de baile que practicaba cuando veíamos la MTV. Se habría acordado de que las margaritas son mi flor favorita y habría trabado amistad con el novio de Taylor, Davis; y todas las chicas lo habrían observado, deseando que fuese su pareja.

Capítulo doce

Desde el primer momento supe que no iba a ser sencillo convencer a Conrad de que me acompañara. No era el tipo de persona que asiste a los bailes. Pero el caso es que no me importaba. Deseaba de verdad que viniese conmigo, que fuese mi pareja. Habían pasado siete meses desde nuestro primer beso. Dos meses desde la última vez que nos habíamos visto. Una semana desde la última vez que había llamado.

Ser la pareja del baile de alguien se puede definir; es algo real. Y tenía la fantasía perfecta en mi cabeza sobre cómo sería. Cómo me miraría; cómo, durante un baile lento, apoyaría la mano en mi espalda. Después comeríamos patatas fritas en la cafetería y veríamos el amanecer sentados encima de su coche. Lo tenía todo planeado.

Cuando lo llamé esa noche parecía ocupado. Pero yo seguí adelante de todos modos. Le pregunté:

—¿Qué haces el primer fin de semana de abril?

Me temblaba la voz al pronunciar la palabra «abril» de lo nerviosa que estaba.

—¿Por qué? —preguntó desconfiado.

—Se celebra el baile de mi instituto.

—Belly, sabes que no soporto los bailes —suspiró.

—Ya lo sé. Pero es mi baile, y tengo muchas ganas de ir y de que tú me acompañes.

¿Por qué tenía que ponerme las cosas tan difíciles?

—Ahora voy a la universidad —me recordó—. Ni siquiera asistí a mi propio baile.

Con ligereza, dije:

—¿Ves?, con más razón deberías acompañarme al mío.

—¿No puedes ir con tus amigos?

Permanecí en silencio.

—Lo siento, pero de verdad que no me apetece ir. Los exámenes finales están cerca y será agotador conducir hasta allí por una sola noche.

Así que no era capaz de hacer esa única cosa por mí, para hacerme feliz. No le apetecía. Genial.

—Está bien —repuse—. Hay montones de chicos que pueden acompañarme. Ningún problema.

Oía cómo le funcionaban los engranajes del cerebro desde el otro lado de la línea.

—Déjalo. Ya te llevo yo —resolvió.

—¿Sabes qué? No te preocupes —proseguí—. Cory Wheeler me ha invitado. Puedo decirle que he cambiado de idea.

—¿Quién narices es Cory Wheeler?

Sonreí. Había picado. O eso creía. Dije:

—Cory Wheeler. Juega al fútbol con Steven. Baila bien. Es más alto que tú.

Pero Conrad repuso:

—Entonces podrás ponerte tacones.

—Supongo que sí.

Colgué. ¿Era demasiado pedirle que fuese mi pareja por una triste noche? Y había mentido sobre Cory Wheeler; no me había invitado. Pero sabía que lo haría si le indicaba que así lo quería.

En la cama, bajo el edredón, lloré un poco. Tenía la imagen de la noche perfecta en mi mente, Conrad trajeado y yo con el vestido violeta que mi madre me había comprado hacía dos veranos, por el que había suplicado. Nunca me había visto vestida de fiesta, ni con tacones. Deseaba de verdad que me viese así.

Me llamó un poco más tarde, pero dejé saltar el buzón de voz. En el mensaje, decía:

—«Hola. Siento lo de antes. No vayas con Cory Wheeler ni con ningún otro tío. Iré yo. Puedes ponerte tacones.»

Debí de escuchar el mensaje al menos treinta veces. Incluso así, no terminé de entender lo que decía en realidad; no quería que fuese con otro, pero tampoco quería acompañarme.

Me puse el vestido violeta. Mi madre estaba complacida. También me puse el collar de perlas que me regaló Susannah en mi decimosexto cumpleaños, y eso también la satisfizo. Taylor y las demás chicas se iban a peinar en una peluquería de lujo. Yo decidí hacerlo en casa. Me ricé el pelo, unos bucles sueltos, y mi madre me ayudó con la parte de atrás. Creo que la última vez que me había peinado fue cuando tenía siete años y me hacía trenzas todos los días. Se le daba bien usar el rizador, aunque, bien pensado, se le daban bien montones de cosas.

En cuanto lo oí aparcar en la entrada, corrí hasta la ventana. Estaba guapísimo con su traje. Era negro; nunca se lo había visto.

Me lancé escaleras abajo y abrí la puerta de un tirón antes de que tuviese tiempo de llamar al timbre. No podía parar de sonreír y estaba a punto de arrojarme a sus brazos, cuando dijo:

—Tienes buen aspecto.

—Gracias —respondí, y dejé caer los brazos a los costados.

»Tú también.

Debimos de hacer como cien fotos en casa. Susannah dijo que quería pruebas concluyentes de que Conrad se había puesto un traje y yo un vestido. Mi madre la tenía al teléfono con nosotros. Primero se puso Conrad, y fuera lo que fuese lo que le dijo, Conrad respondió:

—Te lo prometo.

Me pregunté qué le estaría prometiendo.

También me pregunté si algún día Taylor y yo estaríamos así, al teléfono mientras nuestros hijos se preparaban para el baile. La amistad de Susannah y mi madre abarcaba décadas y maridos e hijos. Me pregunté si mi amistad con Taylor estaría hecha del mismo material que la suya. Un material duradero e impenetrable. Por alguna razón, lo dudaba. Lo que ellas compartían era único en la vida.

A mí, Susannah me dijo:

—¿Te has arreglado el pelo como hablamos?

—Sí.

—¿Te ha dicho Conrad lo guapa que estás?

—Sí —respondí, aunque no lo había hecho, no exactamente.

—Esta noche será perfecta —prometió.

Mi madre nos hizo posar en la entrada, en la escalera, de pie junto a la chimenea. Steven estaba allí con su pareja, Claire Cho. Estuvieron riendo todo el tiempo, y cuando se hicieron las fotos, Steven se puso detrás de ella con los brazos alrededor de la cintura y Claire se apoyó en él. Era tan simple. En nuestras fotos, Conrad estaba rígido a mi lado, con el brazo sobre mi espalda.

—¿Va todo bien? —le susurré.

—Sí —contestó. Me sonrió, pero no lo creí. Algo había cambiado, pero no sabía el qué.

Le di una orquídea para el ojal. Había olvidado mi ramillete. Se lo había dejado en la neverita de su habitación, explicó. No estaba triste ni enfadada. Estaba avergonzada. Todo este tiempo había presumido de mí y de Conrad, de cómo éramos una especie de pareja. Pero tuve que suplicarle que me acompañase al baile y ni se había acordado de traerme flores.

Se notaba lo mal que se sintió al darse cuenta, justo cuando Steven fue a la nevera y volvió con un ramillete, rosas diminutas que hacían juego con el vestido rosa de Claire. También le regaló un gran ramo.

Claire sacó una de las rosas y me la dio.

—Toma —me dijo—. Haremos un ramillete.

—No importa. No quiero hacerme un agujero en el vestido —le respondí

sonriendo para demostrarle que estaba agradecida.

Qué tontería. No me creyó, pero fingió que sí.

—¿Qué tal si te la ponemos en el pelo, entonces? Creo que te quedaría preciosa —sugirió.

—Vale —repuse. Claire Cho era amable. Deseé que Steven y ella no rompieran nunca. Deseé que permaneciesen juntos por siempre jamás.

Después de lo del ramillete, Conrad se puso aún más tenso. De camino al coche, me agarró de la muñeca y musitó:

—Siento lo del ramillete, tendría que haberme acordado.

Tragué con fuerza y sonreí sin llegar a separar los labios.

—¿Cómo era?

—Una orquídea blanca. La escogió mi madre —explicó.

—Bueno, para el baile del último año, tendrás que regalarme dos ramilletes para compensar. Me pondré uno en cada muñeca.

Lo observé mientras lo decía. Seguiríamos juntos dentro de un año, ¿no? Eso era lo que le estaba preguntando.

No le cambió el semblante. Me tomó del brazo y dijo:

—Como tú quieras, Belly.

En el coche, Steven nos miró por el retrovisor.

—Tío, no me creo que tenga una cita doble contigo y con mi hermana.

Sacudió la cabeza con incredulidad y empezó a reír. Conrad no dijo nada.

Comenzaba a sentir que la noche se me escapaba de las manos.

Compartíamos el baile con los mayores. Así era como lo hacía nuestra escuela. En cierto modo, era agradable porque así acababas yendo dos veces al baile de final de curso. Los mayores decidían la temática, y este año era el Hollywood clásico. Estaba ambientado en el Water Club y había una alfombra roja y *paparazzi*.

El comité de baile había encargado uno de esos kits, un paquete para el baile. Había costado un dineral; se habían pasado toda la primavera recaudando fondos. En las paredes colgaban carteles de películas antiguas y había un gran letrero de Hollywood con luces parpadeantes. La pista de baile era como un gran escenario de rodaje, con luces y una cámara falsa encima de un trípode. Incluso había una silla de director a un lado.

Nos sentamos a la mesa junto a Davis y Taylor. Con sus tacones de aguja de once centímetros, medían lo mismo.

Conrad saludó a Taylor con un abrazo, pero no hizo ningún esfuerzo para hablar con ella ni con Davis. Estaba incómodo ahí sentado con su traje. Cuando Davis se

abrió la americana y mostró su petaca, me estremecí. Tal vez Conrad era demasiado mayor para todo esto.

Entonces vi a Cory Wheeler en la pista, en el centro de un círculo de gente, mi hermano y Claire Cho incluidos. Estaba bailando break.

Me incliné un poco y susurré a Conrad:

—Ahí está Cory.

—¿Quién es Cory? —respondió.

No podía creerme que lo hubiese olvidado. Simplemente era incapaz de creerlo. Lo miré fijamente un segundo, inspeccionando su semblante, y después, me aparté de él.

—Nadie —dije.

Llevábamos allí sentados unos minutos cuando Taylor me agarró la mano y anunció que íbamos al baño. Me sentí aliviada.

En el baño, se repasó el brillo de labios y me susurró:

—Davis y yo iremos a la habitación de su hermano en la residencia después del baile.

—¿Para qué? —pregunté mientras buscaba mi brillo de labios.

—Para, ya sabes, estar solos —dijo a la vez que me pasaba el suyo.

Taylor agrandó los ojos para darle énfasis.

—¿De verdad? Vaya —repuse—. No sabía que te gustase tanto.

—Bueno, has estado muy ocupada con todo el drama de Conrad, quien, por cierto, está como un tren. Pero ¿por qué está tan borde? ¿Os habéis peleado?

—No...

No me atrevía a mirarla a la cara, así que continué aplicándome el brillo de labios.

—Belly, no tienes que aguantar sus tonterías. Éste es tu baile. Es tu novio, ¿no?

Se sacudió un poco el pelo y posó ante el espejo haciendo morritos.

—Al menos dile que baile contigo.

Cuando volvimos a la mesa, Conrad y Davis estaban hablando de deporte y me relajé un poco. Davis era fan de la Universidad de Connecticut y Conrad seguía a la de Carolina del Norte. El mejor amigo del señor Fisher había sido suplente del equipo, y tanto Conrad como Jeremiah eran grandes admiradores. Conrad podía charlar sobre el equipo de baloncesto de Carolina durante horas.

Sonó una canción lenta y Taylor tomó a Davis de la mano y se marcharon a la pista de baile. Los observé mientras bailaban, Taylor con la cabeza apoyada en su hombro, las manos de él en sus caderas. Pronto, Taylor dejaría de ser virgen. Siempre decía que iba a ser la primera.

—¿Tienes sed? —me preguntó Conrad.

—No —respondí—. ¿Quieres bailar?

—¿Tenemos que hacerlo? —titubeó.

—Se supone que fuiste tú el que me enseñó a bailar lento —respondí intentando sonreír.

—Pues bailemos. —Conrad se levantó y me ofreció la mano.

Le di la mano y lo seguí al centro de la pista. Bailamos lento y me alegré de que la música estuviese tan alta, porque así él no podría oír el latido de mi corazón.

—Me alegro de que hayas venido —dije, levantado la mirada.

—¿Qué? —me preguntó.

—He dicho que me alegro de que hayas venido —repetí en voz más alta.

—Yo también.

Su voz sonaba extraña; aún me acuerdo de cómo le tembló la voz.

Aunque estaba justo delante, las manos en mi cintura, las mías en su espalda, nunca lo había sentido tan lejos.

Después, sentados a nuestra mesa, me preguntó:

—¿Quieres ir a alguna parte?

—Bueno, la fiesta de después no empieza hasta medianoche —contesté, jugueteando con el collar de perlas. Lo enrollé entre los dedos. No me atrevía a mirarlo.

—No, me refería a tú y yo solos. Algún lugar donde podamos hablar.

Sentí vértigo de súbito. Si Conrad quería ir a algún lugar donde pudiésemos estar solos, donde pudiésemos hablar, significaba que quería romper conmigo. Lo sabía.

—No nos vayamos, quedémonos un rato más —repose intentando no sonar desesperada.

—Muy bien —contestó.

Así que permanecimos allí sentados, viendo bailar a los demás, sus rostros brillantes, el maquillaje corrido. Me quité la flor del pelo y la guardé en el bolso.

Llevábamos un rato callados cuando pregunté:

—¿Tu madre te ha obligado a venir?

Me rompía el corazón tener que preguntarlo, pero tenía que saberlo.

—No —pero tardó demasiado en responder.

En el aparcamiento había empezado a lloviznar. El pelo, el pelo que había pasado la tarde entera rizando, comenzaba a estar lacio. Íbamos de camino al coche cuando Conrad comentó:

—La cabeza me está matando.

—¿Quieres que vaya adentro a preguntar si alguien tiene una aspirina? —le

propuse deteniéndome.

—No hace falta. ¿Sabes qué?, creo que iré directamente a la universidad. Tengo un examen el lunes. ¿Pasa algo si no voy a la fiesta de después del baile? Puedo llevarte si quieres.

No me miró al hablar.

—Pensaba que te quedarías a pasar la noche.

Conrad zarandeó con torpeza las llaves del coche y musitó:

—Lo sé, pero ahora pienso que debería volver...

Se le fue apagando la voz.

—Pero no quiero que te marches —dije yo, y detesté que mi voz sonara como una súplica.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Lo siento.

Permanecimos de pie en el aparcamiento y pensé: «Si entramos en el coche, habrá terminado. Me dejará en casa y conducirá hasta su escuela y nunca volverá. Eso será todo».

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté; empezaba a notar el pánico subiéndome por el pecho—. ¿He hecho algo mal?

—No eres tú. No tiene nada que ver contigo. —Apartó la mirada.

Lo así del brazo y se estremeció.

—¿Quieres hablar conmigo, por favor? ¿Quieres explicarme lo que ocurre?

Conrad no dijo nada. Deseaba estar en el coche, alejándose. De mí. Quise golpearlo.

—Muy bien, vale. Si tú no piensas decirlo, lo haré yo —proseguí.

—¿Si no digo el qué?

—Que hemos terminado. Que sea lo que sea esto, ha acabado. Es así, ¿no?

Estaba llorando, me goteaba la nariz y todo se mezclaba bajo la lluvia. Me enjuagué el rostro con el antebrazo.

Vaciló. Lo vi dudar, sopesar sus palabras.

—Belly...

—No —le advertí, apartándome de él—. No lo digas. No me digas nada.

—Espera un momento. No dejes las cosas así —insistió.

—Eres tú el que está dejando las cosas así —respondí. Comencé a alejarme, tan rápido como podía con aquellos estúpidos tacones.

—¡Espera! —gritó.

No me volví, apresuré el paso. Entonces oí cómo daba un puñetazo al capó del coche. Casi me detuve. Quizá si lo hubiera hecho, me habría seguido. Pero no lo hice. Se metió en su coche y se marchó, justo como dijo que haría.

A la mañana siguiente, Steven entró en mi habitación y se sentó en mi escritorio. Acababa de llegar a casa. Todavía llevaba el esmoquin.

—Estoy durmiendo —le dije, dándome la vuelta.

—No, no lo estás. —Hizo un pausa—. Conrad no lo vale, ¿de acuerdo?

Sabía lo mucho que le había costado decírmelo y lo quería por ello. Steven era el fan número uno de Conrad; siempre lo había sido. Cuando Steven se marchó, me le seguí repitiendo. «No lo vale.»

Cuando bajé al día siguiente a la hora de comer, mi madre me preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Me senté a la mesa de la cocina y apoyé la cabeza. Sentí la madera fresca y suave contra mi mejilla. Levanté la vista y dije:

—Así que Steven ha cantado.

—No exactamente —respondió con cautela—. Le pregunté por qué Conrad no se había quedado como convenimos.

—Hemos roto —aclaré. En cierto modo, era emocionante decirlo en voz alta, porque si habíamos roto, significaba que en algún momento habíamos estado juntos. Éramos algo real.

Mi madre se sentó a la mesa, delante de mí, y suspiró.

—Temía que fuera a ocurrir.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que es más complejo que solamente Conrad y tú. Hay más gente que está implicada aparte de vosotros dos.

Quise gritarle, decirle lo insensible y cruel que era. ¿No se daba cuenta de que se me estaba rompiendo el corazón? Pero cuando la miré a la cara, tuve que morderme la lengua y tragarme las palabras. Tenía razón. Había más de qué preocuparse que de mi estúpido corazón. Teníamos que pensar en Susannah. Iba a sentirse decepcionada. Detestaba tener que decepcionarla.

—No te preocupes por Beck —dijo mi madre con suavidad—. Se lo diré yo. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

Le dije que sí.

Más tarde, en mi habitación, otra vez a solas, me dije que así era mucho mejor. Que había estado esperando desde el principio para terminar conmigo, así que era mejor que yo lo hubiese dicho primero. No me creí ni una palabra. Si hubiese llamado para invitarme a salir otra vez, si se hubiese presentado con flores o un estéreo en los hombros tocando nuestra canción, ¿teníamos una siquiera? No sé, si hubiese hecho el más mínimo gesto, lo habría aceptado encantada. Pero Conrad no llamó.

Cuando me enteré de que Susannah había empeorado, que no iba a mejorar, lo llamé, una sola vez. Pero no respondió, y yo no dejé ningún mensaje. Si hubiese descolgado, si me hubiese devuelto la llamada, no sé qué habría dicho. Y eso fue todo. Habíamos terminado.

Capítulo trece

Jeremiah

Cuando mi madre se enteró de que Conrad iba a llevar a Belly al baile, flipó. Estaba loca de alegría. Cualquiera diría que se iban a casar o algo. No la había visto tan feliz en mucho tiempo, y parte de mí se alegraba de que Conrad lo hubiese conseguido. Pero más que nada estaba celoso. Mi madre no dejaba de llamarlo al colegio para recordarle cosas, como que tenía que alquilar un esmoquin a tiempo. Dijo que quizá podría tomar el mío prestado y yo respondí que dudaba que fuese de su talla. Mi madre lo dejó pasar, lo que fue un alivio. Al final esa noche fui al baile con una chica del Collegiate, así que tampoco se lo habría podido poner. El caso es que aunque hubiera podido, yo no quería dejárselo.

Le hizo prometer que sería cariñoso con ella, el perfecto caballero.

—Haz que sea una noche imposible de olvidar —le dijo.

Cuando volví a casa la tarde después del baile, el coche de Conrad estaba en la entrada, lo que me pareció extraño. Creía que se iba a quedar en casa de Laurel y después regresaría directamente a clase. Me pasé por su habitación, pero estaba dormido y al cabo de poco yo también me quedé frito.

Esa noche encargamos comida china porque le apetecía a mamá, pero cuando llegó no comió nada.

Cenamos en la sala de la televisión, en el sofá, algo que nunca hacíamos antes de que enfermase.

—¿Y bien? —preguntó, mirando a Conrad con impaciencia. Más llena de energía que en todo el día.

Conrad se estaba embutiendo un rollito de primavera en la boca, como si tuviese mucha prisa. Y había traído la ropa sucia a casa, como si esperase que mamá se pusiera a lavarla.

—¿Qué? —preguntó.

—¡Me has hecho esperar todo el día para enterarme de lo que pasó en el baile! ¡Quiero que me cuentes todos los detalles!

—Ah, eso —dijo él. Tenía una expresión de bochorno en la cara y comprendí que no quería hablar del tema. Estaba seguro de que la había fastidiado de alguna manera.

—Ah, eso —lo pinchó mamá—. Vamos, Connie, dame detalles. ¿Cómo le quedaba el vestido? Quiero saberlo todo. Sigo esperando a que Laurel me envíe las fotos por e-mail.

—Estuvo bien —respondió Conrad.

—¿Eso es todo? —dije yo.

Esa noche estaba enfadado con él; todo me molestaba. Había conseguido llevar a Belly al baile y se comportaba como si se tratase de una tarea pesada. Si hubiese ido yo en su lugar, lo habría hecho todo bien.

Conrad me ignoró.

—Estaba muy guapa. Llevaba un vestido morado.

—Sé exactamente a cuál te refieres. —Mi madre asintió, con una sonrisa en la cara—. ¿Y qué tal el ramillete?

—Le quedaba bien. —Se removió en su asiento.

—Al final, ¿le compraste uno de esos que se prenden en el pecho o de los que se llevan en la muñeca?

—De los que se prenden —respondió.

—¿Bailasteis?

—Sí, mucho. Bailamos prácticamente todas las canciones.

—¿Cuál era el tema?

—No me acuerdo —dijo Conrad, y al notar la cara de decepción de mi madre, añadió—: Creo que el tema era una noche en el continente. Como un viaje por Europa. Tenían una gran Torre Eiffel decorada con luces de Navidad y un puente de Londres que podías cruzar. Y una torre inclinada de Pisa.

Observé a Conrad detenidamente. Una noche en el continente fue el tema del baile de nuestro instituto el año anterior; lo sé porque yo asistí.

Pero supongo que mi madre no se acordaba, porque dijo:

—Suenan preciosos. Ojalá hubiese podido estar en casa de Laurel para ayudar a Belly a arreglarse. Llamaré a Laurel esta misma noche y la pincharé para que me envíe esas fotos. ¿Cuándo calculas que tendremos los retratos profesionales? Quiero enmarcarlos.

—No estoy seguro —respondió.

—Pregúntaselo a Belly, ¿de acuerdo?

Dejó el plato en la mesilla del café y se reclinó en los cojines del sofá. De repente, parecía exhausta.

—Lo haré —dijo él.

—Creo que me iré a la cama. Jere, ¿te importaría limpiar todo esto?

—Claro, mamá —respondí ayudándola a levantarse.

Nos besó a ambos en las mejillas y se marchó a su dormitorio. Habíamos trasladado el estudio al piso de arriba y su habitación al de abajo para que no tuviese que bajar y subir escalones.

Cuando se hubo marchado, comenté con acidez:

—¿Conque bailasteis toda la noche?

—Déjalo —contestó Conrad, apoyando la cabeza en el sofá.

—¿Fuiste al baile al menos? ¿O también le has mentido sobre eso?

Me echó una mirada furiosa.

—Sí que fui. ¿Por qué tienes que ser tan borde? ¿A ti qué te importa?

Me encogí de hombros.

—Sólo espero que no se lo fastidiaras. ¿Y qué haces hoy aquí?

Esperaba que se enfadase, de hecho lo deseaba. Pero lo único que dijo fue:

—No todos podemos ser el rey del baile. —Y comenzó a cerrar las cajas de comida—. ¿Has acabado de comer? —preguntó.

—Sí, he terminado —respondí.

Capítulo catorce

Cuando llegamos al campus había gente pasando el rato en el césped. Chicas tumbadas en bikini y *shorts*, y un grupo de chicos jugando al *frisbee*. Encontramos aparcamiento enfrente del edificio de Conrad y nos colamos dentro justo cuando salía una chica con una cesta de colada llena hasta arriba de ropa. Me sentía tan increíblemente joven... y también perdida; nunca había estado allí. Era distinto de lo que había imaginado. Más ruidoso. Más concurrido.

Jeremiah conocía el camino y tuve que apresurarme para seguirle el paso. Subía los escalones de dos en dos. En el tercer piso, nos detuvimos. Lo seguí a través de un pasillo muy iluminado. En la pared del ascensor colgaba un tablón de anuncios en el que ponía «Hablemos de sexo, cariño». Había panfletos sobre las enfermedades de transmisión sexual, sobre cómo explorarse el pecho y también condones de neón grapados para casos de necesidad. «Coge uno —había escrito alguien con rotulador—. O tres.»

La puerta de Conrad tenía su nombre escrito y, debajo, el nombre de Eric Trusky.

Su compañero era un tipo fornido y musculoso con el pelo entre castaño y rojizo, y abrió la puerta en *shorts* y una camiseta.

—¿Qué pasa? —nos preguntó; sus ojos fueron a parar directamente sobre mí. Me hizo pensar en un lobo.

En lugar de sentirme halagada porque un universitario me estuviese dando un repaso, me sentí asqueada. Quería esconderme detrás de Jeremiah, como hacía con mi madre cuando era una tímida niña de cinco años. Tuve que recordarme a mí misma que tenía dieciséis, casi diecisiete. Demasiado mayor para tener miedo de un tipo llamado Eric Trusky. Incluso aunque Conrad me había contado que Eric siempre le estaba enviando vídeos porno raros y que se pasaba todo el día delante del ordenador. Excepto cuando veía culebrones de dos a cuatro.

Jeremiah carraspeó.

—Soy el hermano de Conrad y ésta es... nuestra amiga. ¿Sabes dónde está?

Eric abrió la puerta y nos dejó pasar.

—Tío, no tengo ni idea. Simplemente se marchó. ¿Te llamó Ari?

—¿Quién es Ari? —preguntó Jeremiah.

—El CR.

—Ari *el CR* —repetí, y las comisuras de los labios de Jeremiah dibujaron una sonrisa.

—¿Y tú quién eres?

—Belly.

Lo observé con atención, a la espera de un destello de reconocimiento, algo que me demostrase que Conrad hablaba de mí, que al menos me había mencionado. Pero claro, nada.

—Belly, ¿eh? Qué mono. Soy Eric —dijo, apoyándose en la pared.

—Mmm, hola —respondí.

—¿Así que Conrad no te dijo nada antes de irse? —terció Jeremiah.

—Casi no habla, y punto. Es como un androide. Bueno, sí que habla con chicas guapas —añadió sonriéndome.

Se me revolvieron las tripas. ¿Qué chicas guapas? Jeremiah resopló con fuerza y entrelazó las manos detrás de la cabeza. Después, sacó el teléfono y lo miró, como si allí pudiese encontrar alguna respuesta.

Me senté en la cama de Conrad; las sábanas y la colcha eran azul marino. Estaba deshecha. Conrad siempre se hacía la cama en la casa de verano. Con los pliegues que hacen en los hoteles y todo.

Así que era ahí donde había estado viviendo. Ésa era su vida. No tenía muchas cosas en su habitación. Ni televisor, ni estéreo, ni fotos colgadas. Desde luego, ninguna mía, pero tampoco de Susannah o de su padre. Sólo su ordenador, ropa, zapatos, libros.

—Estaba a punto de marcharme, tíos. A la casa de campo de mis padres. ¿Os aseguraréis de cerrar la puerta cuando os vayáis? Y cuando encontréis a C, le decís que me debe veinte pavos por la pizza.

—No te preocupes, tío. Se lo diré.

Se notaba que a Jeremiah no le gustaba Eric, por la manera en que sus labios casi formaban una sonrisa pero no del todo al responderle. Se sentó en el escritorio de Conrad, examinando la habitación.

Alguien llamó a la puerta y Eric la abrió. Era una chica con una camiseta de manga larga, *leggings* y gafas de sol en la cabeza.

—¿Alguien ha visto mi suéter? —le preguntó.

Echó un vistazo a su alrededor como si buscase algo. A alguien.

«¿Habrán salido juntos?», me pregunté. Fue mi primer pensamiento. El segundo fue «Yo soy más guapa». Me avergonzaba de mí misma por pensarlo, pero no pude evitarlo. Lo cierto era que no importaba cuál de las dos era más guapa. Conrad no me quería.

—¿Eres amiga de Con? ¿Sabes adónde ha ido? —la interpeló Jeremiah levantándose de un salto.

Nos observó con curiosidad. Estaba claro que Jeremiah le parecía guapo, por la

forma en que se puso el pelo detrás de la oreja y se quitó las gafas.

—Mmm, sí. Hola. Soy Sophie. ¿Y tú?

—Su hermano.

Jeremiah se acercó y le dio la mano. Aunque estaba estresado, se tomó el tiempo de darle un repaso con la mirada y ofrecerle una de sus típicas sonrisas. Se lo tragó al instante.

—Vaya. ¿No os parecéis en nada?

Sophie era una de esas personas que acababa las frases con un signo de interrogación. Estaba segura de que si llegaba a conocerla, no la soportaría.

—Sí, nos lo dicen mucho. ¿Con te contó algo, Sophie? —prosiguió Jeremiah.

Le gustaba su manera de llamarla por su nombre.

—Creo que comentó que se iba a la playa, ¿a hacer surf o algo así? Está como una cabra.

Jeremiah me miró. La playa. Estaba en la casa de verano.

Cuando Jeremiah llamó a su padre, me senté en la cama de Conrad fingiendo escuchar. Explicó al señor Fisher que todo iba bien, que Conrad estaba a salvo en Cousins. No mencionó que yo estaba con él.

—Pero papá...

Entonces me miró y articuló con los labios, «en seguida vuelvo».

Salió al pasillo y cerró la puerta a sus espaldas.

Cuando se hubo marchado, me tumbé en la cama de Conrad y me quedé mirando el techo. Lo había conocido toda mi vida, pero en algunos aspectos seguía siendo un misterio para mí. Un rompecabezas.

Me levanté de la cama y fui a su escritorio. Abrí el cajón con mucho cuidado y encontré una caja de bolígrafos, libros, papel. Conrad siempre tan concienzudo con sus cosas. Me dije que no estaba espiando. Estaba buscando pruebas. Era Belly Conklin, la detective.

Lo encontré en el segundo cajón. Una caja azul de Tiffany's escondida en el fondo. Incluso mientras la abría, sabía que lo que hacía estaba mal, pero no pude contenerme. Era una cajita con un collar, un colgante. Lo saqué y dejé que se balancease en el aire. Al principio creí que se trataba de la figura de un ocho y que quizá estuviese saliendo con una chica que patinaba sobre hielo, y decidí que a ella también la odiaba. Y entonces lo miré bien y me lo coloqué horizontalmente en la palma de la mano. No era un ocho. Era el infinito.

Fue entonces cuando lo comprendí. No era para una chica que patinase sobre hielo o para la Sophie del final del pasillo. Era para mí. Lo había comprado para mí. Ahí estaba mi prueba. La muestra de que le importaba de verdad.

A Conrad se le daban bien las matemáticas. Bueno, se le daba bien todo, pero especialmente las matemáticas.

Unas cuantas semanas después de empezar a hablar por teléfono, cuando se había convertido en algo más rutinario, pero no menos emocionante, le expliqué lo mucho que detestaba la trigonometría y lo mal que me estaba yendo. Al instante, me sentí culpable por mencionarlo; allí estaba yo, quejándome de las matemáticas, cuando Susannah tenía cáncer. Mis problemas eran tan insignificantes e infantiles, tan de instituto comparados con lo que Conrad estaba pasando...

—Lo siento —le dije.

—¿Por qué?

—Por hablar de mis notas de trigonometría cuando... —Se me fue apagando la voz—. Cuando tu madre está enferma.

—No te disculpes. Puedes contarme todo lo que quieras. —Hizo una pausa—. Y, Belly, mi madre está mejorando. Este mes ha ganado dos kilos.

La esperanza que destilaba su voz me inundó de tanta ternura que me entraron ganas de llorar.

—Sí, me lo dijo ayer mi madre. Son buenas noticias.

—Muy bien, pues. ¿Tu profesor ya te ha enseñado el SOHCAH-TOA?

A partir de entonces, Conrad empezó a ayudarme, todo a través del teléfono. Al principio no prestaba atención, simplemente disfrutaba escuchando su voz explicándome cosas. Pero después comenzó a hacerme preguntas y yo no soportaba decepcionarlo. Así empezaron nuestras tutorías. Por la forma de sonreír de mi madre cuando sonaba el teléfono de noche, se notaba que creía que manteníamos alguna historia de amor y yo no la corregí. Así era más fácil. Y me hacía sentir bien que los demás pensaran que éramos pareja. Tengo que admitirlo. Dejé que lo creyeran. Lo deseaba. Sabía que no era cierto, aún no, pero sentía que podía llegar a serlo. Y, mientras tanto, tenía un tutor privado de matemáticas y empezaba a pillarle el truco a la trigonometría. Conrad era capaz de hacer que lo imposible tuviese sentido, y nunca lo quise más que durante esas noches de clase que pasaba al teléfono conmigo, repasando los mismos problemas una y otra vez hasta que finalmente los entendía.

Jeremiah volvió a entrar en la habitación y cerré el puño en torno al colgante antes de que pudiese verlo.

—¿Qué pasa? ¿Tu padre se ha enfadado? ¿Qué es lo que dice? —le pregunté.

—Quería ir él mismo a Cousins, pero lo he convencido de que iría yo. Ahora mismo, Conrad no escucharía a mi padre ni en broma. Si fuese allí, sólo lo cabrearía más.

Jeremiah se sentó en la cama.

—Así que supongo que este verano iremos a Cousins, después de todo.

En cuanto lo dijo, se hizo real. En mi mente, quiero decir. Ver a Conrad no era una idea lejana, iba a pasar. En ese instante, olvidé todos mis planes de salvar a Conrad y solté:

—Más vale que me dejes en casa.

Jeremiah se me quedó mirando.

—¿Lo dices en serio? No puedo ocuparme de esto yo solo. No tienes ni idea de lo duro que ha sido. Desde que mamá volvió a enfermar, Conrad ha estado en un puñetero modo de autodestrucción. Nada le importa una mierda.

Después se interrumpió un momento y a continuación dijo:

—Pero sé que todavía le importa lo que piensas de él.

Me mojé los labios; de repente los notaba resecos.

—Yo no estaría tan segura.

—Pues yo sí. Conozco a mi hermano. ¿Me acompañarás, por favor?

Cuando pensaba en lo último que le había dicho a Conrad, me inundaba la vergüenza y la sentía arder en mi interior.

No se le dicen esas cosas a una persona cuya madre acaba de morir. Simplemente, no se hace. ¿Cómo iba a dar la cara? No podía.

En ese momento, Jeremiah dijo:

—Te llevaré a casa a tiempo para la fiesta del barco, si es eso lo que te preocupa.

Era algo tan impropio del carácter de Jeremiah que me sacó de golpe de mi espiral de vergüenza. Lo miré furiosa.

—¿Crees que me importa una estúpida fiesta del 4 de julio en un barco?

—Te encantan los fuegos artificiales.

—Cállate —respondí, y sonrió de oreja a oreja—. Muy bien —concluí—. Tú ganas. Iré contigo.

—Perfecto.

Se puso de pie

—Iré a mear antes de marcharnos. Ah, y, Belly...

—¿Sí?

—Sabía que ibas a rendirte. No tenías ninguna posibilidad —soltó sonriendo con suficiencia.

Le lancé una almohada, la esquivó e hizo un baile de la victoria hasta la puerta.

—Vete a hacer pis de una vez, idiota.

Cuando se fue, me puse el collar debajo de la camiseta. Me había dejado una pequeña marca de infinito en la mano de la fuerza con la que lo había estado sujetando.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué me lo puse? ¿Por qué no lo guardé en el bolsillo o lo dejé en la caja? No puedo explicarlo. Lo único que sé es que quería llevarlo más que nada en el mundo. Sentía que me pertenecía.

Capítulo quince

Antes de volver al coche, cogí todos los libros de texto de Conrad, sus cuadernos y también su portátil, y embuté todo lo que pude en la mochila que había encontrado en su armario.

—Así podrá estudiar para los exámenes —comenté, pasándole el portátil a Jeremiah.

Me guiñó un ojo y dijo:

—Me gusta tu manera de pensar, Belly Conklin.

Al salir, pasamos por el despacho de Ari, *el CR*. Tenía la puerta abierta y estaba sentado a su escritorio. Jeremiah asomó la cabeza y dijo:

—Hola, Ari. Soy el hermano de Conrad, Jeremiah. Hemos encontrado a Conrad. Gracias por avisarnos, tío.

Ari le devolvió una sonrisa radiante.

—Ningún problema.

Jeremiah hacía amigos allá adonde iba. Todo el mundo quería ser su amigo.

Después iniciamos el trayecto. Directamente a Cousins. Condujimos con las ventanas bajadas y la radio a tope. No hablamos mucho, pero esta vez no me importó. Creo que los dos estábamos demasiado ocupados pensando. Yo estaba recordando la última vez que había hecho ese trayecto. Sólo que no había sido con Jeremiah, sino con Conrad.

Capítulo dieciséis

Fue, sin ninguna duda, una de las mejores noches de mi vida. A la misma altura que Fin de Año en Disney World. Mis padres seguían casados y yo tenía nueve años. Contemplamos los fuegos artificiales desde el palacio de Cenicienta y Steven ni se quejó.

Cuando llamó, no reconocí su voz, en parte porque no lo esperaba y en parte porque seguía medio dormida. Dijo:

—Estoy en el coche de camino a tu casa. ¿Nos podemos ver?

Eran las doce y media. Boston estaba a cinco horas y media de distancia. Había conducido toda la noche. Quería verme.

Le indiqué que aparcase al final de la calle, me reuniría con él en la esquina después de que mi madre se fuese a la cama. Dijo que me esperaría.

Apagué las luces y esperé junto a la ventana, fijándome en los intermitentes de los coches. En cuanto vi su coche, quise salir corriendo, pero tuve que esperar. Oía a mi madre en su habitación y sabía que iba a leer durante media hora antes de dormirse. Era una tortura saber que estaba ahí esperándome y no poder ir hasta él. Era una locura porque era invierno y haría un frío de muerte en Cousins. Pero cuando lo sugirió, me pareció una locura en el mejor de los sentidos.

A oscuras, me puse la bufanda y el gorro que me había tejido la abuela por Navidad. Cerré la puerta de mi habitación y caminé de puntillas por el pasillo que pasa por delante del dormitorio de mi madre, pegué el oído contra la puerta. Las luces estaban apagadas y la oí roncar con suavidad. Steven aún no estaba en casa, lo que fue una suerte, porque tiene el sueño ligero como nuestro padre.

Mi madre por fin se había dormido; la casa estaba tranquila y silenciosa. El árbol de Navidad todavía estaba montado. Manteníamos las luces encendidas toda la noche porque así parecía que aún era Navidad, como si en cualquier momento, Santa Claus fuese a aparecer con más regalos. No me molesté en dejar una nota. Planeaba llamarla por la mañana, cuando despertara y se preguntase dónde estaba.

Bajé con cautela, especialmente con el peldaño que crujía a media escalera, pero en cuanto salí de la casa, volé por los peldaños de delante, a través del césped

escarchado que crujía bajo las suelas de mis zapatillas de deporte. Olvidé ponerme el abrigo. Me acordé de la bufanda y del gorro, pero no del abrigo.

Su coche estaba aparcado en la esquina, justo donde debía. Permanecía a oscuras, sin ninguna luz, y abrí la puerta del pasajero como si lo hubiese hecho un millón de veces en el pasado. Pero no era así. Nunca había estado en el interior. No lo había visto desde agosto.

Asomé la cabeza, pero no entré todavía. Quería mirarlo primero. Tenía que hacerlo. Era invierno y llevaba un forro polar gris. Tenía las mejillas sonrosadas del frío, su bronceado había desaparecido, pero seguía siendo el mismo.

—Hola —dije, y entonces entré en el coche.

—No llevas abrigo —respondió.

—No hace tanto frío —contesté, aunque sí que lo hacía, y estaba temblando mientras lo decía.

—Toma —me dijo, quitándose el polar y ofreciéndomelo.

Me lo puse. Era cálido y no olía a tabaco. Sólo olía a él. Así que por fin Conrad había dejado de fumar. Esa idea me provocó una sonrisa.

Encendió el motor.

Le dije:

—No puedo creer que estés aquí de verdad.

Sonó casi tímido al contestar:

—Yo tampoco. —Y entonces titubeó—. ¿Aún quieres venir conmigo?

No podía creer que tuviese que preguntar. Iría a cualquier lugar con él.

—Sí —le respondí. Fue como si nada existiese fuera de esa única palabra, de ese momento. Sólo nosotros. Todo lo ocurrido ese verano y durante todos los veranos anteriores nos había conducido a esto. Al ahora.

Estar sentada a su lado en el asiento del copiloto me parecía un regalo imposible. El mejor regalo de Navidad de toda mi vida. Porque me sonreía y no estaba sombrío, ni solemne, ni silencioso, ni ninguna de las otras palabras que empiezan por «s» que había llegado a asociar con Conrad. Estaba alegre, pletórico; sacó a la luz lo mejor de sí mismo.

—Creo que voy a ser médico —me explicó, mirándome con el rabillo del ojo.

—¿De verdad? ¡Vaya!

—La medicina es genial. Al principio, pensé que me gustaría dedicarme a la investigación, pero ahora creo que preferiría trabajar con gente de verdad.

Dudé un momento y pregunté:

—¿Por lo de tu madre?

—Está mejorando —asintió—. La medicina lo ha hecho posible. Está respondiendo muy bien al nuevo tratamiento. ¿Te lo ha contado tu madre?

—Sí, me lo ha dicho —respondí. Aunque no era verdad. Era probable que no quisiera darme demasiadas esperanzas. Así era mi madre. No se permitía emocionarse hasta que estaba segura de que algo era real. Yo no. Ya me sentía más ligera, más feliz. Susannah estaba mejorando. Yo estaba con Conrad. Todo era como debía ser. Me incliné y le apreté el brazo.

»Es la mejor noticia de la historia —añadí, y lo decía en serio.

Cuando llegamos a la casa hacía un frío que pelaba. Pusimos la calefacción y Conrad encendió la chimenea. Lo contemplé mientras se ponía en cuclillas, rasgaba el papel en pedacitos y atizaba el fuego con cuidado. Apuesto a que también había sido cuidadoso con su perro, *Boggie*. Seguro que dejaba que *Boggie* durmiese en su cama. La idea de camas y de dormir me puso nerviosa de repente. Pero no tenía motivos para ello, porque después de encender el fuego, Conrad se sentó en el sillón reclinable y no a mi lado, en el sofá. La idea me vino de improviso: él también estaba nervioso. Conrad, que nunca lo estaba. Nunca.

—¿Por qué te sientas tan lejos? —le pregunté, y podía sentir el latido de mi corazón detrás de las orejas. No me daba crédito a mí misma. Había sido lo bastante valiente como para decir en voz alta lo que pensaba en realidad.

Conrad también parecía sorprendido, se levantó y se sentó junto a mí. Me arrimé un poco a él. Deseaba que me rodease con su brazos. Deseaba hacer todas las cosas que sólo había visto en la tele y de las que hablaba Taylor. Bueno, quizá todas no, pero sí algunas.

En voz baja, Conrad susurró:

—No quiero que estés asustada.

Musité:

—No lo estoy —aunque lo estaba. No tenía miedo de él, sino de todo lo que sentía. A veces era excesivo. Lo que sentía por él era más grande que el mundo, más que cualquier cosa.

—Bien —suspiró, y me besó.

Me besó largo rato y con calma y, aunque ya nos habíamos besado antes, nunca creí que podría ser así. Se tomó su tiempo, me pasó la mano por todo el pelo hasta las puntas, como se hace con un carillón.

Besarlo, estar con él de esa forma... era como la limonada fresca bebida con una pajita larga. Algo dulce, medido y placentero, de un modo que parecía infinito. Se me pasó por la cabeza la idea de que no quería que dejase nunca de besarme. «Podría

seguir así para siempre», pensé.

Nos besamos en el sofá durante lo que pudieron ser horas o minutos. Lo único que hicimos esa noche fue besarnos. Era cuidadoso en su forma de tocarme, como si fuese un adorno de Navidad y temiese romperme.

En una ocasión, murmuró:

—¿Estás bien?

En otro momento, apoyé la mano en su pecho y sentí su corazón latiendo tan rápido como el mío. Le eché un vistazo disimuladamente y me alegré al ver que tenía los ojos cerrados. Sus pestañas eran más largas que las mías.

Él se durmió primero. Había oído decir que no debías dormirte con un fuego encendido, así que esperé a que se extinguiese solo. Contemplé dormir a Conrad. Parecía un niño pequeño, el pelo le caía sobre la frente y las pestañas le llegaban hasta la mejilla. No recordaba haberlo visto tan joven. Cuando estuve segura de que se había dormido, agaché la cabeza y susurré:

—Conrad. Eres el único. Para mí, sólo has existido tú.

Mi madre se puso frenética al descubrir que no estaba en casa por la mañana. Al despertar, tenía dos llamadas perdidas. Cuando llamó por tercera vez, furiosa, le dije:

—¿No has visto mi nota?

Entonces recordé que no había dejado ninguna nota.

—No, no he visto ninguna nota. No vuelvas a marcharte en mitad de la noche sin decirme nada, Belly —gruñó.

—¿Ni siquiera para dar un paseo a medianoche? —bromeé.

Hacerla reír era el plan perfecto. En cuanto le contaba un chiste, su ira se evaporaba. Empecé a cantarle su canción favorita de Patsy Cline:

—*I go out walkin', after midnight, out in the moonlight...*

—No tiene gracia. ¿Dónde estás? —Su tono era grave, sucinto.

Titubeé. Mi madre no soportaba las mentiras. Lo iba a descubrir igualmente. Era como una especie de vidente.

—¿Cousins?

La oí tomar aire.

—¿Con quién?

Le eché un vistazo a Conrad, estaba escuchando con atención. Deseé que no le hiciese.

—Conrad —contesté bajando la voz.

Su reacción me sorprendió. Volví a oírla respirar, pero esta vez fue un pequeño suspiro, un suspiro de alivio.

—¿Estás con Conrad?

—Sí.

—¿Cómo está?

Era una pregunta extraña con la que interrumpir una regañina.

Sonreí a Conrad y me abaniqué la cara fingiendo alivio. Me guiñó un ojo.

—Genial —respondí, relajándome un poco.

—Bien. Bien —dijo ella, pero parecía estar hablando para sí misma—. Belly, te quiero en casa esta noche. ¿Queda claro?

—Sí —contesté agradecida. Pensaba que nos iba a exigir que regresáramos en seguida.

—Pídele a Conrad que conduzca con precaución. Y, ¿Belly?

—¿Sí, Laurel? —Siempre sonreía cuando la llamaba por su nombre.

—Pásalo bien. Ésta será la última vez que te diviertas en mucho tiempo.

—¿Estoy castigada? —Dejé escapar un gemido.

Que me castigase era una novedad; mi madre nunca me había castigado, pero supongo que jamás le había dado motivos para hacerlo.

—Ésa es una pregunta tonta.

Ahora que ya no estaba enfadada, no pude resistirme.

—¿No decías que no existían las preguntas tontas?

Colgó el teléfono, pero sabía que había conseguido hacerla sonreír.

Cerré el móvil y me volví hacia Conrad.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Lo que queramos.

—Quiero ir a la playa.

Así que eso fue lo que hicimos. Nos abrigamos y corrimos por la playa con las botas de agua que encontramos en el lavadero.

Me puse las de Susannah y, como me iban grandes, no paraba de resbalar en la arena. Me caí de culo dos veces. No dejé de reír ni un momento, pero apenas podía oírme a mí misma por la fuerza con la que aullaba el viento. Cuando entramos en la casa, puse mis manos congeladas en sus mejillas y, en lugar de apartarlas, dijo:

—¡Ah, qué bien sienta!

Reí y contesté:

—Eso será porque tienes el corazón de hielo.

Metió mis manos en los bolsillos de su abrigo y dijo en voz tan baja que dudé de si lo había oído bien:

—Tal vez para todos los demás. Pero no para ti.

No me miró al decirlo y por eso supe que iba en serio.

No supe qué responderle, así que me puse de puntillas y lo besé en la mejilla.

Sentí su piel fría y suave en mis labios.

Conrad sonrió fugazmente y se alejó.

—¿Tienes frío? —preguntó, de espaldas a mí.

—Un poco —contesté. Me estaba sonrojando.

Mientras encendía el fuego, encontré una vieja caja de chocolate Swiss Miss en la despensa, junto a los tes Twinings y el café Chock full o’Nuts de mi madre. Susannah acostumbraba a prepararnos chocolate caliente en las noches de lluvia, cuando hacía fresco. Ella usaba leche, pero, como es lógico, en aquel momento no había, así que le añadí agua.

Sentada en el sofá, removiendo el chocolate y contemplando cómo se desintegraban los minimalvaviscos, sentía mi corazón latiendo como un millón de veces por minuto. Cuando estaba con él, me quedaba sin aliento.

Conrad no paraba de moverse. Rasgando papel en pedacitos, atizando el fuego, de cuclillas delante de la chimenea apoyándose en una pierna y luego en la otra.

—¿Quieres tu chocolate? —le pregunté.

Me miró por encima del hombro.

—Sí, claro.

Se sentó a mi lado y bebió de la taza de Los Simpsons. Siempre había sido su favorita.

—Esto sabe...

—¿Increíble?

—¿A polvo?

Intercambiamos una mirada y empezamos a reír.

—Para que lo sepas, el chocolate es mi especialidad. Y de nada —dije, tomando mi primer sorbo. Sí que sabía un poco a polvo.

Me observó de cerca y me levantó un poco la cara. Entonces alargó la mano y me rozó la mejilla con el dedo como si limpiase un poco de hollín.

—¿Tengo cacao en la cara? —pregunté, paranoica de repente.

—No. Sólo un poco de suciedad... Huy, quiero decir, pecas.

Reí y le di un golpe en el brazo y entonces me agarró la mano y me arrimó a él. Me apartó el pelo de los ojos y temí que se diera cuenta de cómo retenía el aliento cuando me tocaba.

Estaba oscureciendo fuera. Conrad suspiró y dijo:

—Será mejor que te lleve a casa.

Eché un vistazo al reloj. Eran las cinco.

—Sí... supongo que ya es hora de marcharse.

Ninguno de los dos se movió. Conrad alargó el brazo y enredó el dedo en mi pelo, como si fuese un carrete de hilo.

—Me encanta lo suave que tienes el pelo —comentó.

—Gracias —murmuré. Nunca había considerado que mi pelo fuese algo especial. Solamente era cabello. Y castaño, que no es tan especial como el rubio, el moreno o el pelirrojo. Pero su forma de mirarlo... de mirarme. Como si le resultase fascinante, como si nunca fuese a cansarse de tocarlo.

Nos volvimos a besar. Pero fue distinto a la noche anterior. Su forma de mirarme era urgente, me deseaba, me necesitaba... como una droga. Era deseo-deseo-deseo. Sin embargo, era yo la que más deseaba.

Cuando tiré de él hacia mí y puse las manos por debajo de su camisa, se estremeció un segundo.

—¿Tengo las manos frías? —pregunté.

—No —respondió. Y me soltó y se puso de pie. Estaba rojo y despeinado, con el pelo de punta—. No quiero que nos apresuremos.

Yo también me incorporé.

—Pensaba que tú ya... —No sabía cómo acabar la frase. Era tan embarazoso. Nunca antes la había dicho.

Conrad se puso todavía más rojo. Dijo:

—Sí, lo he hecho. Pero tú no.

—Ah —contesté mirándome los calcetines. Entonces levanté la vista—. ¿Cómo sabes que no lo he hecho?

A estas alturas él ya estaba rojo como un tomate. Balbuceó:

—Creí que no habías... Quiero decir, había imaginado que...

—Pensabas que no había hecho nada, ¿no?

—Bueno, sí, quiero decir, no.

—No deberías hacer suposiciones como ésa —dije yo.

—Lo siento —respondió y entonces titubeó—. Así que... ¿lo has hecho?

Lo miré fijamente.

Cuando abrió la boca para hablar, lo interrumpí:

—No lo he hecho, ni de lejos.

Después me incliné y lo besé en la mejilla.

Sentía que era un privilegio simplemente hacer eso, besarlo cuando quisiera.

—Eres muy dulce conmigo —susurré, y me sentí feliz y agradecida de estar allí en ese momento.

Sus ojos se tornaron oscuros y serios al decir:

—Es sólo... quiero asegurarme de que estás bien. Es importante para mí.

—Estoy bien —contesté—. Más que bien.

—Genial —asintió Conrad. Se puso de pie y me dio la mano para ayudarme a levantarme—. Te llevaré a casa.

No llegué a casa hasta pasada la medianoche. Paramos por el camino y cenamos en un restaurante de carretera. Yo pedí crepes y patatas fritas, y pagó él. Cuando entré en casa, mi madre estaba enfadadísima. Pero no me arrepentí. Nunca me he arrepentido, ni por un segundo. ¿Cómo puedes lamentar una de las mejores noches de tu vida? No lo haces. Recuerdas cada palabra, cada mirada. Incluso cuando duele, sigues recordando.

Capítulo diecisiete

Cruzamos la ciudad en coche, pasamos por todos los lugares de siempre: la pista de minigolf, la barraca del cangrejo, y Jeremiah condujo lo más rápido que pudo, silbando. Deseé que frenase para que el trayecto durase para siempre. Pero era imposible. Casi habíamos llegado.

Rebusqué en mi bolsa y saqué la barra de labios. Me apliqué un poco de brillo y me pasé los dedos por el pelo. Se había enredado porque teníamos las ventanillas bajadas y estaba hecho un desastre. Sentí la mirada de Jeremiah con el rabillo del ojo. Seguro que estaba sacudiendo la cabeza con incredulidad y pensando en lo estúpida que era. Quería decirle: «Lo sé, soy una muchacha estúpida. No soy mejor que Taylor». Pero no me sentía capaz de entrar y enfrentarme a Conrad con aspecto andrajoso.

Cuando vi su coche en la entrada, se me encogió el corazón. Estaba allí. Jeremiah salió del coche como un rayo y caminó a grandes zancadas hasta la casa. Subió los escalones de dos en dos, y yo lo seguí.

Fue extraño; la casa seguía oliendo igual. Por alguna razón, no lo esperaba. Sir Susannah, creí que sería distinta. Pero no lo era. Casi esperaba verla flotando de un lado para otro vestida con una de sus batas, esperándonos en la cocina.

Conrad tuvo el descaro de parecer enojado cuando nos vio. Acababa de entrar después de hacer surf; tenía el pelo mojado y todavía llevaba el traje de neopreno. Me quedé aturdida; aunque sólo habían pasado dos meses, fue como ver a un fantasma. El fantasma de los primeros amores pasados. Su mirada se desvió hacia mí durante un segundo antes de volver hacia Jeremiah.

—¿Qué narices haces aquí?

—Vengo a recogerte para llevarte de vuelta a la escuela. —Se notaba que se estaba esforzando por aparentar tranquilidad, despreocupación—. Has metido la pata a lo grande. Papá se ha vuelto loco.

Conrad hizo caso omiso.

—Dile que se vaya a la mierda. Me quedo aquí.

—Con, te has saltado dos clases y tienes exámenes el lunes. No puedes pasar de todo, te expulsarán de la escuela de verano.

—Eso es problema mío. Y ella ¿qué hace aquí? —No me miró al decirlo y fue como si me hubiese apuñalado en el pecho.

Comencé a retroceder hacia las puertas correderas de cristal. Me costaba

respirar.

—La he traído para que me ayude —dijo Jeremiah. Me miró y respiró profundamente—. Mira, tenemos tus libros y todas tus cosas. Puedes estudiar esta noche y mañana, y después podemos volver a la universidad.

—A la mierda. No me importa —repuso Conrad, yendo hacia el sofá. Se desprendió de la parte superior del traje de neopreno. Sus hombros ya habían empezado a broncearse. Se sentó en el sofá aunque aún iba con el traje mojado.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó Jeremiah; apenas controlaba la voz.

—Ahora mismo, éste es mi problema. Tú y ella. Aquí.

Por primera vez desde que llegamos, Conrad me miró a los ojos.

—¿Por qué quieres ayudarme? ¿Qué haces aquí?

Abrí la boca para contestar, pero no me salió nada. Como siempre, era capaz de hundirme con una sola mirada, con una palabra.

Esperé pacientemente a que dijese algo y, como no lo hice, prosiguió:

—Pensaba que no querías volver a verme. Me odias, ¿te acuerdas?

Su tono era sarcástico, cargado de desprecio.

—No te odio —respondí, y huí. Abrí las puertas correderas y salí al porche. Cerré tras de mí y bajé la escalera corriendo, hacia la playa.

Necesitaba estar en la playa. La playa me haría sentir mejor. Nada, absolutamente nada era mejor que sentir la arena bajo mis pies. Era a la vez sólida y cambiante, constante y mutable. Era el verano.

Me senté en la arena y contemplé las olas correr hasta la orilla para después desplegarse y tornarse delgadas como el glaseado de una galleta. Ir allí había sido un error. Nada de lo que pudiese decir o hacer borraría el pasado. Su forma de decir «ella» con tanto desdén. Ni siquiera me llamó por mi nombre.

Al cabo de un rato, regresé a la casa. Jeremiah estaba solo en la cocina. Conrad no estaba a la vista.

—Bueno, la cosa ha ido bien.

—No debería haber venido.

Jeremiah no me hizo caso.

—Me apuesto lo que quieras a que lo único que tiene en la nevera es cerveza. ¿Aceptas?

—Sólo un idiota aceptaría esa apuesta. —Intentaba hacerme reír, pero no debía, no podía.

Entonces me mordí el labio. De verdad, de verdad, no quería llorar.

—No dejes que te afecte —dijo Jeremiah. Me tiró de la coleta y se la enrolló en la muñeca como si fuese una serpiente.

—No puedo evitarlo.

Su forma de mirarme... como si no significase nada para él; menos que nada.

—Es un imbécil. No lo dice en serio —apuntó Jeremiah. Me golpeó suavemente con el codo—. ¿Te arrepientes de haber venido?

—Sí.

Jeremiah me sonrió con la boca torcida.

—Pues yo no. Me alegro de que estés aquí. Me alegro de no tener que lidiar y solo con sus tonterías.

Se estaba esforzando, así que yo también lo intenté. Abrí el frigorífico como si fuera una de esas azafatas de *El precio justo*, las que llevaban trajes de fiesta y tacones iridiscentes.

—¡Ta-chán! —exclamé. Tenía razón, lo único que había en la nevera eran dos cajas de cerveza Icehouse. A Susannah le habría dado un ataque si hubiese visto en qué se había convertido su nevera Sub-Zero—. ¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

Miró por la ventana, hacia la playa.

—Seguramente tendremos que quedarnos a pasar la noche. Me lo ganaré; acabará por venir. Solamente necesito algo de tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Qué te parece si vas a buscar algo de comida para la cena y yo me quedo aquí para hablar con Con?

Sabía que Jeremiah estaba intentando librarse de mí, y me alegraba. Tenía que alejarme de la casa, de Conrad.

—¿Rollitos de almeja para cenar? —pregunté.

Jeremiah asintió y se notó que estaba aliviado.

—Suena bien. Lo que tú quieras.

Hizo el gesto de sacar la cartera, pero lo detuve.

—No hace falta.

Negó con la cabeza.

—No quiero que uses tu dinero —adujo Jeremiah, pasándome dos billetes de veinte arrugados y también sus llaves del coche—. Ya has hecho suficiente viniendo aquí para ayudar.

—Quería hacerlo.

—Porque eres una buena persona y querías ayudar a Con.

—También quería ayudarte a ti —le expliqué—. Lo sigo queriendo. No deberías tener que enfrentarte a esto tú solo.

Por un segundo, dejó de parecer él mismo. Se asemejó a su padre.

—¿Y quién lo hará si no?

Y entonces me sonrió y volvió a ser Jeremiah. El chico de Susannah, todo rayos de sol y sonrisas. Su angelito.

Había aprendido a conducir con el cambio de marchas manual en el coche de Jeremiah. Era agradable volver a estar al volante. En lugar de encender el aire acondicionado, bajé las ventanillas y dejé que entrara el aire salado. Conduje despacio por la ciudad y aparqué el coche junto a la antigua iglesia baptista.

Había niños correteando arriba y abajo en *shorts* y bañador, y también padres paseando golden retrievers sin correa. Debía de ser el primer fin de semana sin escuela para la mayoría. Se notaba en el aire. Sonreí al ver a un chico a la zaga de dos chicas mayores, probablemente sus hermanas.

—¡Esperad! —gritó, con sus chanclas dando palmadas contra el pavimento. Las muchachas aceleraron el paso sin mirar atrás.

Mi primera parada fue el colmado. Antes pasaba horas allí, rumiando sobre las chucherías. Cada elección parecía de vital importancia. Los chicos vertían los dulces al azar, una cucharada de esto, un puñado de lo otro. Pero yo era meticulosa: diez peces grandes de gominola, cinco bolas de chocolate, media cucharada de Jelly Bellys de pera. Llené una bolsa entera, por los viejos tiempos. Metí Goobers para Jeremiah, una Clark Bar para Conrad y, aunque no estaba presente, un Lemonhead para Steven. Era un monumento conmemorativo de golosinas, un tributo al Cousins de nuestra infancia, cuando escoger las chucherías era el mejor momento, el más importante del día.

Estaba en la cola del cajero esperando para pagar cuando oí a alguien decir:

—¿Belly?

Me volví. Era Maureen O’Riley, la dueña de la tienda de sombreros de la ciudad La Sombrerera de Maureen. Era mayor que mis padres, tenía unos cincuenta años, y conocía a mi madre y a Susannah. Se tomaba sus sombreros muy en serio.

Nos abrazamos. Seguía oliendo igual, a jabón para limpiar superficies de madera.

—¿Cómo está tu madre? ¿Y Susannah? —me preguntó.

—Mi madre está bien —respondí. Di un paso adelante siguiendo la cola, lejos de Maureen.

—¿Y Susannah? —preguntó moviéndose conmigo.

Me aclaré la garganta.

—Volvió a enfermar y falleció.

El rostro moreno de Maureen se arrugó en señal de alarma.

—No lo sabía. Lo siento mucho. Le tenía mucho aprecio. ¿Cuándo?

—A principios de mayo —dije yo. Casi había llegado mi turno de pagar y entonces podría marcharme y la conversación habría acabado.

En ese momento, Maureen me agarró firmemente la mano, y mi primer impulso fue desembarazarme de ella, a pesar de que siempre me había gustado Maureen. Simplemente no quería hablar de la muerte de Susannah en medio del colmado como

si estuviésemos cotilleando. Estábamos hablando de Susannah.

Debió de notarlo porque me soltó. Dijo:

—Ojalá lo hubiese sabido. Por favor, ofrece mis condolencias a los muchachos y a tu madre. Y Belly, ven a verme a la tienda algún día. Te tomaremos las medidas para un sombrero. Creo que ya es hora de que tengas uno, algo con ribete.

—Nunca me he puesto un sombrero —repuse, buscando la cartera en el bolso.

—Ya es hora —repitió Maureen—. Algo para animarte. Pásate, te cuidaré bien. Será un regalo.

Después, deambulé despacio por la ciudad, pasé por la librería y por la tienda de surf. Vagué sin rumbo, metiendo la mano en la bolsa de golosinas de vez en cuando. No quería encontrarme con nadie más, pero tampoco tenía ninguna prisa por volver a la casa. Era evidente que Conrad no me quería allí. ¿Estaba empeorando las cosas? Su forma de mirarme... volver a verlo había sido más duro de lo que había creído. Estar otra vez en la casa, un millón de veces más difícil.

Cuando regresé con los rollitos en una bolsa de papel grasienta, Jeremiah y Conrad estaban bebiendo cerveza en la terraza de atrás. El sol se estaba poniendo. Sería un atardecer precioso.

Solté la bolsa y las llaves en la mesa y me dejé caer en la tumbona.

—Pásame una cerveza —dije. No era que me gustase especialmente. Fue porque quería formar parte; tomarse una cerveza al aire libre los había unido un poco. Igual que en los viejos tiempos, lo único que deseaba era sentirme incluida. Esperaba que Conrad me mirase enfadado y dijese que no, que no me la iba a pasar. Cuando no lo hizo, me sorprendí a mí misma sintiéndome decepcionada. Jeremiah abrió la neverita y me lanzó una Icehouse. Me guiñó un ojo.

—¿Desde cuándo bebe, nuestra Belly Button? —preguntó.

—Estoy a punto de cumplir los diecisiete —le recordé—. ¿No crees que soy un poco mayor para que me llames así?

—Sé lo mayor que eres —respondió Jeremiah.

Conrad alcanzó la bolsa y sacó un sándwich. Lo devoró con avidez; me pregunté si habría comido alguna cosa en todo el día.

—De nada —bufé. No pude evitarlo. No me había mirado desde que había vuelto. Quería que reconociese mi presencia.

Gruñó un «gracias» y Jeremiah me lanzó un aviso con la mirada, como diciendo: «No lo cabrees cuando las cosas van bien».

El teléfono de Jeremiah vibró sobre la mesa y él no hizo ningún ademán de responder. Conrad dijo:

—No pienso irme de la casa. Díselo.

Di un respingo. ¿A qué se refería con que no pensaba marcharse de aquella casa? ¿Nunca? Miré fijamente a Conrad, pero su semblante seguía tan impassible como siempre.

Jeremiah se levantó, cogió el teléfono y entró en la casa. Cerró las puertas correderas detrás de él. Por primera vez, Conrad y yo estábamos solos. La atmósfera entre los dos era pesada y me pregunté si se arrepentía de lo que había dicho antes. Me pregunté si debería decirle algo, hacer un intento de enmendar las cosas. Pero ¿qué podía decir? No sabía si había algo que pudiese decir. Así que no lo intenté. Dejé que pasara el momento, suspiré y me recosté en la silla. El cielo era de un color dorado rosáceo. Sentí que no había nada más bello que aquello, que ese atardecer en concreto igualaba en belleza a cualquier otra cosa del mundo, la superaba mil veces. Sentí cómo se disolvía la tensión del día, alejándose de mí y acabando en el mar. Quería memorizarlo todo por si no volvía. Nunca se sabe cuándo verás un lugar por última vez. O a una persona.

Capítulo dieciocho

Nos quedamos a ver la tele un rato. Jeremiah no hizo ningún intento de hablar con Conrad y nadie mencionó las clases o al señor Fisher. Me pregunté si Jeremiah estaba esperando a estar a solas con él otra vez.

Me obligué a bostezar. Sin dirigirme a nadie en particular, comenté:

—Estoy cansadísima.

En cuanto lo dije, me di cuenta de que lo estaba. Y mucho. Me pareció el día más largo de toda mi vida. Aunque sólo había ido de un lugar a otro en coche, me encontraba totalmente exhausta.

—Me voy a la cama —anuncié, bostezando de nuevo, esta vez de verdad.

—Buenas noches —contestó Jeremiah, y Conrad no dijo nada.

Al entrar en mi dormitorio, abrí la bolsa y me quedé horrorizada en cuanto comprobé lo que había dentro. Estaba el nuevo biquini a cuadros de Taylor, sus queridas sandalias de plataforma, un vestido bordado de tirantes, los tejanos recortados a los que su padre se refería como «ropa interior tejana», unos cuantos tops de seda y, en lugar de la camiseta grande con la que esperaba dormir, un pijama con corazoncitos rojos: unos shorts diminutos y una camiseta de tirantes a conjunto. Quise matarla. Había dado por sentado que sólo estaba añadiendo cosas a lo que ya tenía guardado, no sustituyéndolo. Lo único mío que quedaba era la ropa interior.

La idea de pavonearme por la casa con ese pijama, que me vieran con él de camino a cepillarme los dientes, me daba ganas de darle un puñetazo. Fuerte. Sabía que Taylor tenía buenas intenciones. Creía que me estaba haciendo un favor. Renunciar a sus nuevas sandalias de plataforma por una noche era un gesto altruista para Taylor. Pero yo seguía igual de enfadada.

Era lo mismo con Cory. Taylor hacía lo que le apetecía y no le preocupaba mi opinión. Nunca le importaba lo que yo pensase. No era sólo culpa suya, porque yo se lo permitía.

Después de cepillarme los dientes, me puse el pijama de Taylor y me metí en la cama. Estaba cavilando sobre si leer un libro antes de dormir, uno de los viejos libros de bolsillo de mi estantería, cuando alguien llamó a la puerta.

Me subí la colcha hasta el cuello y dije:

—¡Adelante!

Era Jeremiah. Cerró la puerta a sus espaldas y se sentó a los pies de mi cama.

—Hola —susurró.

Solté el edredón. Sólo era Jeremiah.

—Hola. ¿Qué pasa? ¿Has hablado con él?

—Aún no. Esta noche le dejaré un poco de cuerda y mañana lo volveré a intentar. Estoy preparando el terreno primero, plantando las semillas. Ya sabes cómo es. —Me lanzó una mirada conspiratoria.

Lo sabía.

—Vale. Suena bien.

—No te preocupes. Está todo controlado. —Levantó la mano para que se la chocase.

—Lo tenemos todo controlado —repetí al chocar las manos. Se notaba la duda en mi voz, pero Jeremiah sonrió como si fuese cosa hecha.

Capítulo diecinueve

Jeremiah

Cuando Belly se fue a la cama, supe que quería que me quedase e intentase hablar con Conrad sobre las clases. Lo sabía porque cuando éramos pequeños, practicábamos la percepción extrasensorial el uno con el otro. Belly estaba convencida de que yo podía leerle la mente y de que ella podía leer la mía. La verdad era que simplemente sabía interpretarla. Cuando estaba a punto de contar una mentira, entrecerraba un poco el ojo izquierdo. Cuando estaba nerviosa, se sorbía las mejillas antes de hablar. Era fácil de interpretar, siempre lo había sido.

Eché un vistazo a Conrad.

—¿Quieres que nos levantemos temprano mañana para hacer surf? —le pregunté.

—Vale —convino.

Al día siguiente hablaría con él sobre las clases y lo importante que era regresar. Todo se iba arreglar.

Vimos la tele un rato más, y cuando Conrad se durmió en el sofá, subí a mi habitación. Al fondo del pasillo, la luz de Belly seguía encendida. Fui hasta allí y llamé con suavidad a la puerta. Me sentí como un idiota allí de pie, llamando. De niños, entrábamos corriendo en la habitación del otro sin pensar. Ojalá fuese igual de simple.

—Adelante —dijo ella.

Entré y me senté en la cama. Cuando me di cuenta de que ya iba en pijama, casi me di la vuelta y me fui. Tuve que recordarme que la había visto en pijama un millón de veces; ¿qué importancia tenía? Antes dormía con una camiseta larga como nosotros, pero ahora llevaba un top diminuto con tirantes finísimos. Me pregunté si sería cómodo para dormir.

Capítulo veinte

4 de julio

Al despertar a la mañana siguiente, no me levanté en seguida. Me quedé en la cama fingiendo que era una mañana cualquiera en la casa de verano. Mis sábanas tenían el mismo olor; mi oso de peluche, Junior Mint, seguía en el tocador. Era igual que siempre. Susannah y mi madre estaban dando un paseo por la playa y los chicos estaban comiendo magdalenas de arándanos y dejándome sólo los cereales integrales de mi madre para desayunar. Sólo quedaría un culo de leche y nada de zumo. Antes me enfurecía; ahora sonreía ante la idea.

Pero no eran más que fantasías. Lo sabía. No estaban ni mi madre ni mi hermano, ni Susannah.

Aunque me había ido a la cama temprano la noche anterior, dormí hasta tarde. Eran casi las once. Había descansado doce horas. Llevaba semanas sin dormir bien.

Salté de la cama y miré por la ventana. Contemplar la vista desde mi ventana de la casa de verano siempre me hacía sentir mejor. Deseaba que todas las ventanas se abriesen al océano, nada más excepto kilómetros y kilómetros de mar y arena. En la playa, Jeremiah y Conrad flotaban sobre las tablas de surf con sus trajes de neopreno. Era una escena tan familiar... Y sólo con eso, me sentí esperanzada. Quizá Jeremiah tuviera razón. Quizá Conrad regresaría con nosotros después de todo.

Y entonces yo volvería a casa, lejos de él y de todo lo que me lo recordaba. Me tumbaría en la piscina del vecindario, pasaría el rato en el chiringuito y pronto el verano habría acabado. Olvidaría cómo había sido antes.

Ésta era de verdad la última vez.

Antes de nada, llamé a Taylor. Le expliqué que estábamos todos en Cousins, que teníamos que convencer a Conrad de que regresara a la universidad y terminase las clases de verano.

Lo primero que dijo fue:

—Belly, ¿qué estás haciendo?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. Esta situación es de retrasados. Deberías estar en casa, éste es tu lugar.

Solté un suspiro de exasperación. Daba igual cuántas veces le pidiese que no

dijera «retrasado», ella seguía haciéndolo. Incluso tenía un primo pequeño con síndrome de Down. Creo que lo hacía a propósito porque sabía que me molestaba.

—¿A ti qué te importa si Conrad deja los estudios? —continuó—. Que sea un fracasado si es lo que quiere.

Aunque nadie podía oírme, bajé la voz.

—Está pasando por un momento difícil. Nos necesita.

—Necesita a su hermano, quien, por cierto, ¡está más bueno que él, por si no te enteras! Conrad no te necesita. Te engañó, ¿te acuerdas?

—No me engañó, y lo sabes. Ya habíamos roto. Y tampoco es que fuésemos una pareja de verdad —empecé a susurrar.

Me costó admitir la última parte.

—Ah, claro. No te engañó, te dejó tirada justo después del baile. Qué chico tan increíble. Cabrón.

—¿Me cubrirás las espaldas si llama mi madre, por favor? —le pregunté sin hacerle caso.

—Pues claro. Resulta que soy una amiga leal —respondió en tono desdeñoso.

—Gracias. Ah, y muchísimas gracias por quitarme toda la ropa.

—De nada —dijo en tono de suficiencia—. Y... ¿Belly?

—¿Sí?

—No pierdas de vista tu misión.

—Bueno, Jeremiah ya ha estado hablando con él...

—Eso no, boba. Me refiero a la misión. Tienes que conseguir que Conrad te quiera de nuevo para después rechazarlo. Brutalmente.

Me alegré de estar al teléfono porque así no podía verme poner los ojos en blanco. El caso era que tenía parte de razón. Taylor nunca acababa herida porque era ella la que se encargaba de todo. Ella tomaba las decisiones. Los chicos la deseaban, y no al revés. Ella siempre citaba esa frase de *Pretty Woman*, la que hablaba de ser una prostituta. —«Yo decido con quién, yo decido cuándo, yo decido dónde»—. No era que la idea no me atrajese; sólo que no funcionaría. Conseguir que Conrad me prestase atención la primera vez, por poco que durase, había sido prácticamente imposible. No funcionaría una segunda vez.

Después de colgar, llamé a mi madre. Le expliqué que me iba a quedar en casa de Taylor otra noche más, que estaba demasiado alterada como para dejarla. Mi madre se mostró de acuerdo.

—Eres una buena amiga —comentó. Se le notaba el alivio en la voz cuando me pidió que saludara a los padres de Taylor de su parte.

Ni siquiera cuestionó la mentira. Lo oí por el teléfono: Lo único que deseaba era que la dejaran sola con su dolor.

A continuación, me duché y me puse la ropa que Taylor había escogido para mí. Una camisola blanca con flores bordadas y sus famosos tejanos recortados.

Bajé con el pelo mojado, dando tirones a las perneras de los *shorts*. Los muchachos estaban sentados a la mesa de la cocina comiendo *dirt bombs*, las enormes magdalenas azucaradas de canela que hacían que Susannah se levantara temprano para comprarlas.

—Mira lo que he traído —dijo Jeremiah. Empujó la bolsa blanca de papel hacia mí.

Agarré la bolsa y me embuté media *dirt bomb* en la boca. Seguía caliente.

—Ñam —farfullé con la boca llena—. ¿Cómo va?

Jeremiah miró a Conrad esperanzado.

—¿Con?

—Deberíais salir temprano si queréis evitar el tráfico del 4 de Julio —dijo Conrad, y la expresión en el rostro de Jeremiah me destrozó.

—No nos iremos sin ti —le advirtió Jeremiah.

Conrad resopló con fuerza.

—Mira, Jere. Te agradezco que hayas venido. Pero, como puedes ver, estoy bien. Lo tengo todo controlado.

—Y un cuerno. Con, si no vuelves el lunes para los exámenes, estás fuera. La única razón por la que estás en la escuela de verano son los no presentados del último semestre. Si no vuelves, entonces ¿qué?

—No te preocupes. Me las arreglaré.

—No paras de repetir lo mismo pero, tío, no has arreglado una mierda. Lo único que has hecho hasta ahora es salir corriendo.

La expresión furiosa de Conrad me demostró que Jeremiah había dicho lo correcto. El antiguo sistema de valores de Conrad seguía ahí, enterrado bajo toda esa ira. El antiguo Conrad nunca se habría rendido.

Me tocaba intervenir. Tomé aire y dije:

—Dime, ¿cómo vas a convertirte en médico sin una licenciatura universitaria?

Tardó un momento en reaccionar y entonces se me quedó mirando fijamente. Yo le devolví la mirada. Sí, lo había dicho. Diría lo que hiciese falta, aunque le doliera.

Era algo que había aprendido observando a Conrad en casi todos los juegos a los que habíamos jugado. A la primera señal de flaqueza, atacas con todas tus fuerzas. Golpeas y utilizas todas las armas de tu arsenal sin dejar tregua. Sin compasión.

—No he dicho nunca que quiera ser médico —replicó—. No sabes de qué hablas.

—Entonces, explícanos —dije, y mi corazón latía a toda velocidad.

Nadie dijo nada. Por un momento, creí que nos dejaría entrar.

Y al final, se levantó.

—No hay nada que explicar. Vuelvo a salir, gracias por las *dirt bombs*, Jere.

A mí, me dijo:

—Tienes azúcar por toda la cara.

Y así de fácil, estaba de pie y abriendo la puerta corredera.

Cuando ya no estaba, Jeremiah gritó:

—¡Mierda!

—¡Pensaba que ibas a ablandarlo! —me salió en un tono más acusatorio de lo que planeaba.

—No se puede forzar demasiado a Conrad porque acaba por encerrarse en sí mismo —dijo Jeremiah desmenuzando la bolsa de papel.

—Ya se ha cerrado en banda.

Observé a Jeremiah y parecía completamente derrotado. Me sentí mal por hablarle de esa manera, así que alargué la mano y le toqué el brazo.

—No te preocupes. Tenemos tiempo. Aún es sábado.

—Claro —contestó, pero no lo decía en serio.

Ninguno de los dos dijo nada más. Como siempre, era Conrad el que dictaba el humor de la casa, cómo nos sentíamos los demás. Nada volvería a estar bien hasta que las cosas se arreglasen con Conrad.

Capítulo veintiuno

La primera vez que me ocurrió ese día fue en el baño, después de lavarme el azúcar de la cara. No había ninguna toalla colgada, así que abrí el armario del baño y, en la última estantería, estaba la pamelita de Susannah. La que se ponía cada vez que iba a la playa. Cuidaba mucho de su piel. «Cuidaba.»

No pensar en Susannah, hacer el esfuerzo consciente de no pensar en ella, lo hacía más fácil. Porque así no se había ido de verdad. Simplemente estaba en otro sitio. Esc era lo que había estado haciendo desde que murió. No pensar en ella. En casa era más sencillo. Pero allí, en la casa de verano, estaba en todas partes.

Cogí su sombrero, lo sostuve un momento y lo volví a dejar en la estantería. Cerré la puerta, y me dolía tanto el pecho que no podía respirar. Era demasiado duro. Estar allí, en esa casa, era demasiado doloroso.

Subí la escalera lo más de prisa que pude. Me quité el collar de Conrad, me desvestí y me puse el biquini de Taylor. No me importaba lo ridícula que estuviese con él puesto. Sólo quería estar en el agua. Estar donde no tuviera que pensar en nada, donde no existía nada más. Nadar, flotar, inspirar y espirar y, simplemente, ser.

Mi vieja toalla del osito de Ralph Lauren estaba como siempre en el armario del baño. Me la puse sobre los hombros como una manta y salí. Jeremiah estaba comiendo un sándwich de huevo y bebiendo directamente del envase de leche.

—Hola —dijo.

—Hola. Voy a nadar.

No pregunté dónde estaba Conrad y no invité a Jeremiah. Necesitaba un momento para mí.

Abrí la puerta corredera y la volví a cerrar sin esperar su respuesta. Arrojé la toalla a una silla y me metí en la piscina haciendo el salto del ángel; aguanté la respiración hasta el último segundo.

Al resurgir, volvía a sentirme capaz de respirar, como si mis músculos se hubiesen comenzado a relajar. Nadé de un lado a otro, de un lado a otro. Allí no existía nada más. Allí no tenía que pensar. Cada vez que me sumergía, aguantaba la respiración el mayor tiempo posible.

Bajo el agua, oí a Jeremiah llamarme. Salí a la superficie a regañadientes y allí estaba, agachado junto a la piscina.

—Voy a salir un rato. Puede que compre una pizza en Nello's —explicó, poniéndose de pie.

Me aparté el pelo de los ojos.

—Pero te acabas de comer un sándwich. Y antes te has zampado todas esas *dirt bombs*.

—Estoy creciendo. Y hace como una hora y media de eso.

¿Una hora y media? ¿Había estado nadando una hora y media? Me habíar parecido minutos.

—Ah —dije examinándome los dedos; estaban completamente arrugados.

—Puedes continuar —anunció Jeremiah, haciendo un saludo militar.

Impulsándome con la pared de la piscina, dije:

—Nos vemos.

Después, nadé lo más rápido que pude hasta la otra punta y di un giro por si me estaba mirando. Siempre había admirado mis giros.

Permanecí en la piscina otra hora más. Cuando saqué la cabeza después de mi última vuelta, vi que Conrad estaba sentado en la silla donde había dejado mi toalla. La sujetaba hacia mí en silencio.

Salí de la piscina. De repente estaba temblando de frío. Cogí la toalla y me envolví en ella.

No me miró.

—¿Te sigues imaginando que participas en los Juegos Olímpicos? —me preguntó.

Me sobresalté, y después negué con la cabeza y me senté a su lado.

—No —respondí, y la palabra quedó colgando entre los dos. Me abracé las rodillas al pecho—. Ya no.

—Cuando nadas... —comenzó a decir. Pensé que no iba a continuar, pero prosiguió—:... no te darías cuenta si se incendiara la casa. Estás tan metida en lo que haces que es como si estuvieses en otro lugar.

Lo dije con respeto, a regañadientes. Como si me hubiese estado observando durante mucho tiempo, durante años. Y supongo que así había sido.

Abrí la boca para responder, pero ya se estaba levantando, volviendo a la casa. Mientras cerraba la puerta corredera, grité:

—¡Por eso me gusta!

Capítulo veintidós

Volvía a estar en mi habitación, a punto de quitarme el biquini, cuando sonó el teléfono. Era la melodía de Steven, una canción de Taylor Swift que fingía odiar pero que en realidad le encantaba. Por un segundo, consideré la posibilidad de no contestar. Pero si no descolgaba el teléfono me seguiría llamando hasta que lo hiciese. Era así de pesado.

—¿Hola? —pregunté, como si no supiese que se trataba de Steven.

—Hola. No sé dónde estás, pero sé que no estás con Taylor.

—¿Cómo te has enterado? —susurré.

—Me la encontré en el centro comercial. Miente peor que tú. ¿Dónde narices estás?

Me mordí el labio y dije:

—Cousins.

—¿Qué?! —gritó—. ¿Por qué?

—Es una larga historia. Jeremiah necesitaba que lo ayudase con Conrad.

—¿Y te llamó a ti? —Su tono era de incredulidad y también un poquitín celoso.

—Sí.

Se moría de ganas de preguntar más, pero yo contaba con que su orgullo no se lo permitiera. Steven no soportaba que lo dejaran de lado. No dijo nada durante un momento y, en esos segundos, supe que estaba pensando en todas las cosas que haríamos en la casa de verano sin él.

Finalmente, comentó:

—Mamá se va a cabrear.

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí me da igual, pero a mamá no.

—Steven, cálmate. Dentro de nada estaré en casa. Sólo tenemos que hacer una última cosa.

—¿Qué última cosa?

No soportaba que yo supiera algo y él no, él era el tercero en discordia. Creía que me iba a resultar más satisfactorio, pero me sentí mal por él.

Así que en lugar de regodearme, como habría hecho normalmente, se lo expliqué.

—Conrad abandonó la escuela de verano y tenemos que llevarlo de vuelta antes de los exámenes del lunes.

Eso sería lo último que haría por él. Llevarlo a clase. Y entonces Conrad sería

libre, y yo también.

Después de colgar, oí un vehículo aparcando en la entrada. Miré por la ventana y había un Honda rojo, un coche que no reconocí. Casi nunca teníamos visitas en la casa de verano.

Me pasé el peine por el pelo y corrí escaleras abajo envuelta en la toalla. Me detuve cuando vi que Conrad abría la puerta y entraba una mujer. Era menuda, con el pelo rubio desteñido recogido en un moño desmadejado, y llevaba pantalones negros y una blusa de seda de rojo coral. Tenía las uñas pintadas a conjunto. Cargaba con una carpeta grande y un llavero.

—Vaya, hola —dijo. Estaba sorprendida de verlo, como si fuese ella la que tenía que estar allí y no él.

—Hola —respondió Conrad—. ¿Puedo ayudarte?

—Tú debes de ser Conrad. Hablamos por teléfono. Soy Sandy Donatti, la agente inmobiliaria de tu padre.

Le hizo un gesto admonitorio con el dedo.

—Me dijiste que tu padre había cambiado de opinión respecto a la venta.

Como Conrad seguía sin decir nada, echó un vistazo alrededor y me vio de pie en la escalera. Frunció el ceño y señaló:

—Sólo he venido para comprobar cómo está la casa, a asegurarme de que todo está empaquetado.

—Sí, eché a los de la mudanza —comentó Conrad como si nada.

—Habría preferido que no lo hicieses —respondió la mujer con los labios apretados. Cuando Conrad se encogió de hombros, añadió:

—Se me informó de que la casa estaría vacía.

—Te proporcionaron información errónea. Estaré aquí el resto del verano. —A continuación me señaló—. Ésa es Belly.

—¿Belly? —repitió ella.

—Sí. Es mi novia.

Creo que solté un grito ahogado.

Conrad se cruzó de brazos, se apoyó en la pared y continuó:

—¿Cómo os conocisteis mi padre y tú?

Sandy Donatti se puso colorada.

—Nos conocimos cuando decidió poner la casa en venta —bufó.

—Bueno, el caso es que, Sandy, ésta no es su casa. De hecho, es la casa de mi madre. ¿Eso te lo contó?

—Sí.

—Entonces supongo que también te contó que está muerta.

Sandy vaciló. Su ira pareció evaporarse con la mención de la madre muerta.

Estaba incómoda y empezó a retroceder hacia la puerta.

—Sí, me lo contó. Mis condolencias.

Conrad prosiguió:

—Gracias, Sandy. Significa mucho, viniendo de ti.

Volvió a examinar la habitación una última vez.

—Bueno, hablaré con tu padre al respecto y volveré más adelante.

—Hazlo, por favor. Y asegúrate de hacerle saber que la casa no está en venta.

Hizo una mueca y abrió la boca para contestar, pero lo reconsideró. Conrad le abrió la puerta y se fue.

Solté un gran suspiro de alivio. Me pasaron un millón de cosas por la cabeza y me avergüenza admitir que «novia» era prácticamente la número uno de la lista. Conrad no me miró al decir:

—No le cuentes a Jeremiah lo de la casa.

—¿Por qué no? —pregunté. Mi mente seguía atascada en la palabra «novia».

Tardó tanto en contestar que ya había empezado a subir la escalera cuando dijo:

—Se lo explicaré yo. No quiero que se entere todavía. De lo de nuestro padre...

Me detuve. Pregunté sin pensar:

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes.

Conrad me miró con firmeza.

Supongo que sí que lo sabía. Quería proteger a Jeremiah del hecho de que su padre era un gilipollas. No era que Jeremiah fuese un bobalicón que no se enteraba de nada. Tenía derecho a saber que la casa estaba en venta.

Me imagino que Conrad lo leyó en mi rostro porque dijo en su típico tono burlón y despreocupado:

—¿Puedes hacerme este favor, Belly? ¿Vas a ser capaz de ocultarle el secreto a tu mejor amigo del mundo, Jeremiah? Sé que no tenéis secretos entre vosotros, pero ¿podrás hacerlo por una vez?

Lo miré furiosa, lista para explicarle lo que podía hacer con su secreto, pero dijo:

—¿Por favor? —y había una súplica en su voz. Así que respondí:

—De acuerdo. Por el momento.

—Gracias —contestó, y me pasó rozando escaleras arriba. Cerró la puerta de su dormitorio y encendió el aire acondicionado.

Yo me quedé donde estaba.

Tardé un minuto en asumirlo. Conrad no se había escapado para hacer surf. No se había escapado porque sí. Había ido allí para salvar la casa.

Capítulo veintitrés

Por la tarde, Jeremiah y Conrad salieron otra vez a hacer surf. Pensé que quizá Conrad quería hablarle de la casa, en privado. Y que quizá Jeremiah intentaría convencer a Conrad de que regresara a la escuela, en privado. Y a mí ya me iba bien. Me conformaba con sólo observar.

Los contemplé desde el porche, sentada en la tumbona y envuelta en una toalla. Hay algo muy reconfortante en salir empapada de la piscina y que tu madre te ponga una toalla sobre los hombros, como si fuera una capa. Incluso sin una madre allí para hacerlo, era agradable, acogedor. Dolorosamente familiar, hasta el punto de hacerte desear tener ocho años otra vez. A esa edad no sabía nada de la muerte o el divorcio o el corazón roto. Los ocho no eran más que los ocho. Perritos calientes, mantequilla de cacahuete, picaduras de mosquito y astillas, bicicletas y tablas de surf. El pelo enredado, los hombros quemados, los libros de Judy Blume, en la cama a las nueve y media.

Permanecí allí sentada dando vueltas a ese tipo de pensamientos melancólicos un buen rato. Alguien estaba preparando una barbacoa, olía a carbón vegetal ardiendo. Me pregunté si serían los Rubensteins o quizá los Toler. Si estarían preparando hamburguesas o bistecs. Caí en la cuenta de que estaba hambrienta.

Deambulé por la cocina, pero no encontré nada de comer. Sólo la cerveza de Conrad. Taylor me explicó una vez que la cerveza era igual que el pan, todo carbohidratos. Concluí que, aunque detestaba el sabor, podría bebérmela para llenar un poco el estómago.

Así que cogí una y me la llevé afuera. Volví a sentarme en la tumbona y abrí la lata. Hizo un chasquido agradable. Era extraño estar sola en la casa. No era desagradable, sólo diferente. Había estado yendo a esa casa toda mi vida y podía contar con los dedos de la mano las veces que me había quedado sola en ella. Me sentía mayor. Y supongo que lo era, pero no recordaba haberme sentido así el verano anterior.

Tomé un largo sorbo de cerveza y me alegré de que Jeremiah y Conrad no estuviesen presentes, porque hice una mueca terrible y sabía que se habrían cachondeado de mí.

Estaba tomando otro trago cuando oí carraspear a alguien. Levanté la vista y casi me atraganto. Era el señor Fisher.

—Hola, Belly —dijo. Iba trajeado, como si hubiese llegado directamente del

trabajo, cosa que probablemente había hecho, aunque fuese sábado. Y no sé cómo se las debió de arreglar, pero su traje no estaba arrugado, a pesar del largo trayecto.

—Hola, señor Fisher —respondí, y me salió una voz débil y nerviosa.

Lo primero que pensé fue: «Tendríamos que haber metido a Conrad en el coche a la fuerza y obligarlo a ir a clase y presentarse a los estúpidos exámenes». Darle tiempo había sido un terrible error. Ahora lo comprendía. Tendría que haber insistido a Jeremiah para que presionase a Conrad.

El señor Fisher levantó una ceja en dirección a mi cerveza y me di cuenta de que aún la estaba sosteniendo, sujetándola con tanta fuerza que se me había dormido la mano. Dejé la cerveza en el suelo y el pelo me cayó en la cara, cosa que agradecí. Me proporcionaba un momento para ocultarme, para decidir lo que haría a continuación.

Al final, hice lo que siempre hacía: pasé el muerto a los chicos.

—Mmm, Conrad y Jeremiah no están ahora mismo.

La cabeza me iba a mil por hora. Estarían allí en cualquier momento.

El señor Fisher no dijo nada, solamente asintió y se masajeó la nuca. A continuación, subió los escalones del porche y se sentó en la tumbona de al lado. Recogió mi cerveza y bebió un buen trago.

—¿Cómo está Conrad? —preguntó, apoyando la cerveza en el reposabrazos.

—Está bien —respondí al instante. Y entonces me sentí tonta porque no estaba bien en absoluto. Su madre acababa de morir. Había dejado las clases. ¿Cómo iba a estar bien? ¿Cómo íbamos a estarlo ninguno de nosotros? Aunque supongo que, en cierto modo, lo estaba porque volvía a tener un objetivo. Tenía un propósito nuevo para seguir adelante. Tenía una meta; tenía un enemigo. Ésos eran buenos incentivos, incluso si el enemigo era su padre.

—No tengo ni idea de qué le pasa por la cabeza a este chico —dijo el señor Fisher, sacudiendo la suya con incredulidad.

¿Qué podía responderle? Yo nunca sabía en qué pensaba Conrad. Estaba segura de que muy poca gente lo sabía. Aun así, me puse a la defensiva. Sentía que debía protegerlo.

El señor Fisher y yo permanecimos sentados en silencio. No era un silencio cómplice, natural, sino incómodo y horrible. Nunca tenía nada que decirme y yo nunca sabía qué decirle a él. Al final, se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué tal las clases?

—Han acabado —respondí mordiéndome el labio y sintiéndome como una niña de doce años—. Terminaron hace poco. En otoño empiezo el último curso.

—¿Ya sabes a qué universidad quieres ir?

—La verdad es que no.

Respuesta equivocada; lo sabía, porque la universidad era lo único que le

interesaba al señor Fisher. Hablar del tipo adecuado de universidad, claro.

Se hizo el silencio de nuevo.

Me resultaba tan familiar. El temor, el sentimiento de catástrofe inminente. El presentimiento de que estaba en un buen lío. De que todos lo estábamos.

Capítulo veinticuatro

Batidos de leche. Los batidos de leche eran cosa del señor Fisher. Cuando el señor Fisher acudía a la casa de verano, siempre había batidos. Compraba un paquete de helado Neapolitan. Para Steven y Conrad de chocolate, para Jeremiah de fresa, y a mí me gustaba la mezcla de vainilla y chocolate, como los Frosties que vendían en Wendy's, pero muy muy espesos. Los batidos del señor Fisher eran mejores que los de Wendy's. Tenía una batidora de vaso que le encantaba usar. Ninguno de nosotros, los niños, podíamos tocarla. No era que lo hubiese dicho con esas mismas palabras, pero lo sabíamos. Hasta que a Jeremiah se le ocurrió la idea de preparar granizados de Kool-Aid.

No había ningún 7-Eleven en Cousins y, aunque teníamos batidos, a veces anhelábamos los granizados. Especialmente cuando hacía calor, uno de nosotros comentaba:

—Tío, me apetece un granizado —y entonces eso se convertía en lo único en que pensábamos en todo el día. Así que cuando a Jeremiah se le ocurrió la idea de hacer granizados de Kool-Aid, fue como una revelación. Él tenía nueve años y yo ocho y, en ese momento, me pareció la mejor idea del mundo, de la historia.

Le echamos el ojo a la batidora; estaba muy arriba, en la estantería superior. Sabíamos que tendríamos que usarla, de hecho anhelábamos hacerlo. Pero se interponía la regla tácita.

No había nadie más en casa. Nadie más se enteraría.

—¿Qué sabor quieres? —me preguntó por fin.

Así que estaba decidido. Estaba ocurriendo. Sentí una mezcla de miedo y euforia ante la idea de hacer algo prohibido.

Casi nunca rompía la reglas, pero ésta me pareció una buena opción.

—Cereza —respondí.

Jeremiah buscó en la despensa, pero no quedaba.

—¿Cuál es tu segundo favorito? —me preguntó.

—Uva.

Jeremiah dijo que un granizado de Kool-Aid de uva también le sonaba bien. Cuánto más repetía las palabras «granizado de Kool-Aid», más me gustaba cómo sonaban.

Jeremiah fue a por un taburete y bajó la batidora de la estantería. Vertió el paquete entero de uva dentro y añadió dos tazas de azúcar. Me dejó revolverlo. A

continuación, vació media cubitera en su interior hasta que estuvo llena hasta los topes y cerró la tapa como había visto hacer al señor Fisher un millón de veces.

—¿«Pulse»? ¿«Frapé»? —me preguntó.

Me encogí de hombros. Nunca prestaba atención cuando el señor Fisher la utilizaba.

—Seguramente «frapé» —contesté, porque me gustaba el sonido de la palabra «frapé».

Así que Jeremiah apretó «frapé», y la batidora comenzó a triturar y a zumbar. Pero sólo la parte inferior se estaba mezclando, de modo que Jeremiah apretó «licuar». Lo mantuvo presionado un minuto, pero entonces empezó a oler a goma quemada y comencé a preocuparme de que la estuviésemos forzando demasiado con todo ese hielo.

—Tenemos que removerlo un poco más para ayudarla —dije yo. Saqué la cuchara grande de madera, quité la tapa de la batidora y mezclé bien—. ¿Lo ves?

Volví a cerrar la tapa, pero no debió de quedar bien ajustada, porque cuando Jeremiah presionó «frapé», nuestro granizado de Kool-Aid de uva salió volando por los aires. Fue a parar encima de nosotros. En las encimeras nuevas blancas, en el suelo y en el nuevo maletín de cuero del señor Fisher.

Intercambiamos una mirada de horror.

—¡De prisa, ve a buscar papel de cocina! —gritó Jeremiah, desenchufando la máquina. Me lancé a por el maletín, secándolo con mi camiseta. El cuero ya se había manchado y estaba pegajoso.

—Oh, no. Es su maletín preferido —musitó Jeremiah. Y lo era. Tenía sus iniciales grabadas en el cierre de metal. Lo quería de verdad, quizá incluso más que a su batidora.

Me sentía fatal. Se me escapaban las lágrimas. Todo había sido culpa mía.

—Lo siento —dije yo.

Jeremiah estaba a gatas en el suelo, fregando. Me miró, con el Kool-Aid de uva goteándole por la frente.

—No es culpa tuya.

—Sí que lo es —insistí, restregando el cuero. Mi camiseta había empezado a ponerse marrón de frotar el maletín con tanta fuerza.

—Bueno, un poco sí que lo es —convino Jeremiah. Entonces alargó la mano, me tocó la mejilla con el dedo y lamió un poco de azúcar—. Aunque sabe bien.

Cuando llegó todo el mundo, estábamos riendo y deslizándonos por el suelo con el papel de cocina. Entraron con bolsas grandes de papel, de las que se utilizan para las langostas, y Steven y Conrad tenían cucuruchos de helado.

—¿Qué demonios...? —dijo el señor Fisher.

Jeremiah se levantó con dificultad.

—Sólo estábamos...

Le entregué el maletín al señor Fisher, me temblaba la mano.

—Perdón —murmuré—. Ha sido un accidente.

Lo cogió y se quedó mirando el cuero manchado.

—¿Por qué habéis usado mi batidora? —reclamó el señor Fisher, pero se lo estaba preguntando a Jeremiah. La piel del cuello se le había vuelto de un rojo brillante—. Sabéis que está prohibido usarla.

—Lo siento —asintió Jeremiah.

—Ha sido culpa mía —dije en voz baja.

—Oh, Belly —repuso mi madre, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Se puso de rodillas y recogió el papel de cocina empapado. Susannah había ido a buscar la fregona.

El señor Fisher resopló con fuerza.

—¿Por qué no escuchas cuando te digo algo? Por Dios bendito. ¿Te dije o no te dije que no podías tocar mi batidora?

Jeremiah se mordió el labio, y por cómo le temblaba la barbilla, me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Contesta cuando te hablo.

Susannah volvió con la fregona y el cubo, e intervino en la escena.

—Adam, ha sido un accidente. Déjalo ya —y rodeó a Jeremiah con los brazos.

—Suze, si lo malcrías, nunca aprenderá. Seguirá siendo un niño pequeño toda la vida. Jere, ¿te dije o no que no usaras mi batidora?

Los ojos de Jeremiah se llenaron de lágrimas y aunque parpadeó en seguida, se le escaparon algunas. Y luego unas cuantas más. Fue terrible. Estaba avergonzada por Jeremiah y también me sentía culpable por haber provocado todo aquello. Aunque también me sentía aliviada de no ser la que estaba metida en un lío y llorando delante de todos.

Y entonces, Conrad dijo:

—Pero papá, nunca lo has hecho.

Tenía helado de chocolate en la mejilla.

El señor Fisher se volvió y lo miró.

—¿Qué?

—Nunca lo has dicho. Sabíamos que no debíamos tocarla, pero técnicamente nunca nos lo has dicho.

Conrad parecía asustado, pero su tono era práctico, realista.

El señor Fisher negó con la cabeza y volvió a fijarse en Jeremiah.

—Ve a limpiarte —le ordenó con brusquedad. Se notaba que estaba abochornado.

Susannah le lanzó una mirada furiosa y se llevó a Jeremiah al baño. Mi madre estaba secando la encimera, con la espalda recta y rígida.

—Steven, llévate a tu hermana al baño —ordenó. Su tono no dejaba opción a respuesta, y Steven me agarró del brazo y me condujo escaleras arriba.

—¿Crees que me he metido en un lío? —pregunté a mi hermano.

Me frotó las mejillas con fuerza con un pedazo húmedo de papel higiénico.

—Sí. Pero no tanto como el señor Fisher. Mamá se lo va a comer con patatas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Es una cosa que me explicaron. Quiere decir que es él el que está en un buen lío —contestó Steven encogiéndose de hombros.

Después de limpiarme la cara, nos colamos sigilosamente en el pasillo. Mi madre y el señor Fisher estaban discutiendo. Intercambiamos una mirada, pusimos los ojos como platos cuando oímos a nuestra madre bufar:

—Mira que puedes llegar a ser caraculo, Adam.

Abrí la boca para soltar una exclamación, pero Steven me la tapó con la mano y me arrastró al dormitorio de los chicos. Cerró la puerta detrás de él. Le brillaban los ojos de emoción. Nuestra madre le había soltado una palabrota al señor Fisher.

—Mamá ha llamado caraculo al señor Fisher —dije yo. No sabía ni lo que era, pero sonaba gracioso. Imaginé un culo sentado en la cabezota del señor Fisher. Y entonces se me escapó la risa. Todo era tan emocionante y espantoso. Ninguno de nosotros se había metido nunca en líos en la casa de verano. Era básicamente una zona libre de problemas.

Las madres estaban relajadas en la casa de verano. Si en casa Steven se la buscaba cuando contestaba mal, allí, a mi madre no parecía importarle tanto. Seguramente porque en la casa de Cousins, nosotros los niños no éramos el centro de su universo. Mi madre estaba ocupada haciendo otras cosas, plantando flores, yendo a galerías de arte con Susannah, dibujando y leyendo. Estaba demasiado ocupada como para enojarse o molestarse. No teníamos su completa atención.

Eso era bueno y malo a la vez. Bueno porque nos salíamos con la nuestra. Si jugábamos en la playa hasta pasada la hora de ir a dormir, si repetíamos el postre, nadie perdía el sueño. Malo porque yo tenía la vaga sensación de que Steven y yo allí no éramos tan importantes, de que había otras cosas que ocupaban el pensamiento de mi madre, recuerdos de los que no formábamos parte, de una vida antes de que existiéramos. Y también, una vida secreta en su interior, donde Steven y yo no existíamos. Era como cuando iba de viaje sin nosotros, sabía que no nos echaba de menos ni pensaba demasiado en nosotros.

Detestaba esa idea, pero era la verdad. Las madres tenían una vida completamente separada de la nuestra. Supongo que nosotros los niños también.

Capítulo veinticinco

Cuando Jeremiah y Conrad subieron por la playa con las tablas bajo el brazo, se me ocurrió la loca idea de que debía intentar avisarlos de alguna manera. Silbar o algo así. Pero no sabía silbar y ya era demasiado tarde.

Guardaron las tablas, subieron los escalones y nos vieron allí sentados. Conrad se puso tenso al instante y vi a Jeremiah musitar «mierda» entre dientes. Pero dijo:

—Hola, papá.

Conrad pasó por su lado y entró directamente en la casa.

El señor Fisher lo siguió y Jeremiah y yo nos miramos un segundo. Se agachó y comentó:

—¿Qué tal si traes el coche mientras yo agarro nuestras cosas y nos marchamos pitando?

Se me escapó la risa tonta y me tapé la boca con la mano. Dudaba mucho de que al señor Fisher le hiciese gracia verme reír en mitad de un momento tan importante. Me levanté y me ajusté la toalla bajo las axilas. Entonces nosotros también entramos.

Conrad y el señor Fisher estaban en la cocina. Conrad estaba abriendo una cerveza, ni siquiera miraba a su padre.

—¿A qué demonios estáis jugando? —dijo el señor Fisher. Su voz sonaba chillona y poco natural en la casa. Miraba la cocina, la sala de estar.

Jeremiah comenzó a hablar.

—Papá...

El señor Fisher lo miró directamente y dijo:

—Sandy Donatti me ha llamado esta mañana y me ha contado lo ocurrido. Se suponía que tenías que llevarte a Conrad a la escuela, no quedarte y... y montar una fiesta e interferir en la venta.

Jeremiah parpadeó.

—¿Quién es Sandy Donatti?

—Nuestra agente inmobiliaria —intervino Conrad.

Me di cuenta de que tenía la boca abierta y la cerré de golpe. Me abracé con fuerza, intentando hacerme invisible. Tal vez todavía no era tarde para escapar con Jeremiah. Quizá así no se enteraría de que yo ya sabía lo de la casa. ¿Cambiaba alguna cosa el hecho de que sólo lo hubiese sabido desde esa misma tarde? Lo dudaba mucho.

Jeremiah miró a Conrad y otra vez a su padre.

—No me dijiste que tuviésemos un agente inmobiliario. No me dijiste que ibas a vender la casa.

—Te comenté que era una posibilidad.

—No me explicaste que pensabas hacerlo de verdad.

Conrad los interrumpió hablando sólo con Jeremiah.

—Eso da igual. No va a vender la casa. —Bebió la cerveza con calma, y todos esperamos para ver qué decía a continuación—. No es suya para venderla.

—Sí que lo es —repuso el señor Fisher respirando con dificultad—. No lo estoy haciendo por mí. El dinero será para vosotros, chicos.

—¿Te crees que me importa el dinero? —Por fin, Conrad se dirigió a él con una mirada impasible y la voz plana—. No soy como tú. El dinero me importa una mierda. Lo que me preocupa es la casa. La casa de mamá.

—Conrad...

—No tienes derecho a estar aquí. Será mejor que te vayas.

El señor Fisher tragó saliva con fuerza y su nuez se balanceó arriba y abajo.

—No me marcharé.

—Dile a Sandy que no se moleste en regresar. —Conrad pronunció la palabra «Sandy» como si fuese un insulto. Y supongo que ésa era la intención.

—Soy vuestro padre —dijo el señor Fisher con voz ronca—. Y vuestra madre dejó la decisión en mis manos. Esto es lo que habría querido.

El caparazón suave y resistente de Conrad se resquebrajó, y su voz tembló al decir:

—No me hables de lo que habría querido.

—Era mi esposa, maldita sea. Yo también la perdí.

Eso podía ser cierto, pero era lo peor que podría haberle dicho a Conrad en ese momento. Lo encendió.

Dio un puñetazo en la pared que consiguió que me estremeciera. Me sorprendió que no dejase un agujero. Después dijo:

—Tú no la perdiste. La abandonaste. No tienes ni idea de lo que ella habría querido. Nunca estuviste allí. Fuiste una mierda de padre y una mierda aún mayor de marido. Así que no te molestes en hacer lo correcto a estas alturas. Lo estás jodiendo todo.

—Con, cállate. Calla, por favor —terció Jeremiah.

Conrad dio media vuelta y gritó:

—¿Lo sigues defendiendo? ¡Por eso mismo no te lo contamos!

—¿Contamos? —repitió Jeremiah. Entonces me miró y su expresión de congoja me atravesó por la mitad.

Empecé a hablar, a intentar explicarme, pero sólo llegué a decir:

—Me he enterado hoy, lo juro.

—No eres el único que está sufriendo, Conrad —me interrumpió el señor Fisher—. No tienes derecho a hablarme de esa forma.

—Yo creo que sí.

La habitación se sumió en un silencio mortal y el señor Fisher parecía a punto de golpear a Conrad de lo enfadado que estaba. Se miraron fijamente y comprendí que Conrad no iba a ser el que se echase atrás.

Fue el señor Fisher el que apartó la mirada.

—Los de la mudanza van a volver. Se va a hacer. Tu rabieta no lo detendrá.

Se marchó poco después. Dijo que volvería por la mañana, y sus palabras no auguraban nada bueno. Dijo que iba a quedarse en el hostel de la ciudad. Era evidente que estaba deseando salir de la casa.

Los tres permanecemos en la cocina después de su marcha, sin decir nada. Y mucho menos yo. Yo no debía estar allí. Por una vez, deseé estar en casa con mi madre y Steven y Taylor, alejada de todo aquello.

Jeremiah fue el primero en hablar:

—No puedo creer que vaya a vender la casa —comentó para sí mismo.

—Pues más vale que te lo creas —advirtió Conrad con dureza.

—¿Por qué no me lo contaste? —exigió Jeremiah.

Conrad me miró antes de contestar:

—No pensé que te hiciese falta saberlo. —Jeremiah frunció el ceño.

—Pero ¿qué narices, Conrad? También es mi casa.

—Jere, yo también acabo de descubrirlo. —Conrad se sentó de un salto en la encimera, con la cabeza baja—. Estaba en casa recogiendo algo de ropa. La agente de la inmobiliaria, Sandy, llamó y dejó un mensaje en el contestador diciendo que los de la mudanza iban a venir a empaquetar las cosas. Regresé a la escuela, recogí mis cosas y vine aquí directamente.

Conrad había dejado la universidad y todo lo demás para acudir a la casa de verano, y allí estábamos nosotros, pensando que era un metepatas que necesitaba que lo salvarsen, cuando en realidad era él quien estaba protegiendo algo.

Me sentí culpable de no haberle ofrecido el beneficio de la duda, y sabía que Jeremiah también. Intercambiamos una mirada rápida y supe que estábamos pensando exactamente lo mismo. Supongo que en ese momento también recordó que estaba cabreado conmigo y apartó la vista.

—¿Eso es todo? —preguntó Jeremiah.

Conrad no contestó en seguida. Al final, miró hacia arriba y dijo:

—Sí, supongo que sí.

—Pues muy bien hecho, Con.

—He tenido que ocuparme de esto yo solo —replicó Conrad—. Tampoco es que me hayas ayudado.

—Bueno, si me lo hubieses contado...

Conrad lo cortó.

—¿Qué habrías hecho?

—Habría hablado con papá.

—Sí, claro.

Dudo de que Conrad pudiese sonar más desdeñoso.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Significa que estás tan ocupado lamiéndole el culo que eres incapaz de verlo como es en realidad.

Jeremiah tardó un poco en contestar, y yo empecé a temer el cariz que estaba tomado la conversación. Conrad buscaba pelea y lo último que necesitábamos era a los dos forcejeando en el suelo de la cocina, rompiendo las cosas y haciéndose daño el uno al otro. Esta vez, mi madre no estaba allí para separarlos. Sólo quedaba yo, y eso no era gran cosa.

Y entonces, Jeremiah dijo:

—Es nuestro padre.

Su tono era controlado, uniforme, y solté un pequeño suspiro de alivio.

No habría pelea porque Jeremiah no lo iba a permitir. Lo admiré por ello.

Pero Conrad sacudió la cabeza con expresión de asco.

—Es basura.

—No lo llames así.

—¿Qué clase de persona engaña a su mujer y luego la abandona cuando tiene cáncer? ¿Qué tipo de hombre hace eso? No puedo ni mirarlo. Me pone enfermo, haciéndose el mártir, el viudo afligido. Pero ¿dónde estaba cuando mamá lo necesitaba, eh, Jere?

—No lo sé, Con. ¿Dónde estabas tú?

La habitación se sumió en el silencio, y la atmósfera prácticamente crepitaba. El estremecimiento de Conrad, Jeremiah reteniendo el aliento después de decirlo... Me di cuenta de que quería retirarlo, de que estaba a punto de hacerlo cuando Conrad comentó con calma:

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo siento —se disculpó Jeremiah.

Conrad se encogió de hombros, restándole importancia, como si nada.

Y entonces, Jeremiah dijo:

—¿Por qué no puedes dejarlo pasar? ¿Por qué tienes que aferrarte a todas las putadas que te han ocurrido?

—Porque vivo en el mundo real, no como tú. Prefieres habitar en un mundo de fantasía antes que ver cómo son los demás realmente.

Lo dijo de tal forma que me hizo preguntarme de quién estaba hablando en realidad.

Jeremiah echaba humo. Me miró a mí y otra vez a Conrad, y dijo:

—Lo que pasa es que estás celoso. Admítelo.

—Celoso.

—Tienes envidia de que papá y yo tengamos una relación de verdad. Ya no se trata sólo de ti, y eso te corroe por dentro.

Conrad se echó a reír. Fue un sonido amargo y terrible.

—Vaya estupidez. —Se volvió hacia mí—. Belly, ¿lo has oído? Jeremiah piensa que tengo celos.

Jeremiah también me miró, como diciendo, «ponte de mi lado», y supe que si lo hacía, me perdonaría por no haberle contado lo de la casa. Odiaba a Conrad por ponerme en medio, por obligarme a escoger. No sabía de qué lado estaba.

Supongo que tardé demasiado en responder, porque Jeremiah apartó la mirada y dijo:

—Eres un gilipollas, Conrad. Quieres que todo el mundo sea tan desgraciado como tú.

Y se marchó. Salió dando un portazo. Sentí que debía ir tras él. Que lo había defraudado cuando más me necesitaba.

Entonces Conrad me dijo:

—¿Soy un gilipollas, Belly?

Abrió otra cerveza; intentaba sonar indiferente, pero le temblaba la mano.

—Sí. Totalmente —le respondí.

Fui hasta la ventana y observé a Jeremiah entrar en el coche. Era demasiado tarde para seguirlo; ya estaba retrocediendo por la entrada. Y aunque estaba furioso, llevaba puesto el cinturón de seguridad.

—Volverá —dijo Conrad.

Vacilé un momento y contesté:

—No deberías haberle dicho todo eso.

—Quizá no.

—No deberías haberme pedido que se lo ocultara.

Conrad se encogió de hombros, como si ya lo hubiese olvidado, pero luego volvió a mirar por la ventana y comprendí que estaba preocupado. Me pasó una cerveza y la atrapé en el aire. La abrí y bebí un buen trago. Ya no sabía tan mal. Quizá empezaba a acostumbrarme. Chasqué los labios con fuerza.

Me observó con expresión curiosa.

—Conque ahora te gusta la cerveza, ¿no?

—No está mal —contesté, y me sentí muy adulta. Pero luego añadí:

»Pero me sigue gustando más la coca-cola de cereza.

Casi sonrío al decir:

—La misma Belly de siempre. Apuesto a que si te abriéramos por la mitad, sólo encontraríamos azúcar.

—Ésa soy yo. Azúcar, especias y cosas bonitas.

—Yo no estaría tan seguro —repuso Conrad.

Los dos nos quedamos en silencio. Tomé otro sorbo de cerveza y dejé la lata junto a la de él.

—Has herido los sentimientos de Jeremiah.

Hizo como si nada.

—Necesitaba enfrentarse a la realidad.

—No tenías por qué hacerlo.

—Me parece que has sido tú la que ha herido sus sentimientos.

Abrí la boca y volví a cerrarla. Si le preguntaba a qué se refería, me lo explicaría. Y no quería que lo hiciese. Así que bebí un poco más de cerveza y dije:

—Y ahora ¿qué?

Conrad no iba a permitirme escapar tan fácilmente. Respondió:

—Y ahora ¿qué, contigo y Jeremiah o contigo y conmigo?

Me estaba provocando y lo detesté por ello. Notaba las mejillas ardiendo mientras contestaba:

—Me refería a qué pasa con la casa.

Se apoyó en la encimera.

—No hay nada que hacer. Podría buscarme un abogado. Ya tengo dieciocho años. Podría dilatar el proceso, pero dudo que sirviese de algo. Mi padre es muy tozudo. Y avaricioso.

—No sé si lo está haciendo por... avaricia, Conrad —dije vacilante.

El semblante de Conrad se cerró en banda.

—Confía en mí. Es avaricia.

No pude evitar preguntar:

—¿Y las clases de verano?

—No podrían importarme menos ahora mismo.

—Pero...

—Déjalo ya, Belly.

Entonces fue hacia la puerta corredera, la abrió y salió afuera. Conversación terminada.

Capítulo veintiséis

Jeremiah

He admirado a Conrad toda mi vida. Siempre ha sido más inteligente, más veloz... simplemente mejor. El caso es que nunca lo había envidiado. Era Conrad. No podía evitar que se le diesen bien todas esas cosas. No podía dejar de ganar al Uno, o a las carreras o con las notas. Es posible que una parte de mí lo necesitase, alguien a quien admirar. Mi hermano mayor, el chico que no podía perder.

Pero en una ocasión, a los trece años, estábamos practicando lucha libre en el salón; ya llevábamos media hora. Mi padre siempre nos empujaba a pelear. Había sido del equipo de lucha en la universidad y le gustaba enseñarnos nuevas técnicas. Mientras luchábamos, mi madre estaba en la cocina, preparando vieiras con beicon porque teníamos invitados y era el plato preferido de mi padre.

—Inmovilízalo, Con —decía mi padre.

Estábamos muy metidos en el asunto. Ya habíamos derribado uno de los candeleros de plata de mi madre. Conrad respiraba con dificultad; esperaba vencerme con facilidad. Pero yo estaba mejorando; no pensaba rendirme. Tenía mi cabeza inmovilizada bajo el brazo, yo le bloqueé la rodilla y los dos caímos al suelo. Sentí que algo cambiaba; casi lo tenía. Estaba a punto de ganar. Mi padre iba a estar muy orgulloso.

Cuando lo tuve inmovilizado, mi padre dijo:

—Connie, te expliqué que tenías que mantener las rodillas flexionadas.

Alcé la vista y vi la expresión en su rostro. La que ponía a veces cuando Conrad no hacía algo bien, estrechando los ojos e irritado. A mí nunca me miraba de esa forma.

No me dijo:

—Buen trabajo, Jere.

Simplemente empezó a criticar a Conrad, explicándole lo que podría haber hecho mejor. Y él lo aceptó. Asentía, con el rostro enrojecido y sudoroso. Entonces mi hermano se dirigió a mí y dijo, en un tono que dejaba claro que lo decía en serio:

—Bien hecho, Jere.

Fue entonces cuando mi padre metió baza y dijo:

—Sí, bien hecho, Jere.

De repente, me entraron ganas de llorar. No quería ganar a Conrad nunca más. No valía la pena.

Después de todo lo ocurrido en la casa, me metí en el coche y me puse a conducir. No sabía adónde me dirigía, y una parte de mí ni siquiera quería regresar. Un parte de mí anhelaba abandonar a Conrad para que él hiciera frente a esa tormenta de mierda, como había querido desde el principio. Que Belly se ocupase de él. Que lo hicieran ellos. Conduje durante media hora.

Pero incluso mientras lo hacía, sabía que tarde o temprano daría la vuelta. No podía marcharme y punto. Ése era el estilo de Con, no el mío. Y fue un golpe bajo lo que dije de que no había estado allí para nuestra madre. Él no sabía que iba a morir. Estaba en la universidad. No fue culpa suya. Y no era él quien tenía que estar allí cuando las cosas se pusieron feas otra vez. Todo ocurrió tan rápido. No podía saberlo. Si lo hubiese sabido, se habría quedado en casa. Sé que lo habría hecho.

Nuestro padre no iba a ganar el premio al Padre del Año. Tenía defectos, eso está claro. Pero cuando fue necesario, justo al final, regresó a casa. Dijo todas las palabras adecuadas. Hizo feliz a nuestra madre. Conrad no era capaz de verlo. Tampoco quería.

No volví a la casa en seguida.

Primero me pasé por la pizzería. Era la hora de cenar y no había nada de comida en la nevera. Un chico al que conocía, Mikey, estaba trabajando en la caja. Encargué una pizza grande con todo, y le pregunté si Ron había salido a hacer una entrega. Me dijo que sí, que Ron regresaría pronto, que esperase un poco.

Ron vivía en Cousins todo el año. Asistía a la universidad pública durante el día y repartía pizzas de noche. Era un buen tipo. Se había dedicado a comprar cerveza para los menores desde que lo conocía. Si le dabas un billete de veinte, te lo arreglaba.

Lo único que sabía era que si ésa iba a ser nuestra última noche, no podíamos marcharnos de esa forma.

Cuando llegué a la casa, Conrad estaba sentado en el porche de delante. Sabía que me estaba esperando; que se sentía mal por lo que había dicho. Toqué la bocina, saqué la cabeza por la ventanilla y grité:

—¡Échame una mano con esto!

Vino hasta el coche, se fijó en las cajas de cerveza y la bolsa de bebidas alcohólicas, y dijo:

—¿Ron?

—Sí.

Levanté las dos cajas de cerveza y se las entregué a Conrad.

—Vamos a celebrar una fiesta.

Capítulo veintisiete

Después de la pelea y de la marcha del señor Fisher, subí a mi habitación y me quedé allí. No quería estar a la vista cuando Jeremiah regresara, por si él y Conrad decidían iniciar el segundo asalto. A diferencia de Steven y yo, ellos dos casi nunca discutían. Desde que los conocía, solamente los había visto hacerlo como tres veces. Jeremiah admiraba a Conrad y Conrad cuidaba de Jeremiah. Así de fácil.

Empecé a rebuscar por los cajones y el armario para comprobar si quedaba algo que me perteneciese. Mi madre era bastante estricta en cuanto a llevarnos nuestras cosas cada vez que nos íbamos, pero nunca se sabía. Concluí que era mejor asegurarse. Seguramente, el señor Fisher ordenaría a los de la mudanza que tirasen todos los cachivaches.

En el fondo del cajón del escritorio encontré un antiguo cuaderno rosa y verde de mis días de Harriet, la espía. Había seguido a los chicos a todas partes durante días tomando notas, hasta que harté a Steven y se chivó de mí.

Había escrito:

28 de junio. Pillé a Jeremiah bailando delante del espejo cuando pensaba que nadie lo veía. ¡Mala suerte!

30 de junio. Conrad se ha vuelto a comer todos los polos azules, aunque no debería. Pero no se lo he dicho a nadie.

1 de julio. Steven me ha dado una patada porque sí.

Y así seguía. A mediados de julio ya me había cansado y lo dejé. Había sido toda una lapa. A mi yo de ocho años le habría encantado que la incluyeran en esta última aventura, la oportunidad de estar con los muchachos mientras Steven se quedaba en casa.

Encontré algunas cosas más; tonterías como un bote de brillo de labios de cereza a medio usar, un par de diademas polvorientas. Mis viejos libros de Judy Blume estaban en la estantería y, escondidos detrás, estaban los de V. C. Andrews. Resolví dejarlo todo allí.

Lo que sí tenía que llevarme era a Junior Mint, mi viejo oso polar de peluche, el que Conrad había ganado para mí en el paseo hacía un millón de años. No podía

permitir que se deshicieran de él como si fuese basura. Durante un tiempo había sido especial para mí.

Me quedé arriba un rato, mirando mis cosas. Encontré algo más que valía la pena conservar. Un telescopio de juguete. Recuerdo el día en que me lo compró mi padre. Había sido en una de las pequeñas tiendas de antigüedades del paseo, era caro, pero dijo que debía tenerlo. Me pasé una temporada obsesionada con las estrellas y los cometas y las constelaciones, y pensó que de mayor podría convertirme en astrónoma. Resultó ser sólo una fase, pero fue divertido mientras duró. Me gustaba cómo me miraba entonces, como si hubiese salido a él, la hija de mi padre.

De vez en cuando aún me miraba así, cuando pedía tabasco en los restaurantes, cuando ponía la emisora de radio NPR sin que me lo pidiese. El tabasco me gustaba pero la NPR no tanto. La sintonizaba porque sabía que lo hacía sentir orgulloso.

Me alegraba de que mi padre no fuese el señor Fisher. Él nunca me habría chillado ni soltado palabrotas, ni se habría enfadado cuando habíamos derramado el Kool-Aid. No era ese tipo de persona. Nunca había valorado lo suficiente la clase de hombre que era.

Capítulo veintiocho

Mi padre rara vez iba a la casa de verano, tal vez un fin de semana de agosto, pero poco más. Nunca me había preguntado el porqué. Hubo un fin de semana en el que él y el señor Fisher coincidieron en la casa. Como si tuviesen mucho en común, como si fuesen amigos o algo así. No podían ser más diferentes. Al señor Fisher le gustaba hablar, hablar, hablar y mi padre solamente hablaba cuando tenía algo que decir. El señor Fisher siempre veía el canal de deportes, mientras que mi padre casi nunca veía la tele, y mucho menos deportes.

Los padres tenían planeado ir a un restaurante de lujo en Dyerstown. Los sábados por la noche tocaba una banda y tenía una pequeña pista de baile. Era extraño imaginarme a mis padres bailando. Nunca los había visto bailar, pero estaba segura de que el señor Fisher y Susannah bailaban continuamente. Los había visto una vez, en el salón. Recuerdo que Conrad se sonrojó y se dio la vuelta.

Estaba tumbada boca abajo en la cama de Susannah, observando cómo se arreglaban en el dormitorio principal. Susannah había convencido a mi madre de que se pusiera uno de sus vestidos; era rojo y tenía un profundo escote en *V*.

—¿Qué opinas, Beck? —preguntó mi madre, algo insegura. Se notaba que se sentía extraña. Normalmente llevaba pantalones.

—Creo que estás increíble. Te lo tendrías que quedar. El rojo es tu color, Laurel.

Susannah se estaba rizando las pestañas, tenía los ojos abiertos como platos delante del espejo.

Cuando se marchasen, practicaría con el rizador de pestañas. Mi madre no tenía. Sabía de memoria el contenido de su bolsa de maquillaje, una de esas bolsas verdes de plástico regalo-de-compra Clinique. Tenía manteca de cacao Burt's Bees, un lápiz de ojos, un tubo verde y rosa de máscara Maybelline y una botella de filtro solar con bronceador. Aburrido.

En cambio, el estuche de maquillaje de Susannah era un cofre del tesoro. Era de piel de serpiente azul marino con un pesado cierre de oro con sus iniciales grabadas. En su interior guardaba diminutas sombras de ojos, paletas, pinceles y muestras de perfume. Nunca tiraba nada. Disfrutaba repasándolo todo y organizándolo en filas, según el color. A veces, me regalaba un pintalabios o una sombra de ojos de muestra, nada muy oscuro.

—Belly, ¿quieres que te maquille los ojos? —me preguntó Susannah.

—¡Sí! —dije incorporándome.

—Beck, no le pongas ojos de prostituta como la última vez —dijo mi madre, pasándose el cepillo por el pelo húmedo.

Susannah hizo una mueca.

—Se llaman ojos ahumados, Laurel.

—Sí, mamá, ojos ahumados —repetí yo.

Susannah hizo un gesto con el dedo para que me acercase.

—Ven aquí, Belly.

Corrí hasta el baño y me subí a la encimera. Me encantaba sentarme allí con las piernas colgando, enterándome de todo, como las chicas mayores.

Metió el pincel en un bote de perfilador.

—Cierra los ojos —dijo.

Obedecí y Susannah arrastró el pincel por la línea de la pestaña, mezclando y difuminando con pericia el perfilador. Después me puso sombra de ojos en los párpados. Me removí nerviosa en mi asiento; me encantaba que Susannah me maquillase; no podía esperar al momento de la gran revelación.

—¿Vas a bailar con el señor Fisher esta noche? —pregunté.

—No sé. Tal vez —rió Susannah.

—Mamá, ¿y papá y tú?

Mi madre también se puso a reír.

—No sé. Seguramente no. A tu padre no le gusta mucho bailar.

—Papá es aburrido —declaré yo, intentando darme la vuelta para echar un vistazo a escondidas a mi nuevo *look*. Susannah apoyó las manos en mi espalda con delicadeza y me puso derecha.

—No es aburrido —explicó mi madre—. Lo que pasa es que tiene intereses distintos. Te gusta que te enseñe las constelaciones, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Sí.

—Y tiene mucha paciencia y siempre presta atención a tus historias —me recordó mi madre.

—Es cierto. Pero ¿eso qué tiene que ver con ser aburrido?

—Supongo que no mucho. Pero tiene mucho que ver con ser un buen padre, y creo que lo es.

—Sin lugar a dudas —convino Susannah, y ella y mi madre intercambiaron miradas por encima de mi cabeza—. Ya puedes mirarte.

Me volví de golpe. Tenía los ojos seductores, grises y misteriosos. Sentí que debería ser yo la que saliese a bailar.

—¿Ves?, no parece una prostituta —declaró Susannah triunfalmente.

—No, parece un mapache —repuso mi madre.

—No es verdad. Estoy misteriosa. Parezco una condesa.

Bajé de un salto de la encimera.

—Gracias, Susannah.

—Siempre que quieras, cariño.

Nos dimos un beso en el aire como dos damas de la alta sociedad. Después me dio la mano y me condujo a su cómoda. Me entregó su joyero y dijo:

—Belly, tienes un gusto impecable. ¿Me ayudas a escoger las joyas para esta noche?

Me senté en la cama con la caja de madera y escudriñé su contenido con atención. Encontré lo que buscaba, sus pendientes largos de ópalo con el anillo a conjunto.

—Ponte esto —sugerí, sujetando las joyas en la palma de la mano.

Susannah obedeció y se abrochó los pendientes. Mi madre apuntó:

—No sé si combinan.

Mirando atrás, yo también creo que no combinaban. Pero me gustaban tanto las joyas de ópalo... Eran mis favoritas.

Así que dije:

—Mamá, ¿qué sabrás tú de estilo?

Me alarmé al instante, pensando que la había hecho enfadar, pero lo dejó pasar, y además era cierto. Mi madre sabía tanto de joyas como de maquillaje.

Pero Susannah rió y mi madre también.

—Baje y comuniqué a los hombres que estaremos listas en cinco minutos, condesa —ordenó mi madre.

Salté de la cama e hice una reverencia exagerada.

—Sí, madre.

Ambas rieron. Mi madre dijo:

—Ve, diablilla.

Corrí escaleras abajo. Cuando era niña, siempre que iba a algún lado, corría.

—¡Ya casi están listas! —grité.

El señor Fisher le estaba mostrando a mi padre su nueva caña de pescar. Mi padre parecía aliviado de verme, y preguntó:

—Belly, ¿qué te han hecho?

—Susannah me ha maquillado. ¿Te gusta?

Mi padre me hizo señas para que me acercara, observándome con mirada seria.

—No estoy seguro. Pareces muy mayor.

—¿De verdad?

—Sí, muy muy mayor.

Intenté ocultar mi deleite mientras apoyaba la cabeza en el interior del brazo de mi padre. Para mí, el mayor cumplido que podían hacerme era que me dijese que era mayor.

Se marcharon poco después, los padres con sus chinos y camisa planchados, y las madres con sus vestidos veraniegos. El señor Fisher y mi padre no parecían tan distintos así vestidos. Mi padre me dio un abrazo de despedida y me dijo que si seguía despierta cuando regresaran, nos sentaríamos en el porche a buscar estrellas fugaces. Mi madre dijo que seguramente iban a llegar tarde, pero mi padre me guiñó un ojo.

Mientras salían, él le susurró algo al oído que hizo que mi madre tuviese que taparse la boca y reír por lo bajo, con una risa ronca. Me pregunto qué le contó.

Es una de las últimas veces que los recuerdo siendo felices. Ojalá lo hubiese disfrutado más.

Mis padres siempre habían sido una pareja estable, tan aburridos como pueden ser los padres. Nunca discutían. Los padres de Taylor discutían continuamente. Un día fui a una fiesta de pijamas a su casa y el señor Jewel llegó tarde y su madre se enfadó, así que se puso a zapatear por la casa en zapatillas y a hacer ruido en la cocina. Estábamos cenando y yo me hundía más y más en mi asiento, mientras Taylor hablaba de tonterías como si nada. Sobre si Verónica Gerard se había puesto los mismos calcetines dos días seguidos en clase de gimnasia o si debíamos presentarnos voluntarias para ser asistentes del equipo de fútbol al año siguiente.

Cuando sus padres se divorciaron, pregunté a Taylor si, en cierto modo, no se sentía aliviada. Dijo que no. Que aunque se peleaban continuamente, al menos seguían siendo una familia.

—Tus padres nunca discutían —dijo, y sentí el desdén en su voz.

Sabía a qué se refería. Yo también me lo preguntaba. ¿Cómo era posible que dos personas que habían estado profundamente enamoradas no discutiesen? ¿No se importaban lo suficiente como para pelear, no sólo entre ellos, sino también por su matrimonio? ¿Había sentido mi madre por mi padre alguna vez lo mismo que yo por Conrad? ¿Se sentía tan viva, alocada, tan borracha de ternura? Esas dudas me perseguían.

No quería cometer los mismos errores que mis padres. No quería que mi amor se desvaneciese un día y sólo quedase una cicatriz antigua. Quería que ardiese para siempre.

Capítulo veintinueve

Cuando me decidí a bajar, ya había oscurecido y Jeremiah había vuelto. Conrad y él estaban sentados en el sofá viendo la tele como si la pelea no hubiese ocurrido. Así era como lo resolvían los chicos. Siempre que Taylor y yo discutíamos, pasábamos al menos una semana entera enfadadas y protagonizábamos una lucha de poder sobre la custodia de nuestras amigas.

—¿Tú de qué lado estás? —exigíamos a Katie o a Marcy.

Nos decíamos cosas crueles que después no podíamos retirar y acabábamos llorando y haciendo las paces. Dudaba bastante que Conrad y Jeremiah hubiesen llorado mientras yo estaba en el piso de arriba.

Me preguntaba si yo también estaba perdonada por ocultarle un secreto a Jeremiah, por no escoger un lado, su lado. Porque tenía razón: habíamos llegado como compañeros, un equipo, y cuando me había necesitado, lo había dejado tirado.

Me quedé un momento junto a la escalera, sin estar segura de si debía unirme a ellos, pero entonces Jeremiah sonrió y supe que estaba perdonada. Sonrió, con una sonrisa de verdad, y una sonrisa sincera de Jeremiah podía derretir el helado. Le devolví la sonrisa, agradecida.

—Estaba a punto de ir a buscarte. Vamos a celebrar una fiesta —dijo.

Había una pizza encima de la mesa.

—¿Una fiesta con pizza? —pregunté.

Susannah celebraba fiestas con pizzas para nosotros los niños continuamente. Nunca había simplemente «pizza para cenar». Era un fiesta con pizza. Excepto que esta vez había cerveza. Y tequila. Ahí estábamos. Nuestra última noche. Habría sido más real si Steven también hubiese estado allí. Estaríamos todos, los cuatro juntos una vez más.

—Me he encontrado con gente en la ciudad. Se pasarán luego y traerán un barril.

—¿Un barril? —repetí.

—Sí. Un barril, ya sabes, de cerveza.

—Ah, sí. Un barril —dije yo.

Me senté en el suelo y abrí la caja de pizza. Sólo quedaba un trozo, y era pequeño.

—Mira que sois cerdos —comenté, metiéndomelo en la boca.

—Vaya, lo siento —dijo Jeremiah. A continuación, fue a la cocina y cuando regresó, llevaba tres tazas. Una la aguantaba con el interior del codo. Fue la que me dio a mí.

—Salud —dijo. También le pasó una taza a Conrad. La olisqueé con recelo. Era de un marrón claro con un trozo de lima flotando encima.

—Huele muy fuerte —comenté.

—Eso es porque es tequila —canturreó. Levantó su copa—. Por la última noche.

—Por la última noche —repetimos.

Ambos se bebieron las suyas de un solo trago. Yo tomé un sorbito de la mía y no estaba tan mal. Nunca había probado el tequila. Me bebí el resto de prisa.

—Está bueno. No es tan fuerte.

Jeremiah se echó a reír.

—Eso es porque el tuyo es un noventa y cinco por ciento agua.

Conrad también rió y yo les eché una mirada furiosa.

—No es justo. Yo quiero beber lo mismo que vosotros.

—Lo siento. No servimos a menores en esta casa —repuso Jeremiah sentándose a mi lado.

—Tú también eres menor, bobo. Todos los somos —protesté dándole un puñetazo en el hombro.

—Sí, pero tú lo eres de verdad. Mi madre me mataría.

Era la primera vez que uno de nosotros mencionaba a Susannah. Los ojos se me fueron directamente hacia Conrad, sin embargo su semblante seguía inexpresivo, así que solté un suspiro de alivio. Y entonces tuve una idea, la mejor de la historia. Me levanté de un salto y abrí las puertas del mueble del televisor. A continuación pasé los dedos por el lomo de los DVD y los vídeos caseros, cuidadosamente etiquetados con la caligrafía de Susannah. Encontré lo que buscaba.

—¿Qué haces? —preguntó Jeremiah.

—Espera un momento —contesté dándole la espalda. Encendí el televisor y metí el vídeo.

En la pantalla apareció Conrad, a los doce años. Con aparatos y un cutis terrible. Estaba tumbado en una toalla de playa, con el ceño fruncido. Aquel verano no permitió que nadie le hiciese fotos.

El señor Fisher estaba detrás de la cámara, como siempre, diciendo:

—Vamos. Di «feliz 4 de julio», Connie.

Jeremiah y yo nos miramos y empezamos a partirnos de risa. Conrad nos fulminó con la mirada. Fue a buscar el control remoto, pero su hermano lo cogió primero. Lo sostuvo por encima de su cabeza, riendo entrecortadamente. Los dos se pusieron a pelear, pero dejaron de hacerlo en seguida.

La cámara enfocaba a Susannah, con uno de sus enormes sombreros de playa y una camisa blanca larga sobre el bañador.

—Suze, cariño, ¿cómo te sientes hoy, en el aniversario de nuestro país?

—Déjalo ya, Adam —dijo poniendo los ojos en blanco—. Ve a grabar a los niños. —Y por debajo del sombrero, sonrió, con su sonrisa sosegada, profunda. La sonrisa de una mujer que amaba sinceramente a la persona que sujetaba la cámara. Conrad detuvo la pelea por el mando, la observó un momento y dijo:

—Apágalo.

—Venga ya, tío. Vamos a verlo —objetó Jeremiah.

Conrad no dijo nada, pero tampoco apartó la vista del televisor.

Y entonces la cámara me enfocó a mí, y Jeremiah volvió a desternillarse. Conrad también. Esto era lo que yo estaba esperando. Sabía que les sacaría unas risas.

Yo, con unas gafas enormes y un biquini a rayas con los colores del arco iris, mi tripa redonda sobresaliendo como la de un niño de cuatro años. Estaba chillando con todas mis fuerzas, huyendo de Steven y de Jeremiah. Me perseguían con lo que aseguraban era una medusa, pero que en realidad era un montón de algas.

El pelo de Jeremiah era de un rubio platino bajo el sol, exactamente como lo recordaba.

—Bells, pareces una pelota de playa —comentó, jadeando de risa.

—Cuidado con lo que dices. Ese verano fue genial. Todos nuestros veranos aquí fueron... increíbles.

Genial era poco.

En silencio, Conrad se levantó y volvió con el tequila. Nos sirvió un poco a cada uno y esta vez el mío no estaba aguado.

Nos lo bebimos de una vez y cuando tragué el mío, me ardió tanto la garganta que me empezaron a caer las lágrimas.

Conrad y Jeremiah se pusieron a reír otra vez.

—Sorbe la lima —me indicó Conrad, y así lo hice.

Pronto me sentí calentita, y perezosa y fantástica. Me tumbé en el suelo con el pelo en forma de abanico y contemplé el ventilador del techo girando y girando y girando.

Cuando Conrad se levantó para ir al baño, Jeremiah se dio la vuelta y dijo:

—Eh, Belly. Verdad o reto.

—No seas tonto.

—Vamos, juega conmigo, Bells, por favor.

—Reto —dije poniendo los ojos en blanco y enderezándome.

Sus ojos tenían un brillo embaucador. No le había visto esa expresión desde que Susannah enfermó.

—Te reto a que me beses como la última vez. He aprendido mucho desde entonces.

Reí. Eso no me lo esperaba.

Jeremiah ladeó la cabeza y me puse a reír otra vez. Me incliné, le levanté la

barbilla y lo besé en la mejilla con un sonoro chasquido.

—¡Ah, no! Eso no es un beso de verdad —protestó.

—No lo has especificado —dije, con las mejillas ardiendo.

—Venga ya, Bells. Así no es como nos besamos la última vez.

Conrad entró en la habitación, secándose las manos en los tejanos. Comentó:

—¿Qué haces, Jere? ¿Tú no tenías novia?

Miré a Jeremiah y tenía las mejillas coloradas.

—¿Tienes novia?

Oí la acusación en mi voz y la aborrecí. No era que Jeremiah me debiese ninguna explicación. No me pertenecía. Aunque siempre me hacía sentir como si así fuera.

Después de pasar todo ese tiempo juntos, no había mencionado ni una vez que tuviese novia. No me lo podía creer. Supuse que no era la única que tenía secretos y la idea me entristeció.

—Hemos roto. Ella irá a clase a Tulane y yo me quedaré por aquí. Decidimos que no tenía sentido seguir juntos.

Lanzó a Conrad una mirada de odio y después me volvió a mirar.

—Y hemos roto como mil veces. Está loca.

Detestaba la idea de que estuviese con una chica alocada, una chica que le gustaba lo suficiente como para invitarla a salir una y otra vez.

—Y bien, ¿cómo se llama?

—Mara —dijo por fin después de un titubeo.

El alcohol que llevaba dentro me dio el coraje para preguntar:

—¿La quieres?

Esta vez no dudó.

—No —respondió.

Cogí un trozo de corteza de la pizza y dije:

—Vale, mi turno. Conrad, ¿verdad o reto?

Estaba tumbado boca abajo en el sofá.

—No he dicho que fuese a jugar.

—Gallina —soltamos Jeremiah y yo al mismo tiempo.

—Gafe —dijimos a la vez.

—Sois un par de niños pequeños —rezongó Conrad.

Jeremiah se puso de pie y empezó a interpretar su baile de la gallina.

—Co, co, coooo, coricó.

—Verdad o reto —insistí.

—Verdad —gruñó.

Estaba tan contenta de que Conrad jugase con nosotros que no se me ocurría nada bueno que preguntar. Quiero decir que había un millón de cosas que quería

preguntarle. Quería saber qué nos había pasado, si le había gustado alguna vez, si había sido real. Pero no podía preguntarle todo eso. Lo comprendía incluso sumergida en la bruma del tequila. En su lugar, pregunté:

—¿Te acuerdas del verano en el que te gustó esa chica que trabajaba en el paseo, Angie?

—No —contestó, pero sabía que mentía—. ¿Qué pasa con ella?

—¿Al final os enrollasteis?

Conrad levantó por fin la cabeza del sofá.

—No —respondió.

—No te creo.

—Lo intenté una vez. Pero me pegó en la cabeza y dijo que no era de esa clase de chicas. Creo que era Testigo de Jehová o algo así.

Jeremiah y yo nos partimos de risa; Jeremiah se dobló por la mitad y cayó de rodillas.

—Tío, eso es genial.

Y lo era. Sabía que era porque se había bebido como una caja entera de cerveza, pero que Conrad se soltara, que nos contara cosas, era increíble. Como un milagro.

Conrad se apoyó sobre un codo.

—Vale. Mi turno.

Me estaba mirando como si estuviésemos solos en la habitación, y de repente me sentí aterrorizada. Y eufórica. Pero eché un vistazo a Jeremiah, observándonos a los dos e igual de repentinamente se me pasó. Solemnemente, le expliqué:

—No. No puedes preguntarme porque yo acabo de preguntarte a ti. Es la ley.

—¿La ley? —repitió.

—Sí —respondí apoyando la cabeza en el sofá.

—¿No tienes curiosidad por saber lo que te iba a preguntar?

—No. Ni un poquito. —Lo cual era mentira. Claro que tenía curiosidad. Me moría por saberlo.

Alargué el brazo, me serví un poco más de tequila y me puse de pie; me temblaban las rodillas, estaba un poco mareada.

—¡Por nuestra última noche!

—Ya hemos brindado por eso, ¿te acuerdas? —dijo Jeremiah.

Le saqué la lengua.

—Bueno, pues... —el tequila me había vuelto valiente. Esta vez me permitió decir lo que deseaba decir en realidad. Lo que había estado pensando toda la noche— para los que... no están aquí esta noche. Mi madre, Steve, y Susannah por encima de todo. ¿Vale?

Conrad alzó la vista. Por un segundo, temí lo que fuese a decir. Y entonces levantó

la copa y Jeremiah también. Bebimos de nuestras copas a la vez y ardía como fuego líquido. Tosí un poco.

Cuando me senté, pregunté a Jeremiah:

—¿Quién viene a la fiesta?

Se encogió de hombros.

—Alguna gente de la piscina del club de campo que conocimos el verano pasado. Se lo dirán a otros también. Ah, y Mikey y Pete, y toda esa gente.

Me pregunté quiénes serían «Mikey y Pete, y toda esa gente». También me pregunté si debía arreglarme antes de que llegasen.

—¿A qué hora van a venir? —pregunté a Jeremiah.

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Las diez? ¿Las once?

—¡Ya son casi las nueve! Tengo que vestirme —y me levanté de un salto.

Conrad dijo:

—¿No vas vestida?

No me molesté en contestarle. Subí la escalera corriendo.

Capítulo treinta

Tenía los contenidos de la bolsa de viaje esparcidos por el suelo cuando me llamó Taylor. Entonces recordé que era sábado. Parecía que había pasado mucho más tiempo. Después me acordé de que era 4 de julio. Y se suponía que tenía que estar en el barco con Taylor, Davis y los demás. Vaya.

—Hola, Taylor —dije yo.

—Hola, ¿dónde estás? —Taylor no sonaba enfadada, lo que ya de por sí resultaba peculiar.

—Mmm, sigo en Cousins. Siento no haber llegado a tiempo para la fiesta en el barco.

Saqué una blusa de seda que dejaba un hombro al descubierto de la pila de ropa y me la probé. Siempre que se la ponía, Taylor se recogía el pelo a un lado.

—Ha llovido todo el día, así que hemos cancelado la fiesta en el barco. Cory celebrará una fiesta en el apartamento de su hermano. ¿Y tú?

—Creo que también vamos a celebrar una fiesta. Jeremiah ha comprado un montón de cerveza y de tequila —dije yo, ajustándome la blusa. No estaba segura de cuánto hombro debía enseñar.

—¿Una fiesta?! —chilló—. ¡Quiero ir!

Intenté meter el pie en una de las sandalias de plataforma de Taylor. Ojalá no hubiese mencionado la fiesta, ni el tequila. Últimamente, Taylor estaba loca por los chupitos de tequila.

—¿Qué pasa con la fiesta de Cory? Me dijeron que el apartamento de su hermano tenía un *jacuzzi*. A ti te encantan los *jacuzzis* —repuse.

—Ah, sí. Mierda. ¡Pero también quiero ir de fiesta con vosotros! Las fiestas en la playa son las mejores. Además, Rachel Spiro me dijo que unas pendonas de primero iban a venir. No vale la pena ni acercarse. ¡Debería subirme en el coche y conducir hasta Cousins!

—Cuando llegues, todo el mundo se habrá marchado. Será mejor que vayas a la fiesta de Cory.

Un coche había aparcado en la entrada. La gente estaba empezando a llegar. Así que tampoco era que la estuviera engañando.

Estaba a punto de decirle a Taylor que tenía que dejarla cuando dijo en voz baja:

—¿No quieres que vaya?

—Yo no he dicho eso.

—Básicamente acabas de hacerlo.

—Taylor —comencé, pero no supe cómo continuar. Porque tenía razón. No quería que viniese. Si lo hacía, sería el centro de atención, como siempre. Ésa era mi última noche en Cousins, en esa casa. Nunca volvería a estar en su interior. Quería que la noche girase en torno a mí, a Conrad y a Jeremiah.

Taylor esperó a que dijese algo, que al menos lo negara, pero cuando no lo hice, espetó:

—No puedo creer lo egoísta que eres, Belly.

—¿Yo?

—Sí, tú. Te quedas tu casa de verano y tus chicos del verano para ti sola y no quieres compartirlos conmigo. ¡Por fin podemos pasar el verano juntas y ni te importa! Lo único que te interesa es estar en Cousins, con ellos.

Su voz estaba llena de rencor. Pero en lugar de sentirme culpable como era habitual, me sentí irritada.

—Taylor.

—Deja de pronunciar mi nombre en ese tono.

—¿Cómo?

—Como si fuese una niña.

—Bueno, entonces no debes comportarte como si lo fueras sólo porque no te han invitado a un sitio.

En cuanto lo dije, me arrepentí.

—¡Vete a la mierda, Belly! He tenido que aguantar mucho contigo. Eres una mejor amiga horrible, ¿lo sabías?

Resoplé con fuerza.

—Taylor... cállate.

Soltó un grito ahogado.

—¡No te atrevas a hacerme callar! No he hecho más que apoyarte, Belly. He escuchado todas tus historias con Conrad sin quejarme. Cuando rompisteis, ¿quién fue la que te dio helado con cuchara y te sacó de la cama? ¡Yo! Y ni siquiera me valoras. Ya no eres ni divertida.

—Vaya, Taylor, siento mucho no ser divertida. Es lo que pasa cuando muere alguien a quien quieres —dije rezumando sarcasmo.

—No hagas eso. No le echas la culpa a esa circunstancia. Has estado persiguiendo a Conrad desde que te conozco. Ya se ha vuelto patético. ¡Supéralo! No le gustas. Quizá nunca le gustaste.

Eso fue lo más cruel que me había dicho jamás. Posiblemente se habría disculpado si yo no le hubiese replicado:

—¡Al menos, yo no entregué mi virginidad a un tío que se afeita las piernas!

Sofocó un grito. Taylor me había contado en confianza que Davis se afeitaba las piernas para el equipo de natación. Permaneció en silencio durante un segundo y después dijo:

—Será mejor que no te pongas mis plataformas.

—Demasiado tarde. ¡Ya las llevo puestas!

Y colgué.

No podía creerlo. Taylor era la amiga horrible, no yo. La egoísta era ella. Estaba tan enfadada que me temblaba la mano mientras me ponía la sombra de ojos y tuve que limpiármela y volver a empezar. Me puse la blusa de Taylor y sus zapatos y también me recogí el pelo a un lado. Lo hice porque sabía que eso la cabrearía.

Y por último, me puse el collar de Conrad. Lo escondí bajo la blusa y bajé.

Capítulo treinta y uno

—Bienvenido —dije a un chico con una camiseta de Led Zeppelin.

»Me gustan tus botas —comenté a una chica que llevaba botas de cowboy.

Deambulé por la habitación, pasando bebidas y tirando latas vacías a la basura. Conrad me observaba con los brazos cruzados.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Intento que todo el mundo se sienta cómodo —expliqué, ajustándome la blusa de Taylor. Susannah era una anfitriona excelente. Tenía la capacidad de hacer que todos se sintieran bienvenidos, apreciados. Las palabras de Taylor aún me daban vueltas por la cabeza. No era egoísta. Era una buena amiga, una buena anfitriona. Se lo iba a demostrar.

Cuando Travis de Video World puso los pies en la mesilla y casi vuelca un jarrón, aullé:

—Ten cuidado y aparta los pies de los muebles. —En el último momento, añadí —: Por favor.

Estaba a punto de volver a la cocina en busca de más bebidas cuando la vi. La chica del último verano. Nicole, la que le gustaba a Conrad, estaba de pie en la cocina charlando con Jeremiah. No llevaba puesta la gorra de los Red Sox, pero habría reconocido su perfume en cualquier lugar. Olía a extracto de vainilla y a rosas en proceso de descomposición.

Conrad debió de verla al mismo tiempo, porque retuvo el aliento y masculló:

—Mierda.

—¿Le rompiste el corazón? —pregunté. Intentaba sonar burlona y despreocupada.

Debí de conseguirlo porque me dio la mano, agarró una botella de tequila y dijo:

—Salgamos de aquí.

Lo seguí como en un trance, como sonámbula. Porque era como un sueño, su mano en la mía. Casi habíamos logrado escapar cuando Jeremiah nos vio. El corazón me dio un vuelco. Hizo un ademán para que fuésemos y gritó:

—¡Eh! Venid a saludar.

Conrad me soltó la mano, pero no el tequila.

—Hola, Nicole —dijo, aproximándose a ella. Yo cogí un par de cervezas y lo seguí.

—Ah, hola, Conrad —dijo Nicole, simulando sorpresa, como si no lo hubiese estado vigilando desde que habíamos entrado en la cocina. Se puso de puntillas y lo

abrazó.

Jeremiah me miró y levantó una ceja, divertido. Me sonrió.

—Belly, te acuerdas de Nicole, ¿verdad?

—Desde luego —respondí. Le sonreí. «La anfitriona perfecta —me recordé a mí misma—. Desinteresada.»

Me devolvió una sonrisa recelosa. Le pasé una de las cervezas que sostenía.

—Salud —dije, abriendo la mía.

—Salud —repitió. Entrechocamos las latas y bebimos. Bebí la mía de prisa. Cuando la terminé, abrí otra y también la engullí.

De repente, la casa parecía demasiado silenciosa, así que encendí el estéreo. Subí el volumen de la música y me quité los zapatos de un puntapié. Susannah siempre decía que sin baile no había fiesta. Agarré a Jeremiah, le pasé el brazo por el cuello y empecé a bailar.

—Belly... —protestó.

—¡Baila, Jere! —grité.

Así que lo hizo. Además era buen bailarín. Otra gente comenzó a bailar, incluso Nicole. Pero no Conrad, aunque no me importó. Casi ni me di cuenta.

Bailé como si fuese 1999. Como si se me estuviese rompiendo el corazón, lo que en cierto modo era verdad. Pero sobre todo sacudí el pelo de un lado al otro sin parar.

Estaba bastante sudada cuando sugerí:

—¿Podemos nadar en la piscina? ¿Una última vez?

Jeremiah dijo:

—A hacer puñetas la piscina. Vamos a nadar en el océano.

—¡Sí!

Me pareció una idea genial. La idea perfecta.

—No —objetó Conrad, saliendo de la nada. De repente, estaba a mi lado—. Belly está borracha. No debería nadar.

—Pero quiero hacerlo —protesté mirándolo y frunciendo el ceño.

—¿Y qué? —Se puso a reír.

—Mira, soy una gran nadadora. Y no estoy borracha —alegué. Empecé a caminar en una línea semirrecta para demostrarlo.

—Lo siento mucho —dijo él—. Pero lo estás.

Tonto, aburrido Conrad. Se ponía serio en los peores momentos.

—No sabes divertirte.

Eché un vistazo a Jeremiah, que estaba sentado en el suelo.

—No sabe divertirse. Y no es nuestro jefe. ¿Verdad, gente?

Antes de que Jeremiah o cualquier otro pudiese contestar, corrí directa a las

puertas correderas, bajé los escalones a trompicones y eché una carrera hasta la playa. Me sentía como un cometa, un relámpago en el cielo, como si no hubiese usado los músculos en años y necesitase estirar las piernas y correr.

La casa, completamente iluminada y llena de gente, parecía estar a un millón de kilómetros de distancia. Sabía que vendría detrás de mí. No necesitaba darme la vuelta para saber que era él. Pero de todas maneras lo hice.

—Regresa a la casa —dijo Conrad. Tenía la botella de tequila en la mano. Se la arrebaté y tomé un trago como si fuese el tipo de chica que bebe directamente de la botella.

Estaba orgullosa de mí misma por no haberlo escupido. Di un paso hacia el agua, con una gran sonrisa en la cara. Lo estaba poniendo a prueba.

—Belly, te estoy avisando, no pienso sacar tu cadáver del océano cuando te ahogues —me advirtió.

Le hice una mueca y metí el pie. El agua estaba más fría de lo que pensaba. De repente, nadar no me pareció una idea tan buena. Pero no soportaba tener que echarme atrás delante de Conrad. Odiaba perder contra él.

—¿Vas a detenerme?

Suspiró y echó un vistazo a la casa.

Seguí adelante, tomé otro trago de tequila. Cualquier cosa para que me prestase atención.

—Además, soy mejor nadadora que tú. Soy mucho más veloz. No me atraparías aunque quisieras.

Me volvió a mirar.

—No voy a ir tras de ti.

—¿De verdad? ¿No vas a venir?

Di una zancada y después otra. El agua me llegaba hasta las rodillas. La marea era baja y estaba temblando de frío. Era una estupidez. Ya ni siquiera quería nadar. No sabía lo que hacía. A lo lejos, en la otra punta de la playa, alguien lanzó un cohete. Sonó como un misil. Era como un sauce llorón de plata. Contemplé cómo se hundía en el océano.

Y justo cuando empezaba a sentirme decepcionada, justo cuando me había resignado al hecho de que yo no le importaba, fue hacia mí. Me aupó sobre su hombro. Solté la botella en el océano.

—¡Suéltame! —chillé, golpeándolo en la espalda.

—Belly, estás borracha.

—Bájame ahora mismo.

Y por una vez, me hizo caso. Me soltó, sobre la arena, de culo.

—¡Ay! ¡Qué daño!

Tampoco dolía tanto, pero estaba enfadada, más que eso, avergonzada. Le tiré arena con los pies y el viento me la devolvió al momento.

—¡Imbécil! —grité, echando humo y escupiendo arena.

Conrad sacudió la cabeza con incredulidad y me dio la espalda. Tenía los tejanos mojados. Se iba a marchar. Se iba a marchar de verdad. Lo había echado todo a perder otra vez.

Cuando me levanté, me sentí tan mareada que casi me vuelvo a caer.

—Espera —dije yo; me temblaban las rodillas. Me aparté el pelo lleno de arena de la cara y tomé aliento. Tenía que decirlo, tenía que decírselo. Era mi última oportunidad.

Se volvió. Su rostro era una puerta cerrada.

—Espera un segundo, por favor. Tengo que decirte una cosa. Siento mucho cómo me comporté ese día. —Mi voz sonaba aguda y desesperada, y estaba llorando, lo detestaba, pero no podía evitarlo. Tenía que seguir hablando, porque ahí acababa todo. La última oportunidad.

—En... en el funeral, fui horrible contigo. Fui espantosa y no era como quería que fuesen las cosas, en absoluto. Quería, de verdad de verdad, estar allí para ti. Por eso fui a buscarte.

Conrad parpadeó una y otra vez.

—No pasa nada.

Me sequé las mejillas y la nariz llena de mocos. Y dije:

—¿Va en serio? ¿Me perdonas?

—Sí —me aseguró—. Te perdono. Deja ya de llorar, ¿vale?

Me arrimé a él, un paso y otro y otro más y no se apartó. Estábamos lo bastante cerca como para besarnos. Retuve el aliento, deseaba tanto que las cosas fuesen como antes...

Di un paso más, y entonces dijo:

—Volvamos a la fiesta, ¿vale?

Conrad no esperó mi respuesta. Simplemente empezó a andar y yo lo seguí. Tenía ganas de vomitar.

Así de fácil, el momento había pasado. Fue un momento en el que podría haber ocurrido casi cualquier cosa. Pero él le había puesto fin.

En la casa, la gente había empezado a bañarse vestida en la piscina. Algunas chicas agitaban bengalas. Clay Bertolet, nuestro vecino, estaba flotando en el borde de la piscina con una de sus camisetas de tirantes. Me agarró del tobillo.

—Vamos, Belly, nada conmigo —dijo.

—Suéltame —respondí, desembarazándome de él de un puntapié y salpicándole la cara en el proceso.

Me abrí camino por entre la gente que estaba en el porche y por el interior de la casa. Pisé a una chica sin querer y se puso a gritar.

—Lo siento —dije yo, pero mi voz sonaba muy lejana. Estaba muy mareada. Solamente quería llegar a mi cama.

Subí a gatas la escalera, como un cangrejo, como solía hacer de pequeña. Me dejé caer en la cama y fue exactamente como en las películas: la habitación se puso a girar. La cama no paraba de dar vueltas, y entonces recordé todas las estupideces que había dicho y me puse a llorar.

Me había puesto en ridículo en la playa. Todo era devastador: que Susannah ya no estaba, que la casa ya no nos pertenecía, que le hubiese dado otra oportunidad a Conrad para rechazarme. Taylor tenía toda la razón: era una masoquista.

Me tumbé de lado, me abracé las piernas contra el pecho y lloré. Todo iba mal, especialmente yo. De golpe, lo único que deseaba era estar con mi madre.

Alargué el brazo y cogí el teléfono de la mesilla de noche. Los números se iluminaron en la oscuridad. Mi madre contestó al cuarto timbre.

Sonaba soñolienta y tan familiar que me hizo sollozar con más fuerza. Más que nada en el mundo, deseaba meter la mano en el teléfono y arrastrarla hasta allí.

—Mami —dije, pero me salió como un graznido.

—¿Belly? ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

—En casa de Susannah. En la casa de verano.

—¿Qué? ¿Qué haces en la casa de verano?

—El señor Fisher va a venderla. Va a venderla y Conrad está muy triste y al señor Fisher no le importa. Sólo quiere librarse de la casa. Librarse de ella.

—Belly, frena un poco. No oigo lo que dices.

—Ven y ya está, ¿vale? Ven y arréglalo, por favor.

Y entonces colgué, porque de repente el teléfono me pesaba mucho. Parecía que estaba en un tiovivo, pero no en el buen sentido. Alguien estaba lanzando petardos y sentí que la cabeza me latía al mismo ritmo. Cerré los ojos y fue peor. Pero los párpados también me pesaban, y al cabo de nada ya estaba dormida.

Capítulo treinta y dos

Jeremiah

Poco después de que Belly se fuese a dormir, eché a todo el mundo y nos quedamos Conrad y yo solos. Él estaba tumbado boca abajo en el sofá. Llevaba en esa posición desde que Belly y él regresaron de la playa. Los dos estaban mojados y llenos de arena. Belly estaba como una cuba y me di cuenta de que había llorado. Tenía los ojos rojos. Culpa de Conrad, sin duda.

La gente había arrastrado arena de la playa y estaba por todas partes. Había botellas y latas repartidas por toda la casa, alguien se había sentado en el sofá con una toalla mojada y había una mancha naranja enorme en el cojín. Le di la vuelta.

—La casa está hecha un desastre —dije, dejándome caer en el sillón reclinable—. Papá flipará cuando lo vea mañana.

Conrad no abrió los ojos.

—Da igual. Mañana lo limpiaremos.

Lo miré fijamente, cabreado. Estaba harto de limpiar sus enredos.

—Tardaremos horas.

Abrió los ojos.

—Los invitaste tú.

Tenía razón. La fiesta había sido idea mía. El desorden no era lo que me molestaba. Era Belly. Él y ella juntos. Me ponían enfermo.

—Tienes los tejanos mojados. Vas a llenar el sofá de arena.

Conrad se enderezó, restregándose los ojos.

—¿Qué problema tienes?

Ya no podía más. Iba a marcharme, pero me quedé donde estaba.

—¿Qué narices ha pasado en la playa?

—Nada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada quiere decir nada. Déjalo ya, Jere.

Detestaba que se pusiera de esa forma, todo estoico y distante, especialmente cuando yo estaba enojado. Siempre había sido así, pero en los últimos tiempos cada vez iba a más. Cuando nuestra madre murió, Conrad cambió. Nada ni nadie le importaban una mierda. Me pregunté si eso incluía a Belly.

Tenía que saberlo. Sobre lo suyo, cómo se sentía en realidad, qué iba a hacer al respecto. Era el no saberlo lo que me mataba.

Así que se lo pregunté directamente:

—¿Te sigue gustando?

Se me quedó mirando. Lo había dejado de piedra. Nunca lo habíamos hablado, no así. Pillarlo desprevenido sería positivo, quizá así me contaría la verdad.

Si decía que sí, habría acabado. Si decía que no, renunciaría a ella. Podía vivir con eso. Si fuese cualquier otro y no Conrad, lo habría intentado igualmente. Habría hecho un último intento.

En vez de responder a la pregunta, dijo:

—¿Y a ti?

Sentí como me ponía rojo.

—No fui yo el que la llevó al puñetero baile.

Conrad lo caviló un segundo y contestó:

—Sólo la llevé porque me lo pidió.

—Con. ¿Te gusta o no, tío?

Vacilé un momento y luego me lancé:

—Porque a mí sí. Me gusta. Me gusta de verdad. ¿Y a ti?

No parpadeó, ni siquiera vaciló:

—No.

Me cabreó de verdad.

Era una trola. Le gustaba. Incluso más que eso. Pero no era capaz de admitirlo, de ponerse a la altura de las circunstancias. Conrad nunca sería ese hombre, el tipo de hombre que Belly necesitaba. Alguien que estuviese a su lado, alguien en quien pudiese confiar. Yo podía serlo. Si me lo permitía, yo podría ser ese hombre.

Estaba enfadado con él, pero debo admitir que también estaba aliviado. No importaba cuántas veces le hiciera daño; si quería recuperarla, era suya. Siempre lo había sido. Pero quizá ahora que Conrad no se interponía, Belly también me vería a mí.

Capítulo treinta y tres

5 de julio

—Belly.

Intenté darme la vuelta, pero entonces volví a oírlo, esta vez más fuerte.

—¡Belly!

Alguien me estaba zarandeando para despertarme.

Abrí los ojos. Era mi madre. Tenía círculos oscuros bajo los ojos y sus labios formaban una delgada línea. Llevaba el chándal de ir por casa, el que nunca se ponía para salir, ni tan sólo para ir al gimnasio. ¿Qué demonios estaba haciendo en la casa de verano?

Se oía un pitido que al principio confundí con el despertador, pero después comprendí que había tirado el teléfono y que lo que oía era la señal de ocupado. Entonces me acordé. Había llamado a mi madre estando borracha. Yo la había llevado hasta allí.

Me senté; la cabeza me palpitaba de tal manera que era como si tuviese el corazón martilleando en su interior. Así que esto era una resaca. Me había dejado las lentillas puestas y me ardían los ojos. Tenía arena por toda la cama y también pegada a los pies.

Mi madre se puso de pie; era una gran mancha borrosa.

—Tienes cinco minutos para recoger tus cosas.

—Espera... ¿Qué?

—Nos vamos.

—Pero no puedo marcharme todavía. Tengo que...

Era como si no pudiese oírme, como si me hubiese quedado muda. Empezó a recoger cosas del suelo, metiendo las sandalias y los *shorts* de Taylor en la bolsa.

—¡Mamá, para! ¡Para un momento!

—Nos vamos en cinco minutos —repitió, echando una ojeada a la habitación.

—Escúchame un segundo. Tenía que venir. Jeremiah y Conrad me necesitaban.

La expresión de mi madre hizo que frenara en seco. Nunca la había visto tan enfadada.

—¿Y no creíste necesario explicármelo? Beck me pidió que cuidara de los chicos. ¿Cómo voy a hacerlo si ni sé que necesitan mi ayuda? Si se habían metido en un lío, me lo deberías haber contado. En vez de eso, decidiste engañarme. Mentiste.

—No quería mentirte...

Siguió adelante.

—Dios sabe qué habrás estado haciendo...

Me quedé mirándola. No podía creer lo que acababa de decir.

—¿Qué quieres decir con «Dios sabe qué»?

Mi madre se dio la vuelta como un torbellino.

—¿Qué quieres que piense? ¡Ya te escabulliste una vez con Conrad y pasaste la noche con él! Así que dímelo tú. ¿Qué haces aquí con él? Porque a mí me parece que me engañaste para venir aquí, emborracharte y tontear con tu novio.

La odiaba. La odiaba tanto...

—¡No es mi novio! ¡No tienes ni idea de nada!

La vena en la frente de mi madre estaba palpitando.

—Me llamas a las cuatro de la madrugada, borracha. Te llamo al móvil y me envía directamente al buzón de voz. Llamo al teléfono fijo y da señal de ocupado. Conduzco toda la noche, muerta de preocupación, y llego aquí y la casa está hecha un desastre. Latas de cerveza y basura por todas partes. ¿Qué estás haciendo, Isabel? ¿C es que no tienes ni idea?

Las paredes de la casa eran muy delgadas. Se oía todo. Dije:

—Íbamos a limpiarla. Ésta era nuestra última noche aquí. El señor Fisher va a vender la casa. ¿Te da igual?

Sacudió la cabeza; tenía la mandíbula apretada.

—¿De verdad crees que ayudas metiéndote en medio? Eso no es asunto nuestro. ¿Cuántas veces tengo que explicártelo?

—Claro que es asunto nuestro. ¡Susannah habría querido que salvásemos la casa!

—No me hables de lo que Susannah habría querido —espetó mi madre—. Ahora, vístete y recoge tus cosas. Nos vamos.

—No.

Me subí el edredón hasta los hombros.

—¿Cómo?

—He dicho que no. ¡No pienso irme!

Le aguanté la mirada con toda la actitud desafiante de que fui capaz, pero notaba que me temblaba la barbilla.

Se dirigió resuelta hacia mí y me arrancó las sábanas del cuerpo. Me asió el brazo, me sacó de la cama y me arrastró hasta la puerta, pero giré el brazo y me desembaracé de ella.

—No me puedes obligar a marcharme —sollocé—. No tienes derecho a mandarme nada.

Mis lágrimas no conmovieron a mi madre. Sólo sirvieron para enojarla aún más.

—Te estás comportando como una mocosa consentida. ¿No puedes ver más allá de tu propio dolor y pensar en los demás? No se trata solamente de ti. Todos perdimos a Beck. Que te compadezcas de ti misma no ayuda a nadie.

Sus palabras dolían tanto que quise devolverle la herida un millón de veces. Así que dije lo que sabía que más daño le iba a hacer. Dije:

—Ojalá Susannah hubiese sido mi madre, y no tú.

¿Cuántas veces lo había pensado, lo había deseado en secreto? Cuando era pequeña, era a Susannah a quien yo acudía, no a ella. A menudo me preguntaba cómo sería tener una madre como Susannah que me quisiera por mí misma, y a la que no decepcionaran las mil maneras en que yo no daba la talla.

Estaba respirando con fuerza mientras esperaba la respuesta de mi madre. Que lloraría o me gritaría.

No hizo ninguna de las dos cosas. En su lugar, respondió:

—Es una desgracia para ti.

Ni aun esforzándome al máximo conseguía sacarle la reacción que deseaba de ella. Era impenetrable.

—Susannah nunca te perdonará, lo sabes. Por abandonar a sus muchachos —solté.

Alargó la mano y me golpeó la mejilla con tanta fuerza que me balanceé hacia atrás. No lo había visto venir. Me apreté las manos contra la cara y lloré, pero parte de mí estaba satisfecha. Por fin había conseguido lo que buscaba. Una prueba de que sentía algo.

Tenía el semblante pálido. Nunca me había pegado. Jamás en toda mi vida.

Esperé a que se disculpara. A que dijera que no había tenido intención de hacerme daño, que no quería decir las cosas que había dicho. Si lo decía, yo también lo haría. Porque lo sentía. Y no pensaba en serio lo que le había dicho.

Como no dijo nada, me aparté de ella y pasé por su lado, sujetándome la cara. Y salí corriendo de la habitación, dando un traspie por el pasillo.

Jeremiah estaba de pie en el vestíbulo, observándome con la boca abierta. Me miró como si no me reconociese, como si no conociese a esa persona, esa chica que gritaba a su madre y decía cosas terribles.

—Espera —suplicó, alargando el brazo para detenerme.

Lo empujé a un lado y bajé la escalera. Conrad estaba en el salón recogiendo latas y metiéndolas en una bolsa azul de reciclaje. No me miró. Sabía que también lo había escuchado todo.

Salí corriendo por la puerta de atrás y casi tropiezo escaleras abajo de camino a la playa. Me hundí en la arena, sosteniendo con la mano la mejilla que me ardía. Y después, vomité.

Oí a Jeremiah acercándose por detrás. De inmediato supe que era él porque Conrad sabía que era mejor no seguirme.

—Quiero estar sola —señalé, limpiándome la boca. No me di la vuelta, no quería que me viese la cara.

—Belly —empezó. Se sentó a mi lado y echó arena sobre el vómito.

Como siguió sin decir nada, lo miré.

—¿Qué?

Se mordió el labio superior. Alargó el brazo y me tocó la mejilla. Sus dedos eran muy cálidos. Parecía tan triste...

—Deberías marcharte con tu madre.

Yo no sé lo que estaba esperando que dijera, pero no era eso. Había ido hasta allí y me había metido en tantos líos para ayudarlo a él y a Conrad, ¿y ahora quería que me fuese? Me empezaron a manar lágrimas de los ojos y me las sequé con el dorso de la mano.

—¿Por qué?

—Porque Laurel está muy disgustada. Todo se ha ido a la mierda y es por mi culpa. No tendría que haberte pedido que vinieras. Lo siento.

—No pienso marcharme.

—Dentro de poco no tendremos alternativa.

—¿Y eso es todo?

Se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí.

Nos quedamos sentados en la arena un rato. Nunca me había sentido tan perdida. Lloré un poco más, Jeremiah no dijo nada, y se lo agradecí en silencio. No hay nada peor que un amigo viéndote llorar después de una pelea con tu madre. Cuando terminé, se puso de pie y me dio la mano.

—Vamos —dijo, ayudándome a levantarme.

Volvimos a entrar en la casa. Conrad no estaba y el salón se veía limpio. Mi madre estaba fregando el suelo de la cocina. Al verme, se detuvo. Metió la fregona en el cubo y la apoyó en la pared.

Delante mismo de Jeremiah dijo:

—Lo siento.

Lo miré, y él retrocedió, salió de la cocina y subió la escalera. Casi lo detuve. No quería estar sola con ella. Estaba asustada.

—Tienes razón. He estado ausente. He estado tan sumida en mi propio dolor que no he estado a tu lado. Lo siento mucho —prosiguió ella.

—Mamá... —comencé. Iba a decirle que yo también lo sentía por haber dicho aquello tan terrible que deseaba poder retirar. Pero levantó la mano y me hizo

detenerme.

—Estoy... perdida. Desde la muerte de Beck, no he sido capaz de recuperar mi equilibrio. —Apoyó la cabeza en la pared—. He estado viniendo aquí desde que era más joven de lo que tú eres ahora. Adoro esta casa. Ya lo sabes.

—Lo sé. Lo que he dicho antes no iba en serio —dije.

Mi madre asintió.

—Vamos a sentarnos un minuto, ¿de acuerdo?

Ella se sentó a un lado de la mesa de la cocina y yo al otro.

—No debería haberte pegado —dijo con la voz entrecortada—. Lo siento.

—Nunca antes lo habías hecho.

—Lo sé.

Mi madre me tomó la mano a través de la mesa, y la arropó en la suya. Al principio estaba agarrotada, pero después permití que me consolara. Se notaba que para ella también era un consuelo. Permanecimos así sentadas un buen rato.

Al soltarme, dijo:

—Me mentiste, Belly. Nunca lo habías hecho.

—No quería hacerlo. Pero Conrad y Jeremiah son importantes para mí. Me necesitaban, así que vine.

—Me hubiera gustado que me lo explicases. Los muchachos de Beck también son importantes para mí. Si ocurre algo, quiero saberlo. ¿Vale?

Asentí. A continuación, preguntó:

—¿Lo tienes todo recogido? Quiero evitar las retenciones de tráfico de los domingos.

Me quedé mirándola.

—Mamá, no podemos irnos sin más con lo que está ocurriendo. No puedes permitir que el señor Fisher venda la casa. No puedes.

Se le escapó un suspiro.

—No sé si puedo hacer algo para que cambie de idea, Belly. Adam y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas. No puedo impedirle que venda la casa si está empeñado en esa idea.

—Sí que puedes, sé que puedes hacerlo. A ti te escucharé. Conrad y Jeremiah necesitan esta casa. La necesitan.

Apoyé la cabeza en la mesa, la madera suave y fresca contra mi mejilla. Mi madre me acarició la cabeza, pasando los dedos por mi pelo enredado.

—Lo llamaré —dijo por fin—. Ahora sube arriba y date una ducha.

La miré esperanzada y vi la expresión firme de su boca y su mirada decidida. Y supe que esto aún no había acabado.

Si había alguien capaz de arreglar las cosas, ésa era mi madre.

Capítulo treinta y cuatro

Jeremiah

Una vez, creo que yo tenía trece años y Belly once, a punto de cumplir los doce, Belly pescó un resfriado de verano que la tenía amargada. Había acampado en el sofá rodeada de pañuelos usados y llevaba días con el mismo pijama andrajoso. Como estaba enferma, podía escoger el programa de televisión que quisiera. Lo único que podía comer eran polos de uva, y cuando fui a coger uno, mi madre dijo que era para Belly, a pesar de que ya había comido tres. Tuve que conformarme con uno amarillo.

Era por la tarde y Conrad y Steven habían hecho autostop hasta el salón de videojuegos, lo que se suponía que era un secreto. Las madres creían que habían ido en bicicleta a la tienda de pesca a comprar cebos. Yo iba a hacer surf con Clay; llevaba puesto el bañador y una toalla en el cuello cuando me encontré con mi madre en la cocina.

—¿Qué planes tienes, Jere? —me preguntó.

Extendí el pulgar y el meñique haciendo la señal de Shaka.

—Voy a hacer surf con Clay. ¡Nos vemos!

Estaba a punto de abrir la puerta corredera cuando dijo:

—Mmm. ¿Sabes qué?

—¿Qué? —pregunté con recelo.

—Sería un detalle que te quedaras en casa y animases un poco a Belly. Pobrecilla, le iría bien un poco de compañía.

—No, mamá...

—Por favor, Jeremiah...

Solté un suspiro. No quería quedarme en casa para animar a Belly. Quería hacer surf con Clay.

Como no respondí, añadió:

—Esta noche podríamos encender la parrilla. Te dejaré a cargo de las hamburguesas.

Volví a suspirar, esta vez con más fuerza. Mi madre seguía creyendo que dejarme encender la parrilla y dar la vuelta a las hamburguesas era todo un regalo para mí. No es que no fuese divertido, pero... Abrí la boca para decir «No, gracias», pero entonces vi su expresión feliz y llena de cariño, convencida de que diría que sí. Así que lo hice.

—Vale.

Volví a subir, me cambié de ropa y me uní a Belly en la sala de televisión. Me senté lo más lejos posible de ella. Lo último que necesitaba era que me contagiara su resfriado y pasarme una semana en el banquillo.

—¿Qué haces aún aquí? —preguntó mientras se sonaba la nariz.

—Hace demasiado calor fuera. ¿Quieres ver una peli?

—Tampoco hace tanto calor.

—¿Cómo lo sabes si no has salido?

Puso una expresión de sospecha.

—¿Tu madre te ha obligado a quedarte aquí conmigo?

—No —contesté.

—¡Ja! —Belly agarró el mando y cambió de canal—. Sé que es mentira.

—¡No lo es!

Se sonó con fuerza la nariz y dijo:

—Percepción extrasensorial, ¿recuerdas?

—Eso no existe. ¿Me das el mando?

Hizo que no con la cabeza y se abrazó el mando al pecho con gesto protector.

—No. Está lleno de mis gérmenes. Lo siento mucho. ¿Queda pan tostado?

Llamábamos pan tostado al pan que compraba mi madre en el mercado. Venía cortado en rebanadas y era grueso, blanco y un poco dulzón. Me había comido al menos tres rebanadas de pan tostado esa mañana. Lo había cubierto de mantequilla y mermelada de mora, y lo había devorado muy de prisa antes de que los demás se levantaran. Con cuatro niños y dos adultos, el pan desaparecía en seguida. Era la ley de la selva.

—Ya no queda —repuse.

—Conrad y Steven son un par de cerdos —comentó sorbiéndose los mocos.

—Pensaba que sólo querías comer polos de uva —dije, sintiéndome culpable.

Se encogió de hombros.

—Cuando me he levantado esta mañana me apetecía pan tostado. Creo que ya estoy un poco mejor.

A mí no me lo parecía. Tenía los ojos hinchados y un tono grisáceo en la piel; creo que no se había lavado el pelo en varios días porque lo tenía grasiento y apelmazado.

—Quizá te iría bien una ducha. Mi madre dice que uno siempre se encuentra mejor después ducharse —sugerí.

—¿Insinúas que huelo mal?

—Mmm, no.

Miré por la ventana. Hacía buen día, ni una sola nube. Seguro que Clay se le estaba pasando bomba. Y Steven y Conrad también. Conrad había vaciado su hucha y

tenía un montón de monedas. Se pasarían toda la tarde en el salón de videojuegos. Me pregunté hasta cuándo se quedaría Clay. Con un poco de suerte, podría pillarlo en unas horas, aún habría luz.

Supongo que Belly me pescó mirando por la ventana, porque dijo en tono altanero:

—Vete si quieres.

—No he dicho nada —espeté. Después respiré hondo. A mi madre no le haría ninguna gracia que hiciese enfadar a Belly estando enferma. Y la verdad era que parecía estar muy sola. Me dio un poco de pena, todo el día encerrada en casa de aquella forma. Los resfriados de verano eran lo peor. Así que dije:

—¿Quieres que te enseñe a jugar al póquer?

—No sabes jugar. Conrad siempre te gana —se mofó.

—Vale —dije yo y me levanté. Tampoco me daba tanta pena.

—Da igual. Puedes enseñarme —resolvió. Volví a sentarme.

—Pásame las cartas —resoplé.

Se notaba que Belly se sentía culpable por lo que había dicho.

—No deberías sentarte tan cerca. Te vas a contagiar.

—No pasa nada. Nunca me pongo enfermo —le aseguré.

—Conrad tampoco —respondió, y yo puse los ojos en blanco. Belly adoraba a Conrad, igual que Steven.

—Claro que sí, en invierno cae enfermo continuamente. Tiene un sistema inmunitario muy débil —expliqué, aunque no sabía si era verdad o no.

Se encogió de hombros, se notaba que no me creía.

Me pasó las cartas.

—Reparte tú —dijo.

Jugamos al póquer toda la tarde y lo pasamos bastante bien. Enfermé dos días después, pero no me importó demasiado. Belly se quedó en casa conmigo y jugamos más al póquer y vimos un montón de capítulos de *Los Simpson*.

Capítulo treinta y cinco

Jeremiah

En cuanto oí a Belly subir la escalera, salí al pasillo.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado?

—Mi madre está llamando a tu padre —contestó con gravedad.

—¿En serio? Vaya.

—Sí, así que no te rindas. Aún no ha acabado.

A continuación, me ofreció una de sus sonrisas con la nariz arrugada. Le di una palmada en la espalda y bajé la escalera corriendo. Allí estaba Laurel, limpiando la encimera.

Al verme, dijo:

—Tu padre vendrá a desayunar.

—¿Aquí?

Laurel asintió.

—¿Quieres ir a la tienda a comprar algunas cosas que le gustan? Huevos, beicon, masa para hacer magdalenas y pomelos de los grandes.

Laurel detestaba cocinar. Y nunca le había preparado un desayuno de leñador a mi padre.

—¿Por qué cocinas para él? —pregunté.

—Porque es un niño, y los niños se vuelven irritables cuando no les das de comer —dijo en su habitual tono seco.

Sin pensarlo, dije:

—A veces lo odio.

Titubeó antes de responder:

—A veces yo también.

Y luego esperé a que dijera: «Pero es tu padre» como hacía mi madre a menudo. Pero Laurel no lo hizo. Laurel no perdía el tiempo con tonterías. No decía cosas que no pensaba.

Me levanté y le di un abrazo de oso; se puso completamente rígida. La levanté un poco en el aire, como hacía antes con mi madre.

—Gracias Laurel —le dije—. Muchas gracias.

—Haría cualquier cosa por vosotros. Ya lo sabéis.

—¿Cómo se te ocurrió venir?

—Belly me llamó —contestó con expresión seria—. Borracha.

—Laurel... —Oh, no.

—No me vengas con ésas. ¿Cómo pudiste permitir que bebiera? Cuento contigo, Jeremiah. Ya lo sabes.

Ahora también me sentía fatal. Lo último que deseaba era que Belly se metiese en un lío, y no soportaba la idea de que Laurel tuviese mala opinión de mí. Me esforzaba mucho en cuidar de Belly; no como Conrad. Si alguien la había corrompido, había sido Conrad y no yo. A pesar de haber sido yo el que había comprado el tequila, y no él.

—Lo siento de verdad. Es que con lo de mi padre vendiendo la casa y siendo nuestra última noche, nos dejamos llevar. Te lo juro, Laurel, no volverá a pasar.

Puso los ojos en blanco.

—¿No volverá a pasar? No hagas promesas que no puedas cumplir, cariño.

—No volverá a pasar mientras esté yo presente —le dije.

Frunciendo los labios, contestó:

—Ya veremos.

Fue un alivio cuando me ofreció una de sus muecas-sonrisas.

—Date prisa y ve a la tienda, ¿vale?

—¡Señor, sí, señor!

Quería hacerla sonreír de verdad. Sabía que si lo seguía intentando, si seguía bromeando, lo conseguiría. Era un público agradecido.

Esta vez, sí que me devolvió una sonrisa.

Capítulo treinta y seis

Mi madre tenía razón. La ducha ayudó. Ladeé la cabeza hacia el chorro de agua caliente y me sentí muchísimo mejor.

Después de la ducha, bajé la escalera convertida en una mujer nueva. Mi madre llevaba pintalabios y ella y Conrad hablaban en voz baja.

Callaron al verme en la entrada.

—Mucho mejor —dijo mi madre.

—¿Dónde está Jeremiah? —pregunté.

—Ha vuelto a la tienda. Se le habían olvidado los pomelos —contestó ella.

Saltó el temporizador y mi madre sacó las magdalenas del horno con un trapo. Rozó el metal sin querer y soltó un aullido de dolor, dejando caer las magdalenas al suelo.

—¡Maldita sea!

Conrad le preguntó antes que yo si se había hecho daño.

—Estoy bien, gracias —respondió, mojándose la mano con agua fría. A continuación, recogió las magdalenas del suelo y las metió en una cesta.

—Nuestro pequeño secreto —dijo.

Se supone que las magdalenas tienen que enfriarse un poco antes, pero no se lo dije. Algunas estaban un poco chafadas, aunque la mayoría tenían buen aspecto.

—Toma una magdalena —dijo.

Cogí una y estaba ardiendo y se caía en pedazos, pero sabía bien. La devoré en un periquete.

Cuando hube terminado, mi madre dijo:

—Conrad y tú sacad las bolsas de reciclaje.

Sin decir palabra, Conrad levantó las dos más pesadas y me dejó con la que estaba medio vacía. Lo seguí afuera hasta los cubos de basura del final del camino.

—¿La llamaste tú? —me preguntó.

—Supongo que sí.

Esperaba que me llamase mocosa por haber llamado a mi mami en cuanto las cosas se pusieron feas.

No lo hizo. En su lugar, dijo:

—Gracias.

Me lo quedé mirando.

—A veces me sorprendes —comenté.

No me miró al responder:

—Y tú casi nunca me sorprendes. Sigues siendo la misma a Belly.

Le eché una mirada feroz.

—Vaya, muchas gracias.

Solté la bolsa de basura en el cubo y cerré la tapa de golpe.

—No, lo que quiero decir...

Esperé a que respondiera, y parecía que iba a hacerlo, pero entonces apareció el coche de Jeremiah al final de la calle. Los dos lo observamos aparcar y salir del coche de un salto con una bolsa de plástico en la mano. Llegó en dos zancadas con expresión radiante.

—Hola —me dijo, meciendo la bolsa.

—Hola —contesté. No me atrevía a mirarlo a los ojos.

Todo me había vuelto a la memoria cuando estaba en la ducha. Obligar a Jeremiah a bailar conmigo, escaparme de Conrad, que me recogiese y después me volviese a soltar. Qué humillante. Era horrible que me hubiesen visto comportarme de esa manera.

Entonces Jeremiah me dio la mano y la apretó con fuerza, y cuando levanté la vista dijo «gracias» con tanta ternura que casi dolía. Los tres regresamos juntos a la casa. The Police estaban cantando *Message in a Bottle* y el estéreo estaba a todo volumen. Al instante me empezó a latir la cabeza y lo único que deseaba era volver a la cama.

—¿Podemos bajar la música? —pregunté, masajeándome las sienes.

—No —repuso mi madre, quitándole la bolsa de las manos a Jeremiah.

Sacó un pomelo enorme y se lo lanzó a Conrad.

—Exprímelo —ordenó, señalando el exprimidor. Era del señor Fisher y era enorme y complicado; uno de éstos de la marca Jack LaLanne que anunciaban en los publicirreportajes a altas horas de la madrugada.

Conrad soltó una risotada despectiva.

—¿Para él? No pienso exprimir su pomelo.

—Claro que lo harás —puntualizó mi madre—. El señor Fisher viene a desayunar, Belly —me aclaró.

Di un grito. Corrí hasta ella y la abracé por la cintura.

—Es sólo un desayuno —me advirtió—. No te hagas muchas ilusiones.

Pero ya era demasiado tarde. Sabía que lo haría cambiar de opinión. Lo sabía. Y Conrad y Jeremiah también. Tenían fe en mi madre, igual que yo, hasta el punto de que Conrad se puso a cortar el pomelo por la mitad. Mi madre le hizo un gesto de aprobación con la cabeza como si fuese un sargento de instrucción. Después dijo:

—Jere, pon la mesa, y Belly, prepara los huevos.

Me puse a romper las cáscaras en un bol y mi madre frió el beicon en la sartén de

hierro fundido de Susannah. Apartó la grasa del beicon para que yo la aprovechara para freír los huevos. Removí los huevos y el olor de la grasa mezclada con el huevo me hizo tener arcadas. Retuve el aliento mientras removía y mi madre intentaba esconder una sonrisa mientras me observaba.

—¿Te encuentras bien, Belly? —preguntó.

Asentí con los dientes apretados.

—¿Piensas volver a beber? —preguntó como de pasada.

—Nunca jamás. —Hice que no con la cabeza con todas mis fuerzas.

Cuando llegó el señor Fisher media hora más tarde, estábamos preparados para recibirlo. Entró y contempló la mesa con cara de asombro.

—Vaya —dijo—. Tiene una pinta genial, Laurel. Gracias.

Le dirigió una mirada elocuente, una mirada conspirativa entre adultos.

Mi madre le devolvió su sonrisa de Mona Lisa. El señor Fisher no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

—Sentémonos —dijo mi madre.

Mi madre se situó junto al señor Fisher y Jeremiah delante de él. Yo me senté junto a Conrad.

—Podéis empezar —dijo mi madre.

Observé al señor Fisher apilar un montón de huevos en su plato, y después cuatro tiras de beicon. Le encantaba el beicon, especialmente como lo preparaba mi madre, incinerado, prácticamente calcinado. Yo pasé del beicon y de los huevos, y sólo cogí una magdalena.

Me madre sirvió un buen vaso de zumo de pomelo al señor Fisher.

—Recién exprimido, por cortesía de tu hijo mayor —añadió.

Lo aceptó, aunque con un poco de recelo. No podía culparlo; la única persona que exprimía zumo fresco para el señor Fisher era Susannah.

Pero el señor Fisher se recuperó en seguida. Engulló un bocado de huevos y dijo:

—Muchas gracias por venir a ayudarnos, Laurel. Te lo agradezco mucho.

Nos echó un vistazo a nosotros, los chicos, con una sonrisa complacida.

—No estabais muy dispuestos a escucharme. Me alegro de tener un poco de apoyo.

Mi madre también le sonrió con la misma simpatía.

—Ah, pero no he venido aquí para apoyarte, Adam. Estoy aquí para respaldar a los chicos de Beck.

La sonrisa le desapareció del rostro.

—Laurel...

—No puedes vender esta casa, Adam. Ya lo sabes. Es demasiado importante para los niños. Sería un error.

Mi madre mantenía un tono tranquilo, racional.

El señor Fisher miró a Conrad y a Jeremiah, y otra vez a mi madre.

—Ya he tomado una decisión, Laurel. No intentes convertirme en el malo de la película.

Tomando aire, mi madre contestó:

—No te estoy convirtiendo en nada. Solamente intento ayudarte.

Nosotros, los chicos, permanecemos completamente inmóviles a la espera de la respuesta del señor Fisher. Se estaba esforzando por mantener la calma, pero la cara se le estaba poniendo roja.

—Te lo agradezco. Pero ya me he decidido. La casa está a la venta. Y francamente, Laurel, tú no tienes ningún voto en esto. Sé que Suze siempre te hizo sentir que esta casa era en parte tuya, pero no lo es.

Casi se me escapa un grito ahogado. Mi mirada se dirigió a mi madre, y vi que ella también se estaba poniendo roja.

—Oh, eso ya lo sé. Esta casa es totalmente de Beck. Siempre lo ha sido. Éste era su lugar preferido. Por esa misma razón, los chicos deberían conservarla.

El señor Fisher se puso de pie y apartó la silla.

—No voy a discutir esto contigo, Laurel.

—Adam, siéntate —dijo ella.

—No, no pienso hacerlo.

A mi madre prácticamente le centelleaban los ojos.

—He dicho que te sientes, Adam.

El señor Fisher se la quedó mirando con la boca abierta, todos lo hicimos. Entonces dijo:

—Salid, chicos.

Conrad abrió la boca para objetar, pero se lo pensó dos veces, especialmente al ver la expresión de mi madre y a su padre volver a sentarse. En cuanto a mí, me fui de allí pitando. Salimos a empujones de la cocina y nos sentamos al final de la escalera, esforzándonos por oír lo que decían.

No tuvimos que esperar mucho. El señor Fisher dijo:

—¿Qué demonios haces, Laurel? ¿De verdad creías que podías presionarme para que cambiase de idea?

—Disculpa, pero vete a la mierda.

Me tapé la boca con la mano y los ojos de Conrad relucían mientras asentía en señal de admiración. Jeremiah, en cambio, parecía a punto de llorar. Le di la mano y se la estreché con fuerza. Cuando intentó apartarla, apreté con más fuerza.

—Esta casa lo era todo para Beck. ¿No eres capaz de ver más allá de tu propio dolor y darte cuenta de lo que significa para los muchachos? La necesitan. Realmente

la necesitan. No quiero creer que puedas ser tan cruel, Adam.

El señor Fisher no respondió.

—Esta casa es de Susannah. No te pertenece a ti. No me obligues a interponerme Adam. Porque lo haré. Haré todo lo que esté en mi mano para conservar esta casa para los chicos de Beck.

El señor Fisher dijo:

—¿Qué vas a hacer, Laurel? —y sonaba muy cansado.

—Haré lo que sea preciso.

La voz del señor Fisher sonaba amortiguada cuando dijo:

—Susannah está en todas partes. Está en todas partes.

Es posible que hubiese estado llorando. Casi me compadecí de él. Supongo que mi madre también, porque su voz era casi amable al decir:

—Lo sé. Adam, fuiste un marido pésimo, pero ella te quería. Te amaba de verdad. Volvió a aceptarte. Intenté convencerla de lo contrario, Dios sabe que lo intenté. Pero no me escuchó porque cuando Susannah se decidía por alguien, era inamovible. Y se decidió por ti, Adam. Gánatelo. Demuestra que me equivoco.

Él respondió algo que no pude oír. Y entonces mi madre dijo:

—Hazme este último favor, ¿vale?

Eché un vistazo a Conrad, que dijo en voz baja, a nadie en concreto:

—Laurel es increíble.

Nunca había oído a nadie describir a mi madre de ese modo, especialmente a Conrad. Nunca había pensado en ella como alguien «increíble». Pero en ese momento lo había sido. Lo había sido de verdad. Respondí:

—Sí, lo es. Y también lo era Susannah.

Me miró un minuto y después se levantó y fue a su habitación sin esperar a oír la respuesta del señor Fisher. No le hacía ninguna falta. Mi madre había ganado. Le había conseguido.

Al cabo de un intervalo prudencial, Jeremiah y yo volvimos a bajar. Mi madre y el señor Fisher estaban bebiendo café como hacen los adultos. Los ojos de él estaban enrojecidos, pero los de ella eran los ojos despejados del vencedor.

Cuando nos vio, el señor Fisher preguntó:

—¿Dónde está Conrad?

¿Cuántas veces había oído al señor Fisher preguntar «Dónde está Conrad»? Cientos. Miles.

—Está arriba —respondió Jeremiah.

—¿Quieres ir a buscarlo, Jere?

Jeremiah titubeó y echó una mirada a mi madre, que asintió. Subió los escalones de dos en dos y, al cabo de unos minutos, Conrad estaba con él. La expresión de

Conrad era cauta, circunspecta.

—Voy a hacer un trato contigo —dijo el señor Fisher. Éste era el antiguo señor Fisher, el poderoso corredor de finanzas, el negociador. Le encantaba hacer tratos. También acostumbraba a hacer tratos con nosotros. Como que nos llevaría al circuito de karts si barríamos la arena del garaje. O se llevaría a los chicos a pescar si limpiaban las cajas de los aparejos de pesca.

Receloso, Conrad preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Mi fondo fiduciario?

El señor Fisher apretó la mandíbula.

—No. Te quiero en la escuela mañana. Quiero que termines los exámenes. Si lo haces, la casa es tuya. Tuya y de Jeremiah.

Jeremiah aulló de alegría.

—¡Sí! —gritó. Alargó los brazos y envolvió al señor Fisher en un abrazo de hombres, y el señor Fisher le palmeó la espalda.

—¿Dónde está la trampa? —preguntó Conrad.

—No hay trampa. Pero tienes que sacar al menos notables, nada de suficientes o suspensos.

El señor Fisher siempre se había enorgullecido de ser un buen negociador.

—¿Hacemos el trato?

Conrad vaciló. En seguida supe lo que pasaba. Conrad no quería deberle nada a su padre. A pesar de que esto era lo que deseaba, a pesar de que ésta era la razón por la que había ido hasta allí. No quería aceptar nada de su padre.

—No he estudiado —respondió—. Es posible que no apruebe.

Lo estaba poniendo a prueba. Conrad nunca había suspendido. Nunca había sacado menos de un notable, e incluso los notables eran poco frecuentes.

—Entonces no hay trato —dijo el señor Fisher—. Los términos son éstos.

—Con, di que sí de una vez, tío. Te ayudaremos a estudiar, ¿verdad que sí, Belly? —terció Jeremiah con urgencia.

Conrad me miró a mí y después a mi madre.

—¿Puedo, mamá?

Mi madre asintió.

—Puedes quedarte, pero mañana tienes que estar en casa.

—Acepta el trato —dije a Conrad.

—Muy bien —resolvió éste al fin.

—Cerremos el trato con un apretón de manos, como hombres —dijo el señor Fisher, dándole la mano.

Conrad alargó la mano de mala gana y le dio un apretón.

Mi madre me miró y articuló con los labios «Un apretón de hombres» y supe que

estaba pensando en lo sexista que era el señor Fisher. Pero no importaba. Habíamos ganado.

—Gracias, papá —dijo Jeremiah—. Gracias, de verdad.

Abrazó a su padre otra vez y el señor Fisher le devolvió el abrazo, diciendo:

—Tengo que regresar a la ciudad.

Entonces asintió en dirección a mí:

—Gracias por ayudar a Conrad, Belly.

—No hay de qué —respondí. Pero no sé por qué lo dije, porque no había hecho nada. Mi madre había hecho más por Conrad en media hora que yo desde que lo conocía.

Después de la marcha del señor Fisher, mi madre se levantó y empezó a enjuagar los platos. Me uní a ella y los metí en el lavaplatos. Descansé la mano en su hombro durante un segundo y dije:

—Gracias.

—De nada.

—Has sido la hostia, mamá.

—No digas palabrotas —contestó, con las comisuras de los labios elevadas.

—Mira quién habla.

Seguimos lavando los platos en silencio, y mi madre tenía esa expresión triste en la cara, por lo que supe que estaba pensando en Susannah. Y deseé ser capaz de hacer algo para borrar esa expresión, pero a veces las palabras no bastan.

Los tres la acompañamos al coche.

—Chicos, ¿la traeréis mañana a casa? —preguntó, soltando su bolsa en el asiento del copiloto.

—Desde luego —contestó Jeremiah.

Conrad preguntó:

—Laurel. —Aquí vaciló un poco—. Vas a volver, ¿verdad?

Mi madre se dio la vuelta, sorprendida. Estaba emocionada.

—¿Quieres a una señora mayor como yo deambulando por aquí? —bromeó—. Claro, volveré siempre que queráis.

—¿Cuándo? —preguntó Conrad. Se le veía tan joven, tan vulnerable, que me dio un vuelco el corazón.

Supongo que mi madre se sintió igual, porque alargó la mano y le acarició la mejilla. Mi madre no era el tipo de persona que va acariciando mejillas. No era su estilo. Era el de Susannah.

—Antes de que acabe el verano, y también para cerrar la casa.

Mi madre se metió en el coche. Se despidió de nosotros con la mano mientras retrocedía por la entrada, con las gafas de sol puestas y la ventanilla bajada.

—Nos vemos pronto —prometió.

Jeremiah le devolvió el saludo con la mano y Conrad dijo:

—Nos vemos pronto.

Mi madre me contó una vez que cuando Conrad era muy pequeño, la llamaba «su Laura». «¿Dónde está mi Laura?», decía deambulando en su busca. Me contó que la seguía a todas partes; incluso al baño. La llamaba su novia y le llevaba cangrejos y conchas del océano y los ponía a sus pies. Cuando me lo contó, pensé, «lo que daría yo por que Conrad me llamase su novia y me regalase conchas».

—Seguro que no se acuerda —comentó, con una vaga sonrisa.

—¿Por qué no se lo preguntas? —dije yo. Me encantaba escuchar historias de cuando Conrad era pequeño. Disfrutaba pinchándolo, porque las oportunidades de hacerlo eran poco frecuentes.

—No, le haría pasar vergüenza —contestaba.

—¿Y qué? De eso se trata, ¿no?

—Conrad es muy sensible. Tiene mucho orgullo. Deja que lo conserve —decía.

Por su forma de decirlo, se notaba que lo comprendía. Lo entendía hasta un punto del que yo era incapaz. Estaba celosa de eso, de los dos.

—¿Cómo era yo? —preguntaba.

—¿Tú? Tú eras mi niña.

—Pero ¿cómo era? —insistía yo.

—Siempre estabas detrás de los muchachos. Tu forma de seguirlos a todas partes era adorable, empeñada en impresionarlos.

Mi madre reía.

—Te hacían bailar y te enseñaban trucos.

—¿Como a un cachorro? —Fruncía el ceño ante la idea.

Ella le quitaba importancia.

—Estabas perfectamente. Simplemente te gustaba sentirte incluida.

Capítulo treinta y siete

Jeremiah

El día que llegó Laurel, la casa estaba hecha un desastre y yo estaba planchando mi camisa blanca en calzoncillos. Ya llegaba tarde al banquete del último curso y estaba de un humor horrible. Mi madre apenas había pronunciado dos palabras en todo el día y ni siquiera Nona era capaz de hacerla hablar.

Tenía que recoger a Mara, que no soportaba que yo llegase tarde. Se ponía gruñona y se sentaba allí enfurruñada tanto rato como la hubiese hecho esperar.

Tuve que dejar la plancha un momento para girar la camisa y acabé quemándome el interior del brazo.

—¡Mierda! —grité. Dolía un montón.

Fue entonces cuando apareció Laurel. Cruzó la puerta de entrada y me vio de pie en medio del salón en calzoncillos, sujetándome el brazo.

—Mójalo con agua fría —apuntó. Corrí a la cocina y dejé el brazo bajo el chorro de agua fría unos minutos; cuando volví, Laurel había acabado de planchar la camisa y había empezado con los chinos.

—¿Te haces la raya delante? —me preguntó.

—Ah, sí, claro —dije yo—. ¿Cómo es que has venido, Laurel? Hoy es martes.

Laurel normalmente se presentaba los fines de semana y se quedaba en la habitación de invitados.

—He venido a ver qué tal iban las cosas —explicó, pasando la plancha por la pernera del pantalón—. Tenía la tarde libre.

—Mi madre ya está durmiendo —le dije—. Con la nueva medicación, duerme todo el tiempo.

—Eso es bueno —comentó Laurel—. ¿Y tú qué? ¿Cómo es que te estás poniendo guapo?

Me senté en el sofá y me puse los calcetines.

—Esta noche es el banquete del último curso —le expliqué.

Laurel me entregó la camisa y los pantalones.

—¿A qué hora empieza?

Eché un vistazo al reloj de pie del vestíbulo.

—Hace diez minutos —respondí, mientras me ponía los pantalones.

—Será mejor que te vayas.

—Gracias por plancharme la ropa.

Estaba cogiendo las llaves cuando oí a mi madre llamarme desde el dormitorio.

Mi di la vuelta y entonces Laurel dijo:

—Ve a tu banquete, Jere. Lo tengo todo controlado.

Dudé un segundo.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. Pírate.

Conduje a toda velocidad hasta casa de Mara. Salió mientras aparcaba en la entrada. Llevaba el vestido rojo que me gustaba y estaba guapa; iba a decírselo cuando me interrumpió:

—Llegas tarde.

Cerré la boca. Mara no habló en toda la noche, ni siquiera cuando ganamos el premio a la pareja más adorable. No le apeteció ir a la fiesta de después y a mí tampoco. Todo el tiempo que estuvimos allí, lo pasé pensando en mi madre y sintiéndome culpable por estar fuera tanto rato.

Cuando llegamos a casa de Mara, no salió del coche en seguida, era su manera de decirme que quería hablar. Apagué el motor.

—¿Qué pasa, Mar? ¿Sigues enfadada conmigo por llegar tarde?

Parecía afligida.

—Sólo quiero saber si seguiremos juntos. ¿Quieres decirme lo que quieres hacer, y lo hacemos?

—La verdad es que no puedo pensar en eso ahora mismo.

—Lo sé. Lo siento.

—Pero si me preguntan si creo que estaremos juntos o no cuando empiecen las clases en otoño, a unos meses vista... —Titubeé un momento y lo solté:

»Seguramente diría que no.

Mara comenzó a llorar y me sentí como una mierda. Tendría que haber mentido.

—Eso es lo que pensaba —dijo al fin. Entonces me besó en la mejilla, salió del coche de un salto y corrió hasta su casa.

Así fue como rompimos. Y si tengo que ser completamente sincero, admito que fue un alivio no tener que seguir pensando en Mara. La única persona para la que tenía espacio en la cabeza era mi madre.

Cuando llegué a casa, mi madre y Laurel aún estaban despiertas, jugando a las cartas y escuchando música. Por primera vez en días, oí la risa de mi madre.

Laurel no se marchó al día siguiente. Se quedó toda la semana. Por aquel entonces, no se me ocurrió preguntarme sobre su trabajo o el resto de cosas de las que debía ocuparse en su casa. Simplemente estaba agradecido de tener a un adulto cerca.

Capítulo treinta y ocho

Los tres caminamos hasta la casa. Notaba el calor del sol en la espalda y pensé en lo agradable que sería tumbarme un rato en la playa, pasarme la tarde durmiendo y despertarme bronceada. Pero no había tiempo para eso, pues necesitábamos preparar a Conrad para los exámenes del día siguiente.

Cuando entramos, Conrad se dejó caer en el sofá y Jeremiah se tendió en el suelo.

—Estoy cansadísimo —gimió.

Lo que mi madre había hecho por nosotros, por mí, era un regalo. Ahora me tocaba a mí devolverlo.

—Levantaos —les ordené.

Ninguno de los dos se movió. Conrad tenía los ojos cerrados. Así que le tiré un cojín y le clavé el pie en el estómago a Jeremiah.

—Tenemos que estudiar, haraganes. ¡Levantaos!

Conrad abrió los ojos.

—Estoy demasiado cansado para estudiar. Necesito una siesta reparadora.

—Yo también —convino Jeremiah.

Me crucé de brazos y los atravesé con la mirada.

—Yo también estoy cansada. Pero mirad el reloj; ya es la una. Tendremos que trabajar toda la noche y marcharnos mañana por la mañana temprano.

Conrad se encogió de hombros y dijo:

—Trabajo mejor bajo presión.

—Pero...

—Va en serio, Belly. Así no puedo trabajar. Déjame dormir una hora.

Jeremiah ya se estaba durmiendo. Dejé escapar un suspiro. No podía contra los dos.

—Vale. Una hora. Pero ni una más.

Me fui indignada a la cocina y me serví una coca-cola. Me sentía tentada de echar una siesta, pero eso sería un mal ejemplo.

Mientras dormían, puse en marcha mi plan. Llevé los libros de Conrad que estaba en el coche, bajé su portátil y convertí la cocina en una sala de estudio. Enchufé lámparas, apilé libros y carpetas según el tema, saqué bolígrafos y papel. Para terminar, preparé una buena cafetera, y aunque yo no bebía café, sabía que era bueno, porque lo preparaba cada mañana para mi madre.

Cogí el coche de Jeremiah y conduje hasta el McDonald's para comprar

hamburguesas de queso. Les chiflaban las hamburguesas de queso del McDonald's. Antes celebraban concursos de comer hamburguesas y las apilaban como si fuesen crepes. A veces también me dejaban jugar. Una vez, gané yo. Me comí nueve hamburguesas.

Permití que durmieran media hora más, el tiempo que tardé en arreglar las cosas. Después llené de agua el pulverizador que Susannah utilizaba para regar sus plantas más delicadas. Rocié primero a Conrad, justo en los ojos.

—Hola —dijo, despertando inmediatamente. Se secó la cara con la camiseta y volví a rociarlo porque sí.

—Es hora de levantarse —canturreé.

Luego me aproximé a Jeremiah y también lo rocié. Pero no se despertó. Siempre había sido imposible de despertar. No lo desvelaba ni un bombardeo. Rocié y rocié y sólo se dio la vuelta; desenrosqué el tapón de la botella y le vertí el agua por la espalda.

Por fin se despertó, con los brazos en cruz, echado boca abajo en el suelo. Me ofreció una sonrisa apacible, como siempre que lo despertaban de esa forma.

—Buenos días —dijo.

Era complicado sacar a Jeremiah de la cama, pero no era ningún cascarrabias cuando se espabilaba.

—La mañana se ha acabado. Son casi las tres de la tarde. Os he dejado dormir media hora más, así que ya podéis estarme agradecidos —bufé.

—Lo estoy —respondió Jeremiah, tendiendo la mano para que lo ayudase a ponerse de pie. Se la cogí de mala gana y tiré para levantarlo.

—Vamos —dije yo.

Me siguieron hasta la cocina.

—Pero qué... —exclamó Conrad, echando un vistazo a la habitación.

Jeremiah aplaudió y levantó una mano para que se la chocase.

—Eres increíble —dijo. Entonces empezó a olisquear, localizó la bolsa grasienta de McDonald's y se le iluminó la cara.

—¡Sí! ¡Las hamburguesas de queso de Mickey D! Reconocería ese aroma en cualquier lugar.

Le di una palmada en la mano.

—Todavía no. Se ha establecido un sistema de recompensas; Conrad estudia y así obtiene comida.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Jeremiah frunciendo el ceño.

—Conrad estudia y tú obtienes comida.

Conrad alzó una ceja.

—¿Conque un sistema de recompensas? ¿Y qué más puedo conseguir?

—Sólo las hamburguesas. —Me sonrojé.

Me examinó a conciencia con la mirada, como si estuviese intentando decidir si quería comprarse un abrigo o no.

Me ardían las mejillas mientras me miraba.

—Por mucho que me guste cómo suena lo del sistema de recompensas, creo que voy a pasar —concluyó por fin.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jeremiah.

Conrad se encogió de hombros.

—Estudio mejor a solas. Está todo controlado. Os podéis marchar.

Jeremiah sacudió la cabeza indignado.

—Como siempre. No soportas pedir ayuda. Pues lo siento por ti, porque nos quedamos aquí.

—¿Qué sabéis de psicología de primer curso? —repuso Conrad, cruzándose de brazos.

Jeremiah se levantó de un salto.

—Encontraremos la forma. Bells, ¿podemos comer primero? Necesito grasa.

Me sentí como si hubiese ganado un premio. Como si fuese invencible. Metiendo la mano en la bolsa, dije:

—Una cada uno. Nada más.

Mientras Conrad estaba de espaldas rebuscando el tabasco en el armario, Jeremiah levantó la mano una vez más para que se la chocase. Lo hice en silencio e intercambiamos una sonrisa. Jeremiah y yo formábamos un buen equipo, como siempre.

Comimos las hamburguesas de queso en silencio. En cuanto terminamos, dije:

—¿Cómo quieres hacerlo, Conrad?

—Teniendo en cuenta que no quiero hacer nada de esto, dejaré que lo decidas tú —respondió él. Tenía mostaza en los labios.

—Muy bien, pues. —Ya estaba preparada—. Tú leerás, yo prepararé las tarjetas de psicología. Jeremiah subrayará.

—Jere no sabe subrayar —se mofó Conrad.

—¡Eh! —saltó Jeremiah. Y volviéndose hacia mí, dijo—: Tiene razón. Se me da mal subrayar. Acabo marcando toda la página. Yo prepararé las tarjetas y tú subrayarás, Bells.

Rompí el plástico del paquete de fichas y se las entregué a Jeremiah. Por increíble que parezca, Conrad nos hizo caso. Cogió su libro de psicología de la pila y empezó a leer.

Sentado a la mesa con la frente arrugada, se parecía al viejo Conrad. Al que le importaban cosas como los exámenes, las camisas planchadas y ser puntual. Lo

irónico de todo esto es que Jeremiah nunca había sido un gran estudiante. Detestaba estudiar y también las calificaciones. Aprender siempre había sido cosa de Conrad. Desde el primer momento, Conrad era el del juego de química, cavilando experimentos para que lleváramos a cabo como ayudantes del científico. Me vino a la memoria cuando descubrió la palabra «absurdo», e iba por ahí repitiéndola continuamente. «Eso es absurdo» decía. O «zoquete», su insulto favorito, ése también lo repetía mucho. Un verano, a los diez años, intentó leerse la *Enciclopedia Británica*. Cuando regresó al verano siguiente, iba por la *Q*.

Lo comprendí de repente. Lo echaba de menos. Todo ese tiempo. Cuando llegabas al fondo de la cuestión, entendías que se trataba de eso. Y aunque estaba sentado sólo a unos metros de distancia, lo añoré más que nunca.

Lo observé de reojo y pensé: «Vuelve. Sé la persona que amo y recuerdo».

Capítulo treinta y nueve

Ya habíamos acabado con la psicología y Conrad estaba escribiendo su trabajo de inglés con los auriculares puestos cuando me sonó el móvil. Era Taylor. No estaba segura de si llamaba para disculparse o para exigirme que le devolviera sus cosas inmediatamente. Quizá una mezcla de las dos. Apagué el teléfono.

Con todo el drama de la casa, no había pensado en la pelea ni una sola vez. Llevaba un par de días en la casa de verano y, como siempre, ya me había olvidado de Taylor y de todo lo que pasaba en casa. Lo que me importaba estaba allí. Siempre había sido así.

Pero las cosas que me había dicho dolían. Quizá eran ciertas. Pero no sabía si podría perdonarla por decirlas en voz alta.

Estaba oscureciendo cuando Jeremiah agachó la cabeza y dijo en voz baja:

—¿Sabes qué? Si quieres, puedes marcharte esta noche y llevarte mi coche. Lo recogería mañana, cuando Conrad terminase con los exámenes. Podríamos quedar o algo.

—No me marcho todavía. Mañana quiero ir con vosotros.

—¿Estás segura?

—Desde luego. ¿No queréis que os acompañe?

Me empezaba a sentir mal por su modo de actuar, como si estuviesen abusando de mi amabilidad, como si no fuésemos familia.

—Sí, claro que quiero.

Hizo una pausa como si fuese a decir algo más.

Lo pinché con el rotulador.

—¿Tienes miedo de meterte en líos con Mara?

Sólo lo decía medio en broma. Todavía me costaba creer que no me hubiese contado que tenía novia. No estaba del todo segura de por qué importaba, pero así era. Se suponía que éramos íntimos. O al menos lo habíamos sido. Yo tendría que haber sabido si tenía novia o no. ¿Y cuánto tiempo hacía que habían roto? No había estado en el funeral, que yo supiera. Tampoco era que Jeremiah hubiese ido por ahí presentándola a los invitados. ¿Qué tipo de novia no iba al funeral de la madre de su ex novio? Incluso la ex de Conrad había asistido.

Jeremiah echó un vistazo a Conrad y bajó la voz.

—Ya te lo he dicho: Mara y yo hemos terminado.

Como no respondí, Jeremiah prosiguió:

—Vamos, Belly. No te enfades.

—No puedo creer que no me hablastes de ella —dije yo, subrayando un párrafo entero. No levanté la vista—. No me creo que lo mantuvieses en secreto.

—No había nada que contar, te lo juro.

—¡Ja! —solté yo. Pero me sentía mejor. Miré de reojo a Jeremiah y me devolví una mirada preocupada.

—¿Vale?

—Muy bien. Tampoco es que me afecte. Es sólo que pensaba que me contarías estas cosas.

Se relajó en el asiento.

—No íbamos tan en serio, confía en mí. Sólo era una chica. No era como con Conrad y...

Di un respingo y se interrumpió con aires de culpabilidad.

No era como con Conrad y Aubrey. Él la había amado. En su momento, había estado loco por ella. Nunca había sido así conmigo. Nunca. Pero yo lo había amado. Durante más tiempo y con más sinceridad que a nadie en toda mi vida, y era probable que nunca volviese a amar a nadie de esa manera, lo cual, si tenía que ser honesta, era un verdadero alivio.

Capítulo cuarenta

6 de julio

Cuando desperté a la mañana siguiente, lo primero que hice fue asomarme a la ventana. ¿Quién sabía cuántas veces vería esas vistas? Estábamos creciendo. Pronto iría a la universidad. Pero lo bueno, lo reconfortante era saber que seguiría allí. La casa no iba a desaparecer.

Mirando a través de la ventana, era imposible distinguir dónde acababa el cielo y dónde empezaba el océano. Había olvidado lo neblinosas que podían llegar a ser las mañanas allí. Permanecí de pie un rato tratando de absorberlo todo en un intento de grabarlo en mi memoria.

Después fui corriendo a las habitaciones de Conrad y de Jeremiah, y aporreé sus puertas.

—¡Despertad! ¡Es hora de ponerse en marcha!

Bajé a buscar un vaso de zumo y Conrad estaba sentado a la mesa de la cocina, donde lo había dejado cuando me fui a dormir a las cuatro de la madrugada. Ya estaba vestido y tomando notas en un cuaderno.

Comencé a retroceder, pero levantó la vista.

—Bonito pijama —comentó.

Me sonrojé. Aún llevaba el ridículo pijama de Taylor.

—Nos vamos en veinte minutos, más vale que te prepares —bufé.

—Ya lo estoy —oí decir a Conrad mientras yo subía la escalera.

Si aseguraba estar preparado, es que lo estaba. Aprobaría los exámenes. Seguramente los iba a clavar. Conrad no fallaba en nada si se empeñaba en ello.

Una hora después, estábamos a punto para salir. Estaba cerrando con llave las puertas correderas cuando oí a Conrad decir:

—¿Lo hacemos?

Me di la vuelta para preguntar a qué se refería cuando Jeremiah apareció de la nada.

—Sí. Por los viejos tiempos —contestó éste.

—¡Oh no! Ni en broma. Ni se os ocurra —exclamé.

Antes de darme cuenta, Jeremiah me estaba agarrando de las piernas y Conrad de los brazos y me balanceaban adelante y atrás. Jeremiah gritó:

—¡La plancha!

Y me lanzaron al aire. Y mientras aterrizaba en la piscina, pensé: «Bueno, al

menos vuelven a estar de acuerdo en algo».

Cuando salí a la superficie, grité:

—¡Idiotas!

Sólo sirvió para que rieran con más ganas.

Tuve que volver a entrar y quitarme la ropa empapada, la que me había puesto el primer día. Me puse el vestido de tirantes de Taylor y sus sandalias de plataforma. Mientras me escurría el pelo con una toalla, me di cuenta de que no podía enfadarme. Sonreí un poco para mí misma. Posiblemente era la última plancha de mi vida, y Steven no había podido participar.

Jeremiah tuvo la idea de conducir en un solo coche, para que Conrad pudiese seguir estudiando durante el viaje. Conrad ni siquiera intentó quedarse con el asiento del copiloto, fue directamente atrás y se puso a ojear sus notas.

Como era de esperar, lloré mientras nos alejábamos. Me alegré de estar delante y con gafas de sol, así los chicos no podrían burlarse de mí. Pero amaba esa casa y odiaba tener que despedirme de ella. Porque era mucho más que una casa. Representaba todos los veranos, cada viaje en barco, cada atardecer. Era Susannah.

Condujimos en silencio durante un rato, y entonces empezó a sonar en la radio Britney Spears; subí el volumen. No hace falta decir que Conrad detestaba a Britney Spears, pero no me importaba. Me puse a cantar y Jeremiah también.

—*Oh baby baby, I shouldn't have let you go* —canté, bailando en el asiento delantero.

—*Show me how you want it to be* —siguió Jeremiah, siguiendo el ritmo con los hombros.

Cuando acabó la canción, sonó Justin Timberlake, y Jeremiah hizo una interpretación increíble de él. Era supernatural, sin rastro de timidez, y se sentía muy cómodo consigo mismo. Me hacía desear ser como él.

Me cantó:

—*And tell me how they got that pretty little face on that little pretty frame, girl.*

Me puse la mano en el corazón y fingí desvanecerme, como una *groupie*.

—*Fast fast slow, whichever you wanna run, girl.*

Y en el estribillo, me sumé a él:

—*This just can't be summer love...*

Desde el asiento trasero, Conrad gruñó:

—¿Podéis bajar la música? Estoy intentando estudiar, ¿os suena de algo?

Me di la vuelta y pregunté:

—Ah, perdona. ¿Te estamos molestando?

Me miró con los ojos entrecerrados.

Sin pronunciar palabra, Jeremiah bajó la música. Condujimos una hora más y entonces dijo:

—¿Tenéis que ir al baño o algo? Voy a llenar el depósito en la próxima gasolinera.

Hice que no con la cabeza.

—No, pero tengo sed.

Paramos en el aparcamiento de la gasolinera y, mientras Jeremiah llenaba el depósito, entré en la tienda. Compré granizados para Jeremiah y para mí, mitad coca-cola y mitad cereza, una combinación que había ido perfeccionando con los años.

Cuando volví al coche y le di su granizado a Jeremiah, se le iluminó la cara.

—Oh, gracias, Bells. ¿De qué sabor es?

—Prueba y verás.

Tomó un buen sorbo y asintió en señal de apreciación.

—Mitad coca-cola, mitad cereza; tu especialidad. Perfecto.

—Eh, te acuerdas de la vez... —comencé a decir.

—Sí. Mi padre sigue sin dejar que me acerque a su batidora.

Apoyé los pies en el salpicadero y me recosté, sorbiendo mi granizado. Pensé para mí: «La felicidad es un granizado y una caña de color fucsia».

Desde atrás, Conrad rezongó:

—¿Dónde está el mío?

—Pensaba que dormías. Y tienes que beberte el granizado en seguida o se derrite, así que no tenía sentido comprarlo.

—Bueno, al menos dame un sorbo. —Me atravesó con la mirada.

—Pero tú detestas los granizados. —Lo que era totalmente cierto. A Conrad nunca le habían gustado las bebidas azucaradas.

—Da igual. Tengo sed.

Le pasé el vaso, me volví y lo observé mientras bebía. Esperaba que hiciera una mueca o algo, pero sólo bebió y me lo devolvió. Y entonces dijo:

—Creía que tu especialidad era el chocolate.

Lo miré fijamente. ¿Lo había oído bien? ¿Se acordaba? Por su forma de mirarme con una ceja levantada, comprendí que sí. Y esta vez, fui yo la que apartó la mirada.

Porque lo recordaba. Me acordaba de todo.

Capítulo cuarenta y uno

Cuando Conrad se fue a hacer su examen, Jeremiah y yo compramos emparedados de pavo y aguacate con pan integral y los comimos sentados en el césped. Yo terminé primero; estaba muerta de hambre.

Cuando acabó, Jeremiah hizo una bola con el papel de aluminio y la tiró a la basura. Después, se sentó otra vez a mi lado. Sin previo aviso, me dijo:

—¿Por qué razón no viniste a verme cuando murió mi madre?

—F-fu-fui al funeral —balbuceé.

La mirada de Jeremiah estaba fija en mí, firme, imperturbable.

—No hablo de eso.

—Yo, yo no pensé que me quisieras allí.

—No, lo que pasa es que tú no querías estar allí. Yo sí que te quería conmigo.

Tenía razón. No quería estar allí. No quería ni acercarme a su casa. Pensar en Susannah hacía que me doliera el corazón; era demasiado. Pero la imagen de Jeremiah esperando mi llamada, necesitando a alguien con quien hablar, me dolía mucho.

—Tienes razón —respondí—. Debería haber ido.

Jeremiah había estado junto a Conrad, junto a Susannah. Junto a mí. ¿Y quié había estado a su lado? Nadie. Quise hacerle saber que en aquel momento yo estaba allí para él.

Alzó la vista al cielo.

—Es duro, ¿sabes? Porque quiero hablar de ella. Pero Conrad no quiere, y no puedo hablar con mi padre, y tú no estás. Todos la queremos, pero nadie puede hablar de ella.

—¿Qué quieres decir?

Se recostó, pensativo.

—Que la añoro. La añoro de verdad. Sólo hace dos meses que no está, pero parece mucho más. Y por otra parte es como si acabase de ocurrir, como si fuese ayer.

Asentí. Era exactamente como me sentía.

—¿Crees que se alegraría? —Se refería a Conrad, a cómo lo habíamos ayudado.

—Sí.

—Yo también lo pienso.

—¿Y ahora qué? —titubeó un poco Jeremiah.

—¿Qué quieres decir?

—¿Volverás a la casa de verano?

—Sí, claro. Cuando vaya mi madre, la acompañaré.

—Bien —asintió con la cabeza—. Porque mi padre se equivocaba, ¿sabes? También es tu casa. Y de Laurel, y de Steve; nos pertenece a todos.

De repente, me vino una sensación extrañísima; el anhelo, la necesidad de alargar la mano y tocarle la mejilla con el dorso de la mano para que supiera, para que sintiera cuánto significaban esas palabras para mí. Porque, a veces, las palabras eran tristemente insuficientes, y lo sabía, pero tenía que intentarlo. Le dije:

—Gracias. Significa mucho.

—Es la verdad —respondió encogiéndose de hombros.

Lo vimos acercarse desde lejos, caminando a toda prisa. Nos pusimos de pie y lo esperamos.

—¿Te parece que trae buenas noticias? Porque a mí sí —comentó Jeremiah.

—A mí también.

Conrad vino en dos zancadas, con los ojos brillantes.

—Lo he clavado —dijo triunfante. Era la primera vez que lo veía sonreír, de verdad, feliz, despreocupado, desde la muerte de Susannah. Él y Jeremiah chocar las manos con tanta fuerza que la palmada resonó en el aire. Y entonces, Conrad me sonrió y me hizo girar tan de prisa que casi tropiezo.

—¿Ves? ¿Ves? ¡Te lo dije! —dijo riendo.

Conrad me subió en brazos y me cargó sobre el hombro, como si no pesara nada, igual que la noche anterior. Reí mientras corría en zigzag a izquierda y a derecha, como si estuviese en un campo de fútbol americano.

—¡Bájame! —grité, tirando del vestido.

Lo hizo. Me bajó al suelo con delicadeza.

—Gracias —dijo, con las manos todavía en mi cintura— por venir.

Antes de que pudiese responder que no se merecían, Jeremiah se acercó y dijo:

—Aún te falta uno, Con. —Su voz era tensa. Me alisé el vestido.

Conrad miró el reloj.

—Tienes razón. Voy al departamento de psicología. Éste será rápido. Nos vemos dentro de una hora o así.

Mientras lo observaba alejarse, me pasaban millones de preguntas por la cabeza. Me notaba mareada, y no sólo porque me hubiese hecho girar en el aire.

—Voy a buscar un baño. Nos vemos en el coche —dijo Jeremiah con sequedad. Sacó las llaves y me las tiró.

—¿Quieres que te espere? —pregunté, pero ya se estaba alejando.

—No, ve tú primero —respondió sin volverse.

En lugar de ir directamente al coche, me pasé por la tienda de la universidad.

Compré un refresco y una sudadera en la que ponía Brown en mayúscula. Aunque no hacía frío, me la puse igualmente.

Jeremiah y yo nos sentamos en el coche, a escuchar música. Empezaba a oscurecer. Las ventanillas estaban bajadas y oí a un pájaro cantando en alguna parte. Conrad terminaría pronto el examen.

—Bonita sudadera, por cierto —comentó Jeremiah.

—Gracias. Siempre había querido una de Brown.

—Me acuerdo. —Jeremiah hizo que sí con la cabeza.

Jugueteé con mi collar, enredándomelo en el meñique.

—Me pregunto si... —Dejé la frase en el aire, a la espera de que Jeremiah me pinchase, de que me preguntase qué estaba pensando. Pero no lo hizo. No me preguntó nada. Permaneció en silencio.

Con un suspiro, miré por la ventana y pregunté:

—¿Habla de mí alguna vez? Quiero decir, ¿te ha dicho algo?

—No lo hagas —espetó.

—¿Que no haga qué? —Me volví hacia él, confundida.

—No me preguntes eso. No me preguntes por él. —Jeremiah hablaba en un tono bajo y áspero, un tono que nunca había usado conmigo y que no recordaba que hubiese utilizado con nadie. Un músculo le latía frenéticamente en la mandíbula.

Retrocedí asustada y me hundí en mi asiento. Me sentía como si me hubiese abofeteado.

—¿Qué te pasa?

Comenzó a decir algo, quizá una disculpa, y se detuvo; se inclinó y tiró de mí hacia él, como una fuerza gravitatoria. Me besó, con fuerza, y estaba sin afeitarse y sentí su piel rugosa contra mi mejilla. Mi primer pensamiento fue: «No habrá tenido tiempo de afeitarse esta mañana», y luego lo estaba besando, con los dedos enredados en su suave pelo rubio y los ojos cerrados. Me besó como si se estuviera ahogando y yo fuese aire. Fue apasionado, y desesperado, como nada que hubiese experimentado anteriormente.

A esto se refería la gente cuando decía que la tierra había dejado de girar. Sentí que el mundo fuera del coche, fuera de ese momento, no existía. Sólo nosotros.

Cuando se apartó, tenía las pupilas dilatadas y la mirada desenfocada. Parpadeó y se aclaró la garganta.

—Belly —dijo y tenía la voz ronca. No dijo nada más, sólo mi nombre.

—Te sigo... importando. Piensas en mí. Me quieres.

—Sí. Sí, todavía —respondió con brusquedad.

Y volvimos a besarnos.

Debió de hacer algún ruido, porque los dos levantamos la mirada a la vez.

Nos separamos de golpe. Allí estaba Conrad, mirándonos. Se había detenido antes de llegar al coche. Estaba pálido.

—No paréis. El que interrumpe soy yo —dijo.

Se dio la vuelta bruscamente y salió disparado. Jeremiah y yo intercambiamos una mirada de horror. Y de pronto, mi mano estaba en la manilla y yo de pie. No miré atrás.

Corrí tras él y lo llamé, pero Conrad no se detuvo. Lo agarré del brazo y por fin me miró, y había tanto odio en sus ojos que consiguió estremecerme. Aunque, en cierto sentido, ¿no era eso lo que yo deseaba? ¿Hacerlo sufrir como él había hecho conmigo? O quizá obligarlo a sentir algo por mí, algo que no fuese compasión o indiferencia. Hacerle sentir algo, cualquier cosa.

—¿Así que ahora te gusta Jeremiah? —Quería sonar sarcástico, cruel, y lo consiguió; pero también dolido, como si le importase la respuesta, lo que me alegró. Y me apenó.

—No lo sé. ¿Te importaría si fuese así?

Se me quedó mirando, y luego agachó la cabeza y tocó el collar que llevaba alrededor del cuello. El que había estado escondiendo bajo la ropa todo el día.

—Si te gusta Jeremiah, ¿por qué llevas mi colgante?

—Lo encontré mientras recogíamos tu habitación. —Me humedecí los labios—. No significa nada.

—Ya sabes lo que significa.

—No lo sé —negué con la cabeza.

Claro que lo sabía. Recordaba cuando me había explicado el concepto de infinito. Incommensurable, un momento que se extendía sin fin. Me había comprado el colgante. Sabía lo que significaba.

—Entonces, devuélvemelo.

Abrió la mano y vi que estaba temblando.

—No.

—No es tuyo. No te lo di. Te lo llevaste.

Fue entonces cuando lo comprendí. Por fin lo entendía. La idea no era lo que importaba. Era la ejecución, el estar ahí para alguien. La intención no bastaba para mí. Ya no. No me bastaba con saber que en el fondo me quería. Hay que decirlo, demostrarle a alguien que te importa. Y él no lo hizo. No era suficiente.

Me percaté de que estaba esperando a que se lo discutiese, a que protestara,

suplicara. Pero no hice nada de eso. Forcejeé durante lo que me pareció una eternidad, intentando abrir el cierre del collar que llevaba al cuello. Lo que no me sorprende, dado que también me temblaban las manos. Finalmente liberé la cadena y se la devolví.

Su semblante mostró sorpresa durante un segundo y después, como siempre, volvió a encerrarse en sí mismo. Tal vez lo había imaginado. Que le importaba.

—Ahora, vete —dijo metiéndose el colgante en el bolsillo.

Como no me moví, gritó con brutalidad:

—¡Vete!

Era como un árbol, enraizado al suelo. Mis pies estaban paralizados.

—Ve con Jeremiah. Él es quien te quiere —continuó Conrad—. No yo. Nunca te he querido.

Y entonces yo eché a correr a trompicones, huyendo.

Capítulo cuarenta y dos

No regresé al coche en seguida. Lo único que tenía frente a mí eran decisiones imposibles. ¿Cómo podía mirar a la cara a Jeremiah tras lo que había ocurrido? ¿Después de besarnos, después de salir corriendo en busca de Conrad? La cabeza me daba vueltas en un millón de direcciones diferentes. Me tocaba los labios. Después la clavícula, donde había descansado el colgante. Deambulé por el campus, pero al cabo de un rato volví al coche. ¿Qué otra opción me quedaba? No podía marcharme sin avisar a nadie. Y tampoco era que tuviese otra forma de volver a casa.

Supongo que Conrad estaba pensando lo mismo, porque cuando llegué al coche, ya se encontraba allí, sentado en el asiento trasero con la ventanilla bajada. Jeremiah estaba sentado en el capó del coche.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí vacilante, sin saber qué debía hacer a continuación. Por una vez, nuestra conexión extrasensorial me falló, porque no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza. Su semblante era indescifrable.

—¿Lista para volver a casa? —Bajó del capó deslizándose.

Asentí y me lanzó las llaves.

—Tú conduces —anunció.

En el coche, Conrad me ignoró completamente. Para él había dejado de existir, y a pesar de todo lo que había dicho, me estaba matando. No tendría que haber ido. Ninguno de nosotros hablaba. Los había perdido a ambos.

¿Qué diría Susannah si viese el lío en el que nos habíamos metido? Se habría sentido decepcionada. No había ayudado en nada. Sólo había empeorado las cosas.

Llevaba conduciendo durante lo que me pareció una eternidad cuando empezó a llover. Comenzó con pequeños «plafs» regordetes y después empezó a caer con fuerza, una cortina de lluvia.

—¿Ves bien? —me preguntó Jeremiah.

—Sí —mentí. Apenas veía a medio metro de distancia. Los limpiaparabrisas restallaban de un lado a otro con furia.

El tráfico había estado avanzando a paso de tortuga y luego prácticamente se detuvo. Más adelante se veían las luces de un coche de policía.

—Parece que ha ocurrido un accidente —comentó Jeremiah.

Llevábamos retenidos más de una hora cuando empezó a granizar.

Miré a Conrad de reojo por el retrovisor, pero su rostro seguía impassible. Como si estuviese en otra parte.

—¿Crees que deberíamos parar?

—Sí. Coge la próxima salida y mira a ver si encuentras una gasolinera —contestó Jeremiah echándole un vistazo al reloj. Eran las diez y media.

La lluvia no amainaba. Permanecimos sentados en el aparcamiento de la gasolinera durante una eternidad. La lluvia caía con fuerza, pero estábamos tan callados que estoy convencida de que cuando me rugió la tripa, los dos lo oyeron perfectamente. Tosí para tapar el ruido.

Jeremiah saltó del coche y corrió hasta el interior de la gasolinera. Cuando volvió, tenía el pelo empapado y apelmazado. Me lanzó un paquete de tostadas de mantequilla de cacahuete y queso sin mirarme a la cara.

—Hay un motel a unos cuantos kilómetros —informó mientras se secaba la frente con el antebrazo.

—Esperemos a que termine —dijo Conrad. Era la primera vez que abría la boca desde que salimos.

—Tío, la autopista está prácticamente cerrada. No tiene sentido. Yo propongo que durmamos unas cuantas horas y salgamos por la mañana.

Conrad no dijo nada.

Yo tampoco opiné porque estaba demasiado ocupada devorando las tostadas. Eran de un naranja brillante, saladas y arenosas, y me las embutí en la boca una tras otra. Ni siquiera les ofrecí una a ninguno de los dos.

—Belly, ¿qué es lo que prefieres hacer? —preguntó Jeremiah con exagerada cortesía, como si fuese una prima de otra ciudad. Como si sus labios no hubiesen estado sobre los míos sólo unas horas antes. Tragué la última tostada.

—No me importa. Haced lo que queráis.

Para cuando llegamos al motel, ya era medianoche. Fui al baño para llamar a mi madre. Le conté lo que había pasado y dijo al instante:

—Voy a buscarte.

Deseaba desesperadamente decirle: «Sí, por favor, ven en seguida», pero sonaba tan exhausta, y ya había hecho tanto... Así que en vez de eso, le respondí:

—No, estoy bien, mamá.

—No pasa nada, Belly. Tampoco es tan lejos.

—Estoy bien, de verdad. Saldremos mañana temprano.

—¿El motel está en una zona segura? —Bostezó.

—Sí.

Aunque no sabía exactamente dónde estaba o si se trataba de una zona segura. Al

menos lo parecía.

—Vete a dormir y levántate a primera hora. Llámame cuando estés en la carretera. Después de colgar, me apoyé un minuto en la pared. ¿Cómo había acabado allí? Me puse el pijama de Taylor con mi nueva sudadera encima.

Estuve un buen rato cepillándome los dientes y quitándome las lentes de contacto. No me importaba que los chicos pudiesen estar esperando para usar el baño. Necesitaba tiempo a solas, alejada de ellos. Al salir, Conrad y Jeremiah estaban en el suelo, en lados opuestos de la cama. Cada uno tenía una almohada y una manta.

—Quedaos vosotros con la cama —dije, aunque no iba del todo en serio—. Vosotros sois dos. Yo puedo dormir en el suelo.

Conrad estaba demasiado ocupado ignorándome, pero Jeremiah dijo:

—No, quédatela tú. Eres la chica.

Bajo circunstancias normales, se lo habría discutido por principios: ¿qué tiene que ver el que sea una chica con dormir o no en el suelo? Era una mujer, no una inválida. Pero no se lo discutí. Estaba demasiado cansada. Y la verdad era que prefería la cama.

Me arrastré hasta la cama y me metí bajo la colcha. Jeremiah programó la alarma de su móvil y apagó las luces. Nadie dijo buenas noches ni sugirió que viésemos si había algo bueno en la tele.

Procuré dormirme, pero no había manera. Intenté recordar la última vez que los tres habíamos dormido en la misma habitación. Al principio no podía, pero después sí.

Habíamos montado una tienda de campaña en la playa y les supliqué una y otra vez que me incluyeran; al final mi madre los obligó a llevarme con ellos. Steven, Jeremiah, Conrad y yo. Jugamos al Uno durante horas y Steven me chocó las manos cuando gané dos veces seguidas. De repente, añoré tanto a mi hermano que me entraron ganas de llorar. Parte de mí creía que si Steven hubiese estado allí, las cosas no se habrían puesto tan tensas. Quizá nada de esto habría ocurrido, porque habría seguido persiguiendo a los muchachos en lugar de estar en medio.

Pero ahora todo había cambiado y las cosas nunca podrían volver a ser como antes.

Estaba tumbada en la cama, cavilando sobre todo esto cuando oí roncar a Jeremiah, lo que me irritó sobremanera. Siempre había sido capaz de dormirse a voluntad, en cuanto su cabeza tocaba la almohada. Supuse que no iba a perder el sueño por lo ocurrido. Yo tampoco. Me di la vuelta, dándole la espalda a Jeremiah.

Y entonces oí a Conrad decir en voz muy baja:

—Antes, cuando te he dicho que nunca te había querido, no iba en serio.

Me quedé sin aliento. No sabía qué decir o si debía decir algo. Lo único que sabía

era que eso era lo que había estado esperando. Ese momento exacto. Justamente eso.

Abrí la boca para hablar, y Conrad repitió:

—No iba en serio.

Contuve la respiración, a la espera de lo que diría a continuación. Lo único que dijo fue:

—Buenas noches, Belly.

Después de eso, no pude dormir, claro. Tenía la cabeza demasiado llena de cosas en las que pensar. ¿Qué quería decir? ¿Que quería que estuviésemos juntos? ¿Él y yo, en serio? Era lo que había deseado toda mi vida, pero luego estaba la cara de Jeremiah en el coche, abierto, deseándome, necesítandome. En ese momento, yo también lo había deseado y necesitado, más de lo que nunca hubiese creído. ¿Siempre había estado ahí? Pero después de lo de esa noche, no sabía si todavía me quería. Tal vez era demasiado tarde.

Y luego estaba Conrad. «No iba en serio.» Cerraba los ojos y lo oía repetir esas palabras una y otra vez. Su voz viajando a través de la oscuridad, me perseguía, me estremecía.

Así que permanecí allí sin apenas respirar, repasando cada palabra. Los muchachos estaban dormidos y cada parte de mí estaba completamente despierta, llena de vida. Era como un sueño maravilloso, y temía dormirme porque cuando despertara, habría desaparecido.

Capítulo cuarenta y tres

7 de julio

Desperté antes de que sonara la alarma de Jeremiah. Tomé una ducha, me cepillé los dientes y me puse la misma ropa que el día anterior. Cuando salí, Jeremiah hablaba por teléfono y Conrad estaba doblando su manta. Esperé a que me mirara. Sólo con que me mirase, sonriese, dijese algo, yo ya sabría qué hacer.

Pero Conrad no alzó la vista. Guardó las mantas en el armario y luego se puso las zapatillas de deporte. Deshizo los cordones y los apretó con fuerza. Yo seguía esperando, pero no me miró.

—Hola —dije.

—Hola. —Por fin levantó la cabeza—. Un amigo viene a recogerme —respondió.

—¿Por qué? —pregunté.

—Así es más sencillo. Me llevará a Cousins para que pueda recoger mi coche y J puede llevarte a casa.

—Ah.

Estaba tan sorprendida que tardé un momento en tomar conciencia de la decepción que sentí, de la profunda incredulidad.

Permanecimos allí de pie, mirándonos, sin decir nada. Pero era esa clase de nada que lo significaba todo. En su mirada no quedaba ni rastro de lo que había ocurrido entre nosotros antes, y sentí que algo en mi interior se resquebrajaba.

Así que eso era todo. Finalmente, habíamos terminado.

Lo observé y me sentí muy apesadumbrada, porque se me ocurrió esta idea: «Nunca volveré a verte de la misma forma. Nunca volveré a ser esa chica. La chica que viene corriendo cada vez que la apartas, la chica que te sigue queriendo».

Ni tan sólo podía enfadarme, porque ése era él. Siempre había sido así. Nunca había mentido al respecto. Él te daba y él te lo quitaba. Lo sentí en la boca del estómago, ese dolor familiar, el sentimiento de pérdida, de pesar, que sólo él era capaz de provocarme. No quería volver a sentirlo nunca más, nunca nunca jamás.

Quizá ésa era la razón por la que había ido allí, para asegurarme. Para poder despedirme.

Lo miré y pensé: «Si fuese valiente o muy honesta, se lo diría». Lo expresaría en voz alta para que él lo supiera y para saberlo yo, y así nunca podría echarme atrás. Pero no era valiente ni honesta, así que lo único que hice fue mirarlo. Y creo que en el fondo ya lo sabía.

Te libero. Te expulso de mi corazón. «Porque si no lo hago ahora, nunca lo haré.»

Fui yo la que apartó la vista primero.

Jeremiah colgó el teléfono y preguntó a Conrad:

—¿Viene Dan a recogerte?

—Sí. Esperaré un rato aquí hasta que llegue.

—¿Qué quieres hacer? —Jeremiah me miró.

—Quiero ir contigo —respondí. Recogí mi bolsa y los zapatos de Taylor.

Jeremiah se puso de pie y me cogió la bolsa del hombro.

—Pues vamos —dijo. Y a Conrad—: Nos vemos en casa.

Me pregunté a cuál se refería, la casa de verano o la casa casa. Pero supuse que no importaba.

—Adiós, Conrad —dije. Salí por la puerta con los zapatos de Taylor en la mano y tampoco me molesté en ponérmelos. No miré atrás. Y justo entonces lo sentí: el resplandor, la satisfacción de ser la primera en marcharse.

—Deberías ponerte los zapatos. Te podrías cortar con algo.

—Son las sandalias de Taylor —dije, encogiéndome de hombros, como si tuviese sentido—. Me van pequeñas —añadí.

—¿Quieres conducir? —preguntó.

Lo consideré y respondí:

—No, gracias. Conduce tú.

—Pero te encanta conducir mi coche —dijo, dando la vuelta hasta el lado del pasajero y abriéndome la puerta.

—Lo sé. Pero hoy me apetece ir de copiloto.

—¿Quieres desayunar primero?

—No. Sólo quiero llegar a casa.

Al cabo de nada estábamos en la carretera. Bajé la ventanilla al máximo. Saqué la cabeza y dejé volar el pelo en todas direcciones. Steven me contó una vez que en el cabello de las chicas se quedaban pegados bichos y cosas cuando lo sacaban por la ventanilla. Pero no me importaba. Me gustaba la sensación. Sabía a libertad.

Jeremiah me miró y dijo:

—Me recuerdas a nuestro viejo perro, *Boogie*. Le encanta ir por ahí con la cabeza fuera.

Seguía utilizando su tono educado. Distante.

—No has dicho nada. De lo de ayer —dije yo.

Lo miré de reojo. El corazón me latía en los oídos.

—¿Qué queda por decir?

—No lo sé. Mucho.

—Belly... —empezó, pero en seguida se interrumpió, soltando un suspiro, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir?

—Nada.

Entonces alargué el brazo, le tomé la mano y entrelacé mis dedos con los suyos. Sentí que era lo más correcto que había hecho en mucho tiempo.

Me preocupaba que fuese a soltarse, pero no lo hizo. Nos cogimos así de las manos durante el resto del viaje a casa.

Un par de años después

Cuando imaginaba el siempre jamás, era siempre con el mismo chico. En mis sueños, el futuro estaba decidido. Era una cosa segura. No era así como lo imaginaba. Yo, con un vestido blanco bajo la lluvia, corriendo hacia el coche. Él, corriendo delante y abriendo la puerta del pasajero.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—No —digo yo, entrando en el coche.

El futuro no está claro. Pero sigue siendo mío.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincera gratitud a Emily van Beek, Holly McGhee y Elena Mechlin de Pippin Properties, y a Emily Meehan y Julia Maguire de S&S. Gracias también a mi primeras lectoras: Caroline, Lisa, Emmy, Julie y Siobhan. Soy afortunada por conocerlos a todas.

No hay verano sin ti
Jenny Han

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *It's Not Summer Without You*

© del texto: Jenny Han, 2010

© de la traducción: Marta Becerril Albornà, 2012

Imagen de cubierta: © Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Destino Infantil&Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2012

ISBN: 978-84-08-01990-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

Table of Contents

Dedicatoria

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Agradecimientos
Créditos